PEDRO S. LAMAS

ETAPAS
De Una
GRAN POLITICA

LAW LIBRARY

CONTRIBUCIÓN HISTÓRICA

ETAPAS DE UNA GRAN POLÍTICA

Ernesto P. Turini
22012

CONTRIBUCIÓN HISTÓRICA

ETAPAS
DE UNA GRAN POLÍTICA

EL SITIO — LA ALIANZA — CASEROS
EL PARAGUAY

POR

PEDRO S. LAMAS

(VEASE EL SUMARIO AL FINAL)

SCEAUX
IMPRENTA CHARAIRE
98-100, RUE HOUDAN, 98-100

1908

A LA VENERADA MEMORIA

DE MI PADRE EL

DOCTOR ANDRÉS LAMAS

Nació en Montevideo el 2 de marzo de 1817,
Falleció en Buenos-Aires el 17 de septiembre de 1892.

(Sus restos reposan, al lado de los de mi madre, en la necrópolis de Buenos-Aires.)

EL AUTOR.

Ville-d'Avray (Francia), Julio de 1908.

1315360

EXPLICACIÓN NECESARIA

Resuelto á dar estas páginas á la publicidad, cediendo á consejos de amigos que se impusieron de algunos capítulos en los que las dividí, he estado perpleja respecto al título bajo el cual los daría á luz: y si me decidí por el que, al fin, adopté y ya conoce el lector fué porqué, si bien se trata de una relación propiamente de episodios de familia, prima en ellos más la patria que la familia, hecho que se explica por la circunstancia de que el gefe de esta consagró la mayor parte de su vida á los intereses públicos, que predomináron de tal modo en su existencia que su propio interior se halló saturado, constantemente, de la atmósfera creada por sus inherentes preocupaciones.

Por otra parte, — y esta consideración ha pesado en mi ánimo también, — si se léen estos apuntes por los que buscan fijar el significado y alcance de ciertos actos, si desean apreciarlos,

con imparcialidad y justicia no puede resultar sino útil y propicio á tan legítimo propósito el hecho de que se hayan expuesto con verdad y sencillez, á veces con ingenuidad, las circunstancias sociales, políticas y aún domésticas en que se produjeron. Es como un marco que contribuye á dar realce, poniéndolas en mayor evidencia, á las escenas que se han transportado á la tela como á los personajes que se mueven en ellas.

Pueden, pués, considerarse, en realidad los relatos que he estampado como una verdadera contribución histórica, contribución tan solo, sin embargo, sin pretensiones, modestísima pero, al fin, contribución.

En ese sentido, reducido á estas proporciones, que son las propias, es que me he resuelto á dar á la publicidad páginas tan íntimas, teniendo en vista que de ellas puede desprenderse un poco más de luz, lo que tiene su importancia tratándose de una época tan gloriosa y fecunda, tan decisiva para nuestra existencia nacional.

Puede ser que más tarde prepare una segunda edición de estos apuntes, edición « corregida y aumentada », según la fórmula consagrada, teniendo á la vista elementos de que he carecido

en absoluto al trazarlos. y que me permitirán, quizá, salvar algun lapsus, *llenar alguna laguna, puntualizar mejor algunas circunstancias, defectos que, si los observa el lector. los atribuirá benévolamente al hecho, confesado, de que he escrito, — y eso que se trata de sucesos tan lejanos, — ausente de la patria, librado exclusivamente á mi memoria.*

PEDRO S. LAMAS.

ETAPAS DE UNA GRAN POLÍTICA

No me propongo escribir un libro, en su acepción verdadera, al tomar hoy la pluma, limitándose mi propósito á consignar recuerdos, á exhumar episodios de que he sido testigo, ya por haberlos presenciado, ya por haberlos oido referir por sus protagonistas, frescos, palpitantes los sucesos en su memoria, sin sujetarme á un plan preconcebido ni atenerme siquiera al órden cronológico de los acontecimientos. Intercalaré, cuando cuadre, reflexiones ó reminiscencias complementarias que considere pertinentes ó necesarias para la más fácil comprensión del relato. Otras veces me referiré á hechos en los que me cupo alguna participación y que, en cierto modo, se relacionen con las anteriores ocurrencias.

Si me entrego á esta labor ó, mejor dicho, á este ejercicio de memoria es porque me encuentro en uno de esos momentos de la vida en que el

espíritu tiende más á considerar el pasado que á sondar el porvenir, sobre todo cuando, en el órden natural se han recorrido ya tres cuartas partes del camino. Más de medio siglo queda atrás, sembrado de hechos y de circunstancias que se presentan de vez en cuando á la imaginación, reviviendo situaciones, resucitando personajes, reeditando escenas, grabadas, algunas, tan indeleblemente en la memoria que basta un simple esfuerzo de la voluntad para que las presenciemos nuevamente, adquiriendo su primitiva intensidad.

Rozaré, necesariamente, — y es lo que justificará quizá la publicación de estos apuntes, — al dejar correr libremente mi pluma, sin una intención determinada ni preocupación de estilo, más de un asunto histórico, más de una materia de interés general entremezclados con referencias é impresiones que darán una idea del cuadro íntimo-social ó político en que los hechos se desarrolláron.

Para que nos entreguemos á estas contemplaciones retrospectivas, es indispensable que atenciones presentes, apremiantes ó absorbentes no embarguen nuestros sentidos, — que tengamos

tiempo y tranquilidad para recogernos en nosotros mismos, para resucitar el pasado, para interrogar las sombras que quedan atrás, de las que surjan, poco á poco, como placas fotográficas que se revelan, los hechos que más nos han impresionado.

Es como un paréntesis que se abre en la existencia, generalmente azarosa, esto es salvo la excepción de algunos privilegiados, que reserva el destino á los hijos de las naciones incipientes, como las nuestras, en que todo es lucha, todo improvisación, instabilidad y sorpresas.

En el momento en que escribo, en que abro, así, en realidad, como acabo de decir un paréntesis en mi vida para recorrer con los ojos del alma el sendero entre la infancia y la edad madura, me hallo lejos de las riberas del Plata, en un sitio, pintoresco en extremo, desde donde se domina el imponderable panorama de la ciudad de Paris, en cuyo primer plano serpentea el Sena, desarrollándose al través de torres, cúspides y monumentos para terminar, en lontananza, en las alturas de Montmartre coronadas por el templo expiatorio del Sagrado Corazón.

Voy á entregarme, por consiguiente, á la labor de revivir el pasado; y en realidad veo lejos, muy lejos, comprendiendo que es cierta la teoría de las células tiernas de la primera edad, en las que se imprimen con facilidad, perdurablemente, los sucesos que consiguieron impresiõnarnos fuertemente, mucho más facilmente, mucho más profundamente que cuando, más tarde, las placas del cerebro han perdido una parte de su sensibilidad.

Y la prueba de lo que avanzo está en que se halla presente en mi memoria el pánico que produjo en Rio de Janeiro la primera invasión de la fiebre amarilla, en 1850, cuando solo contaba poco más de cuatro años de edad, pues nací en Montevideo en 1846, en pleno sitio, en una casa de la calle Sarandi, frente al actual correo, en una noche en que era vivísimo el fuego en las trincheras, referencia de mi padre, que me corroboró el general Mitre, que recordaba que, en esa noche, terminado su servicio vino á nuestra casa y pasó en ella algunas horas haciendo versos, pues era

la época en que estaban en boga, en la ciudad sitiada, los certámenes poéticos, en los que descollában los Marmol, los Dominguez, los Gutierrez y los Juan Cruz Varela.

Mi padre se hallaba con su familia en el Brasil desde dos años antes, sin que consiguiera hasta entonces que lo recibiera el gobierno imperial como ministro de la Defensa, esto es, de la República Oriental del Uruguay, oponiéndose á ello el general Guido, representante de Rozas, que hacía cuestión de rompimiento de relaciones de la aceptación de sus credenciales diplomáticas.

No obstante, esto es, si bien el gobierno imperial no se había decidido aún á adoptar ostensiblemente una política que lo llevaría á solidarizarse con los defensores de Montevideo, comprendiendo que, rendida la plaza al General Oribe se perdía la base para resistir al tirano que, ensoberbecido podía aspirar á prescindir del tratado de 1828, incorporando el Estado Oriental á la Argentina, había resuelto socorrer con armas y municiones a la invicta ciudad, en forma oculta y privada, haciendo figurar prestamistas particulares que se entendían con el representante uruguayo.

Refiero este hecho, sobre el que volveré más

detalladamente, para explicar como es que mi padre permanecía en Rio de Janeiro en medio del flagelo, necesariamente con su familia. Las armas y pertrechos se estaban embarcándo para socorrer la plaza de Montevideo, que agonizaba y que ya, varias veces, agotándose la pólvora la derrochaba en las trincheras á fin de que los sitiadores no dieran crédito á las denuncias, muy probables, de los espías que en todo tiempo mantuvieron en la ciudad sitiada.

¿Cómo huir de Rio, cómo rehuir la peste en momento tan álgido y decisivo?

Dos veces la fiebre diezmó las tripulaciones de los barcos, ya cargados, abandonados por los sobrevivientes, y dos veces hubo que reponerlas hasta que, por fin, se hicieron á la vela.

Aquellos días aciagos, con sus angustias y zozobras, debieron serlo, en efecto, impresionantes en extremo para que, tan tierna como era mi edad, se grabáran tan profundamente en mi imaginación.

Los que presenciaron las escenas de desolación y muerte, en Buenos Aires, en 1871, se darán una idea de aquella peste de 1850, y esto que se trataba de una época de mayor ignorancia,

en general, para combatir semejantes flagelos.

El mismo día en que salieron los barcos con los primeros socorros para Montevideo, que debían ser seguidos de otros, mi padre se trasladó con su familia (mi madre y seis hijos que eramos, el menor de un año, Domingo, y la mayor de once, Telésfora) á una propiedad antígua, situada al borde del mar, sobre un pequeño promontorio, al pié de la Gavea, montaña altísima, de forma caprichosa que, á algunas leguas al Sur de Rio de Janeiro, guía al navegante que viene en demanda de su majestuosa ensenada.

Cuadró que al llegar á la nueva morada y al instalarnos en ella, el oceano se hallaba en uno de esos periodos de cólera que impresionan siempre, embestiendo furiosamente los obstáculos de la costa contra los cuales rompía, entre bramidos, sus olas gigantescas. Nadie durmió la primera noche en aquella nueva habitación. tales eran los rugidos de la tempestad, y tales debían ser que me parece oirlos aún al dar con la célula—realidad ó sugestión de los sentidos — en que la impresión profundamente se grabó.

Al día siguiente, serenado el mar, reluciente el sol, salimos todos á recorrer los alrededores.

Aquel lugar se llamaba la *Restinga de Leblond*, nombre, sin duda, de un francés que lo pobló. Quedaba como á una legua, hacia el sur y el mar, del actual Jardin Botánico, tan justamente admirado por cuantos visitan el Brasil.

Años después visitamos, de paseo, lo de Leblond; era un placer para nosotros, los chicos, recorrer de nuevo aquella playa tan blanca, de una arena finísima, donde abundában conchillas y caracoles, variados y hermosísimos, de los que haciamos gran acopio y se conserváron en casa, por muchos años, hasta que desaparecieron como desaparece todo á nuestro alrededor, muchas veces sin darnos cuenta como cuando y por qué.

Mas allá de lo de Leblond, en otro promontorio, frente al inmenso mar, se divisában, entre la tupida arboleda, algunas chozas de pescadores. Estos costeaban nuestro entretenimiento cotidiano, al aparejar sus canoas y, sobre todo al regresar, al caer la tarde con sus cargas de *meros y tainhas*, pesca que cargaban en carretas que amanecían al siguiente día en el mercado de la capital. Los *meros*, especie de ballenatos, pesaban algunas veces dos, tres y más quintales, en cuya contemplación nos embebiamos. Una vez se bene-

ficiò uno de esos meros en la quinta de Leblond, conservándose una parte en escabeche, acontecimiento que se grabó en mi memoria, sin duda por las colosales dimensiones de aquella verdadera res marítima.

La fiebre amarilla, cuya invasión en 1850 tanto ha dañado al Brasil, por haberse aclimatado en su extenso litoral, habiendo exigido su extirpación, hoy casi completa, mas de medio siglo de lucha perseverante y tenaz, tuvo la virtud de crear á Petrópolis, la sin par ciudad veraniega. Colgada como un nido de águilas en la cumbre de la sierra de los Órganos, que forma como un anfiteatro colosal al fondo de la bahía de Río de Janeiro, se extiende entre valles que serpentean entre montañas cubiertas de una vegetación maravillosa; sus calles son divididas por canales, cruzados de trecho en trecho por puentes de madera, sombreadas sus márgenes por plantas frondosas y perfumadas; debido á su altitud, su clima es puro y su temperatura templada, aún durante los meses del estío, tan ardorosos en las orillas del mar.

Para llegar á Petrópolis era necesario, primitivamente, cruzar en vapor la inmensa bahía salpicada de islas cubiertas de palmeras hasta llegar, en el fondo, al puerto de la Estrella, donde se tomaba el carruaje, tirado por cuatro mulas, tiro

que se cambiaba varias veces antes de llegar á lo más alto de la montaña, por un camino que caracoleaba por sus cuestas agrestes y escarpadas, á ejemplo del Simplón, salvando torrentes que se despeñaban, á la sombra de árboles seculares, con ruido á veces ensordecedor.

Más tarde el trayecto se modificó, habiéndose construido, allá por el año de 1855, un ferrocarril, el primero de la América del Sur, que partiendo del puerto Mauá llegaba al pié de la Sierra.

Últimamente el camino carretero se substituyó por un ferrocarril funicular, lo que hace que el trayecto se realiza hoy día en menos tiempo entre Río y Petrópolis — apenas un par de horas — pero con sacrificio, en parte, de lo pintoresco de aquellos viajes primitivos, al través de los bosques, por senderos trazados al borde de los precipicios, divisándose, de vez en cuando, por los intersticios de la arboleda la bahía, la ciudad, el Pan de Azúcar y, más allá, el mar, siempre en bonanza visto de semejante altitud.

La fiebre amarilla, como he dicho, creó á Petrópolis. Se sabía que el flagelo no se internaba más allá de cierto perímetro marítimo y, sobre todo,

que su microbio no se propagaba pasada cierta altitud. El Emperador Don Pedro poseía una hacienda, donde había creado una colonia alemana, en el sitio en que resolvió entonces trazar una futura ciudad, al alcance inmediato de la capital, inmune para la terrible enfermedad.

Ese pueblo, importante hoy, empezó, pues, por ser una aldea, pero su incremento fué rapidísimo gracias tanto al apremiante objeto á que repondía como al temperamento adoptado para su fundación. Se trazáron calles, plazas y caminos y se adjudicáron los lotes de tierra, con opción á mayores extensiones fuera del perímetrocentral, á precios bajísimos y aún con facultad de dividir el pago en anualidades, con tal de levantar edificios ó refaccionar los existentes, que eran escasos y á la usanza colonial, á saber, una serie de piezas resguardadas por corredores laterales, cubierto el todo por la teja tradicional.

Mi padre, preocupado por la suerte de su familia en medio de un clima casi tórrido, agravado por la aparición de la fiebre, se apresuró á adquirir, en tan cómodas y ventajosas condiciones, ofrecidas al público y de que muchas otras personas se prevalecieron, un poco apartado del centro del

naciente Petrópolis, un lote de tierra, de los de mayor extensión, en el que existía una de aquellas casas antíguas pero relativamente cómodas, edificada sobre una colina, rodeada de corpulentos árboles que amortiguaban los ardores del sol. Años después, poco á poco, mi padre hizo levantar, al frente del viejo edificio, que se conservó, cuatro piezas nuevas, la sala, el comedor y dos aposentos. En el jardín, al frente, se plantó un asta-bandera en la que flameó por muchos años la enseña patria, á cuya sombra creció la nueva familia menuda de la que hacía yo parte integrante.

Al siguiente año, consecuentemente, ya no fué en lo de Leblond en donde nos refugiamos sino en Petrópolis, contra los calores y la insalubridad de Río. La familia imperial, la corte ó sean los titulares y personajes de la época, sus familias, el cuerpo diplomático y algunas personas pudientes improvisáron allí sus residencias, habiéndose habilitado, por otra parte, un hotel, el Bragança, para el cual después se levantó un edificio cómodo en la *rua* (calle) *do Imperador*. Dos colegios se establecieron, el Calogeras y el Kopke. En el último mi hermano mayor, Andrés Francisco y yo aprendimos los primeros rudimentos. El médico principal de la localidad era francés, Mr. Napoleón Touzet. El cura, *le Père Germain*, era de la misma nacionalidad; con frecuencia iba á nuestra casa á darnos lecciones de francés. Enseñaba lo mismo á las dos princesas, en palacio. La mayor de estas, Isabel, la actual condesa de Eu, tenía mi misma edad, la segunda, Leopoldina, casó con el duque de Saxe.

Todos los años, de Noviembre á Abril, lo pasá-

bamos en Petrópolis; el resto del tiempo en Río. Mi padre se vió obligado á tomarnos un maestro, que vivía en casa, dada la instabilidad de nuestra residencia; lo hizo venir de Europa; era un prusiano, *Herr Wippern*, un verdadero sabio. A parte historia, geografía, matemáticas, filosofía, retórica nos enseñó latin, francés, inglés y alemán. Mi hermana Luisa, la menor de las mujeres, que casó con Mariano Saavedra, cursaba con nosotros todas esas materias y no era la que menos se lucía en las versiones de los clásicos primitivos. Durante varios años nuestro maestro organizó, en nuestra casa de Petrópolis lo que él llamaba la fiesta escolar, á la que asistían varios miembros del cuerpo diplomático, delante de los cuales nos examinaba, prestándose los ministros de Francia, Inglaterra y Prusia á hacernos hablar y escribir en sus respectivos idiomas. El nuncio del Papa se encargaba del latin. En seguida representábamos una comedia en francés y terminaba el certámen con un *lunch* servido en el comedor de la *casa nueva* (las piezas del frente): la escuela estaba en la *casa vieja*.

No se recuerdan estas circunstancias y hechos de la infancia, ya tan lejanos, que se desarrolla-

ron bajo el techo paternal, cuando ha tiempo desaparecieron nuestros mayores, sin una intensa emoción.

No hay duda de que antes se vivía más sencillamente, más sanamente, menos artificialmente que ahora. ¡Qué ejemplos de virtud, de abnegación, de dedicación y cariño los de entonces, en que todo se posponía á las atenciones domésticas! Más tarde, sin que peligráran, sin embargo, los sanos principios de abolengo, nuevas corrientes sociales nos han ido arrastrando en sus torbellinos, cambiando la faz de las costumbres heredadas.

Personificando y refiriéndome á la época de que me ocupo en este momento, justo sería decir que mi padre dividía sus atenciones y desvelos entre su familia, — la educación de sus hijos, las exigencias de la vida material, á veces tan duras y apremiantes — y la patria ausente, Montevideo que agonizaba, la responsabilidad que había asumido, la lucha encarnizada que mantenía con las influencias adversas contra las que á diario se estrellaba.

No era ya el jefe de Policia, el ministro de la Defensa frente á la bahía bloqueada, delante de las trincheras desprovistas tantas veces hasta de pólvora, compartiendo los peligros y sinsabores de los que heroicamente peleaban por un ideal de libertad y de gloria; era el emisario expatriado á quien Florencio Varela escribía ocho días antes de que Cabrera partiera cobardemente su corazón con su daga homicida : « Lamas, Ud. es nuestra última esperanza. »

¡Nuestra última esperanza!

Y tenía razón de expresarse así.

En efecto, desaparecida la ingerencia franco-inglesa en los asuntos del Río de la Plata que él, Varela, tanto había contribuido á cultivar, dominadas por Rozas, en absoluto las provincias argentinas así como toda la campaña oriental, sin que subsistiera en aquellas y en esta un solo hombre en armas contra él, — libre de concentrar, por consiguiente, sobre Montevideo todos sus elementos de mar y de tierra, — agotados casi por completo los medios de resistencia de la ciudad sitiada, bien podía decirse, porque era evidente, innegable que la carta que se le confiára á mi padre era la última que se iba á jugar en aquella partida entre la tiranía y la libertad.

Pero, ¡qué angustias, que desvelos, que desesperación de parte de quien recibía esta misiva de ultratumba, — desde que cuando ella llegaba á manos de mi padre Varela había sucumbido ya, su pluma ya había dejado de enrostrar al tirano su sangrienta y nefasta usurpación!

Parecía, así, como la voz del náufrago que llega. en noche obscura, en alas de la tempestad.

Pequeñuelo entonces, sin penetración ni malicia, me he dado cuenta más tarde del porqué de aquellas noches que mi padre pasaba en vela,

paseándose como alma en pena por la extensa casa, sumida en una semi obscuridad.

Pero no hay noche sin la consiguiente luz que ahuyenta sus tinieblas, como no hay medalla sin reverso, ni buena y patriótica acción que, tarde ó temprano no alcance el premio merecido, aunque no sea más que la conciencia del cumplimiento del deber.

En aquel hogar, tantas veces tribulado, días de expansión y alegría solian dejar atrás, en el olvido, los momentos acerbos y las horas de inquietud, pareciendo, hasta, que el símbolo de la patría flameaba entonces más altivo, más gallardo, como más confiado en su brillante porvenir.

Manifesté, al empezar, que complementaría mis propios recuerdos, como actor ó testigo, tratándose de hechos que se pasaron durante mi primera infancia, con explicaciones y reminiscencias pertinentes; así diré que mi padre, que llegó con los suyos á Río de Janeiro á fines de 1847, no logró ser reconocido sino mucho después como representante del Uruguay; el gobierno que pretendía representar solo ejercía su jurisdicción dentro del reducido perímetro de una ciudad, Montevideo ó, con más exactitud, una parte de esa ciudad, desde que la línea de las trincheras corría á la altura de la plaza de Cagancha, jurisdicción, por otra parte, instable y precaria; de un momento á otro podía llegar la noticia de la capitulación, anunciada como inminente por el ministro argentino, que lo era el prestigioso General Guido, uno de los héroes de la emancipación continental. ¡Qué lucha tan desigual!, ¡qué situación tan difícil para el apoderado de aquellos náufragos del derecho y de la libertad, sitiados dentro de los muros del estrecho baluarte que, *quand même*,

estaban resueltos à defender hasta la última extremidad!

Mi padre, empero, no se desanimó. Los hombres del sitio habían adquirido un temple de alma singular, dotados como se hallaban de una indomable fuerza de voluntad, que hacía que no se arredrasen ante obstáculos por insuperables que pareciésen. Un fuego sagrado los galvanizaba contra la adversidad, convencidos de que la victoria coronaría, por fín, la tenacidad y la fé con que, aunque materialmente débiles y aparentemente extenuados continuaban á resistir al tirano omnipotente.

Los pueblos, los gobiernos no se dejan arrastrar fácilmente por los ímpetus del corazón, ni se exponen, le *cœur léger*, á los peligros é incertidumbres del destino, arrostrando los azares de los acontecimientos por el prurito de una idea, por el triunfo de una doctrina, por alta y santa que sea cuando nada imperiosamente los obliga á ello, cuando se trata de males ó de catástrofes agenas.

Hacía más de tres lustros que el tirano imperaba en toda la región del Plata, con excepción, en aquel momento, apenas, de aquella lengua de

tierra en que flameaba, como un lábaro, la enseña de la redención : ¡ Montevideo !

Rozas había hecho frente á Francia y á Inglaterra. A sus cañones había opuesto sus cañones y, por fín, esas dos potencias habían transigido, reanudando sus relaciones con la Argentina, personificada en el gobernador de Buenos Aires, en él no más, como lo reconocían.

Muchos argentinos notables, civiles y militares, cansados, decepcionados, agotados habían abandonado la plaza que heroicamente, no obstante, resistía, casi desmantelada pero cada vez más intrépida y arrogante ante las embestidas del tirano. Algunos se refugiaron en Chile, en Bolivia, en el Brasil; otros se trasladaron á Europa; otros, por fín, ingresaron de nuevo á Buenos Aires, notándose la presencia de no pocos en las antesalas de Palermo..

¡ Y aquel emisario de Montevideo, en esas condiciones, con esos antecedentes, en esa situación — puede decirse *in extremis* — en el momento preciso en que, como un corolario sangriento del Arroyo Grande y de India Muerta el tirano acababa de coronar su poder con la hecatombe de Vences, — sin un enemigo en pié, fuera el puñado

de valientes refugiados dentro de los muros de Montevideo, — vencidas en la liza, virtualmente, la Francia y la Inglaterra, — en esas circunstancias, repito, aquel emisario venía á ofrecer una alianza al pueblo, al gobierno del Brasil por medio de la cual el imperio se solidarizaría con aquel grupo de hombres que, como batidos por la tempestad, reducidos á los extremos límites de un peñasco, mantenían en él, como única fuerza y patrimonio el símbolo del derecho y de la civilización.

El Brasil, sus hombres públicos, su prensa, la opinión no se rendían facilmente á la argumentación del miembro de la Defensa que venía á proponer un pacto semejante. Su gobierno no quería siquiera oirlo, oficialmente, al pretendido ministro del Uruguay, porque el solo hecho de oirlo en ese carácter importaba el retiro de Guido, la guerra, una nueva guerra con la República Argentina, armada, aguerrida, invencible quizá.

Los hombres del Brasil tenían fresca la memoria de la campaña cuyo corolario había sido Ituzaingó, causa, en sus proyecciones, de la abdicación del primer Emperador.

Era un avispero en el cual se resistían á poner

la mano, no obstante que era el partido liberal el que se hallaba en el poder.

El emisario de la Defensa no se daba, empero, por vencido, no podía darse por vencido.

El apoyo, la alianza que venía á buscar era « la última esperanza » como, con su último aliento, se lo escribiera Florencio Varela, que interpretaba así, fielmente, la angustiosa situación.

No podía darse, no se dió por vencido.

Confiaba en la estrella de la causa á que se había consagrado, y si alguna duda le asaltaba, se guardaba bien de trasmitirla á los que allá, dentro del arca santa, vivían, ya, tan solo de esperanza contando con el éxito que incansable, indomable perseguía.

Vivíamos entonces, en Río de Janeiro, una casa quinta de la *rua da Pedreira da Gloria*, cerca del *Cattete*, situada en una altura á la que se llegaba por medio de una escalera de granito, ancha y recta ; á cada quince ó veinte escalones, — por lo menos tenía un ciento, — había un descanso y, á los lados, grupos de plantas que daban sombra á un banco rústico, acertada previsión tratándose de un clima tórrido, que permitía, á los habitantes y visitantes de la futura legación oriental tomar aliento y descansar antes de llegar á ella.

Ya en lo alto, desde un gran patio ó terraza, frente á la casa, espaciosa pero sin pretensiones, donde se alojáron, sucesivamente, tantos compatriotas y argentinos, emigrados ó transeuntes, se divisaba toda la espléndida bahía, con sus islas, fortalezas y contrafuertes ; grandes árboles daban sombra á esa terraza, perfumada por los jazmines, las rosas y claveles que abundaban á su alrededor. Por la noche era un sitio encantador, sobre todo cuando brillaba la luna, permitiendo gozar el panorama en toda su majestuosa amplitud. Lage, Santa

Cruz, San Juan, Villegañon, otras tantas fortalezas, islas la primera y la última, destacaban de entre las sombras sus moles de granito. Allá, en la entrada de la bahía, como un gigante de centinela, el Pan de Azúcar y, de otro lado, á la izquierda, sobre la superficie de las aguas una línea de puntos luminosos : la ciudad de Nictheroy, capital de la provincia de Río de Janeiro.

Más tarde, cuando la legación fué legación, cuando el emisario de la Defensa era ya el ministro reconocido de una patria que se salvaba, de una nación que se consolidaba, se levantó en aquella terraza un astabandera donde flameaba el pabellón oriental, de grandes dimensiones, como el de la quinta de Petrópolis, que se divisaba de lejos. Mi tío el Doctor Andrés Somellera, que le sirvió, en un tiempo, de secretario á mi padre, en aquella época le decía á este, desde Montevideo, en el párrafo de una carta que encontré, después de su muerte, entre sus papeles íntimos : « desde el buque, al salir de la bahía, reconocí el sitio en que quedaban V. V. por la bandera que flameaba... »

¡ Dulces horas de la infancia que se deslizáron en aquella mansión tranquila y perfumada, com-

pleta la familia, reunida bajo un mismo techo, sentada al rededor de la misma mesa, antes que la dispersára el destino y que cruelmente la diezmára el hado inexorable!

Vivo de nuevo, por un momento, gracias á la memoria aquellos instantes relativamente fugaces de la vida y, al vivirlos, una lágrima se desliza por mi mejilla en recuerdo de todos los míos que me han precedido en el misterioso más allá de lo desconocido.

Un día, por la mañana, subió aquellas escaleras de piedra, á que hace un instante me referí y golpeó las manos, ya en la terraza, un hombre jóven, de aspecto simpático é inteligente. Entregó su tarjeta : Irineo Evangelista de Souza.

— No sé quien es, dijo mi padre, con la cartulina en la mano. Que me espere en el escritorio, agregó, dirigiéndose al criado.

Aquella visita inesperada era, sin embargo, la iniciación del éxito...

Pero no anticipemos.

Feliz circunstancia, el « Jornal do Commercio », el que era entonces ya el gran órgano periodístico que en lo sucesivo aún más se afirmó como tal, en cuyas columnas, en años posteriores me cupo colaborar más de una vez, pertenecía, ó por lo menos disponía de sus columnas (escribo, como se sabe, sin libros, ni apuntes, ni papel alguno) pertenecía á un Señor Castro, que era el Cónsul del Uruguay.

Mi padre necesitaba una tribuna, un púlpito, desde que se trataba de propagar un evangelio, el evangelio de la libertad, de ganar prosélitos, de conquistar la opinión, de facilitar, ilustrando, impresionando las masas adversas ó recalcitrantes, la acción de algunos políticos influyentes, que empezában á inclinarse en favor de la causa de su devoción.

Ese púlpito, esa tribuna la halló mi padre en el « Jornal ». El redactor de « El Nacional » se encontró, de nuevo, en su elemento, aunque ante distinto público, redactando artículos, improvisando sueltos, corrigiendo pruebas, infundiendo el horror

al despotismo, pugnando por el triunfo del derecho, por la supremacía de la civilización. Si algo merecería coleccionarse, reproducirse, vulgarizarse, de todo cuanto pensó y expuso en su vida aquel incansable impugnador del tirano, serían sus sueltos y artículos del « Jornal » á que acabo de referirme. Reveló lo que era Rozas y su sistema, su inhumanidad y atentados, cuales los resultados, peligros y amenazas de su actuación, cual el porvenir de América bajo un régimen omnímodo y personal.

El que entonces escribía había enrostrado á Oribe, diez años antes, con el verbo ardiente de la adolescencia, creyente y valerosa los avances de su autoridad, lo que le valiera, casi imberbe, el destierro, cuadrando que surcára el mar, en las precarias condiciones en que entonces sucedía, en compañía de Rivadavia y de otros hombres de primera fila, yendo á parar á Río de Janeiro.

Y á propósito, á propósito de Rivadavia, desde que escribo con desaliño, al correr de la pluma, trasmitiendo al papel los recuerdos que asaltan mi memoria, á medida que se presentan, sin método ni coordinación, no dejaré de consignar un episodio que revela el estado de alma con que se

alejaba para siempre de su patria aquel eminente estadista.

Se alojó, al pasar por Río, permaneciendo algun tiempo allí, en una casita estrecha, enjuta, de altos situada en el *largo* (plazoleta) *da Ajuda*, que mi padre me mostró más de una vez, cuando cruzábamos por ella :

— Allí vivía Rivadavia, me decía.

Y una vez me contó lo siguiente :

Pasaban por Río, para seguir á Europa, algunos argentinos de nombre. Inquirieron donde vivía Rivadavia y golpearon á su puerta. Un sirviente ocurrió :

— Deseariamos saludar al Señor Rivadavia, dijeron; agregando : somos compatriotas suyos.

Y aguardáron en la puerta, al pié de la escalera, angosta, de madera, mientras subia, con el recado, el fámulo despacioso. Pero antes de terminar este la ascensión. Rivadavia, que sin duda había oido la misiva, se asomó en lo alto y, sin mirar siquiera á los visitantes le dijo al sirviente, con su voz gruesa y firme, con marcada intención :

— Díles á esos señores que Bernardino Rivadavia no está en casa para los argentinos.

El General San Martin, el hombre puro y desinteresado que la posteridad ha consagrado, el concusionario para sus detractores, que cruzó Buenos Aires entre denuestos é improperios, solía hacer lo propio en Brunoy, donde vivió, en Francia, sus últimos años, coincidiendo en sus amarguras con el « sapo del diluvio » y, con ellos, tantos otros...

Pero basta como digresión.

Aquella campaña en el « Jornal do Commercio » fué benéfica y fecunda, tanto más que, directa y paralelamente, mi padre intentaba la catequización de un espíritu elevado, abierto á las ideas nobles y á las concepciones generosas : me refiero al joven Emperador.

Don Pedro había abandonado no hacía mucho los pañales de la Regencia, pero empezaba á empuñar su cetro con mano consciente y firme aunque dentro de la letra y del espíritu de la constitución.

Acogió, en San Cristobal, con benevolencia é interés al emisario oriental : no tardó en oir con placer sus relatos, deseoso de instruirse, de conocer á fondo las cosas, los hombres, las tendencias en pugna, los móviles y aspiraciones de las cor-

rientes contrarias que se chocaban, implacables, ensangrentando el mar y la tierra en las regiones del Sur.

Don Pedro conocía bien la historia, que le mostraba á portugueses y españoles esgrimiendo sus armas, derramando su sangre en aquellos campos extensos y feraces de la márgen oriental del Plata, verdaderas cruzadas por la conquista de un eden territorial que unos y otros sucesivamente dominaban, plantando alternativamente sus colores en Montevideo y en la Colonia, al borde del río majestuoso, testigo de hazañas memorables; y tenía igualmente presente que, rotas las cadenas del coloniaje los pueblos independizados habían heredado sus querellas, pretendiendo el Brasil redondear, segun su concepto, lógica y gráficamente su territorio llevando su frontera al Uruguay y al Plata, mientras la Argentina invocaba, por su parte, los añejos pergaminos de un derruido virreinato.

Mi padre refería, en casa, al llegar, á mi madre y á sus íntimos estas conversaciones y, más tarde, las repetía á sus hijos, atentos y ensimismados, comprendiendo que de aquella misión, de aquel esfuerzo librado á un solo hombre, se había deri-

vado una época nueva y se había originado una nueva orientación á la vida social y política de la América austral.

Don Pedro, aunque sabía la historia de aquellos paises provocaba revelaciones y confidencias verbales, sobre todo en lo tocante á los sucesos recientes, al sitio, á las campañas que le precedieron; y á estos respectos el Emperador se hallaba frente á frente con un actor, con un protagonista de esos dramas de sangre y de heroismo. Supo así, conoció de ese modo el joven monarca á Rivera, á Urquiza, á Oribe, á Lavalle, á Paz, á Pacheco, á Suarez, á Herrera, á Vasques y demás prohombres de la época, sin excluir, por cierto, á Rozas, á sus subalternos, cómplices y sostenedores.

Tuvo una idea de lo que eran nuestras guerras: le refirió, por ejemplo, la batalla del Palmar, á la que en calidad de asesor militar personalmente asistiera, y el horror que le causára el salvajismo de ambos combatientes, el modo como se embestían, la saña con que se herían, la ferocidad con que á heridos y prisioneros ultimaban; guerras sin piedad y sin cuartel, hecatombes no superadas. por su exageración y ensañamiento en ningun

tiempo, bajo ninguna latitud. Y á este respecto le refirió mi padre al Emperador un episodio conmovedor del sitio, que se pasó durante el tiempo que ejercía la jefatura política y de policía. En una de las salidas que hacían los sitiados, cayeron en poder de los sitiadores algunos de aquellos; al día siguiente amanecieron degollados, arrojados sus cuerpos á proximidad de las trincheras; mi padre hizo recoger los cadáveres y los expuso, en la plaza pública para que el pueblo presenciase esas víctimas del deber, al propio tiempo que hacía distribuir una proclama impresa, patética emocionante en la que demostraba que esa era la suerte reservada á todos los habitantes el día en que Montevideo se rindiera al tirano.

Esa prédica, esas demostraciones tenían forzosamente que producir sus frutos, tratándose de un alma jóven y de un temperamento generoso como el del Emperador.

El palacio imperial de *Boa Vista*, en San Cristobal, barrio apartado del centro de la ciudad, verdadero arrabal entonces. se elevaba sobre una pequeña colina, dominando los barrios adyacentes, el *Cajú* y San Francisco Javier, así como una parte de la bahía. De otro lado, á los fondos se divisaban los *morros* (pequeñas montañas) de Santa-Teresa y de Tijuca. salpicadas de edificios que se asomaban entre el follaje exuberante. Y, lejos, formando el fondo del cuadro, grandioso y admirable las siluetas gigantescas de la Gavea y del Corcovado.

Allí tenía Don Pedro su residencia privada, por así decir, pues las recepciones oficiales y las grandes solemnidades continuaban á tener lugar en el *paço da cidade* (palacio de la ciudad), que se comunicaba con la capilla imperial, como en el tiempo de Don Juan VI y de Don Pedro Iº. Más tarde el Emperador tuvo su « sala del Trono » en San Cristobal ; allí tuvieron lugar, en adelante, las grandes solemnidades y, en un salón adyacente, las recepciones semanales del cuerpo diplomático.

Don Pedro, en la época histórica á que me vengo refiriendo, estaba *casado de fresco*, como se dice en portugués, lo que equivale á decir que hacía poco que había contraido matrimonio. Este había tenido lugar con una virtuosísima princesa, hija del rey Borbon de las dos Sicilias, monarca de derecho divino. Y respecto á ese enlace, corría una versión que no fué desmentida y referiré en pocas palabras. La fotografía no se había inventado todavía ; y si esta suele engañar en cuanto á la expresión y parecido de las personas, mucho menos fiel lo fué en todos los tiempos la pintura al pastel ó al óleo, en cuadros ó miniaturas, tratándose especialmente de reinas ó princesas, cuyo amor propio los pintores se esforzaban en halagar conciliando el parecido con un conjunto que las hacía aparecer siempre atrayentes, simpáticas y bellas. En eso consistía, precisamente, la destreza y talento de los maestros de la paleta admitidos á perpetuar, en las cortes, las fisonomías de los miembros de las familias reales é imperiales, sucediendo lo propio con otros pudientes de la tierra. Visitando palacios y museos, en Europa, me he convencido de ello : los príncipes y monarcas ostentan siempre aspec-

tos magestuosos, los mariscales y otros guerreros que alcanzáron, tantas veces á mérito de fortuitas circunstancias victorias culminantes, aparentan una superioridad y valentía tal que el vulgo, en presencia de sus telas, piensa: « tenía que vencer necesariamente », y en cuanto á las mujeres, cuyo triunfo y gloria consiste, ante todo, salvo raras excepciones, como una Juana de Arco ó una Catalina de Rusia, en ser bellas, lo eran siempre, más ó menos explendorosamente bellas.

¿ Pintar como querer? Sin duda, en la mayoría de los casos; superchería de que, empero, no debemos quejarnos. ¡Es tan fea, por lo general, la humanidad, por dentro y por fuera!

Atténuez, atténuez, — pone Molière en labios de uno de sus personajes, con su filosofía profunda, — *la chose est déjà assez laide!*

Los que pintan, como los que escriben, como los que piensan..... indulgencia, benevolencia, atenuación, es lo que exige, es por lo que clama hoy, cada vez más nuestra especie, moral y materialmente considerada, como una conquista, como un ideal.

No estoy, no se aviene mi espíritu con los rudos,

con los intransigentes, con los inexorables. ¡Es tan falible la justicia humana! ¡Es tan débil, tan miserable la materia! Y, en cuanto al corazón, ¡tan facilmente flaquea!

Acaba de publicarse un libro magistral: « Las atenuaciones de la responsabilidad » es su título; difiere su autor de Lombroso en cuanto examina la impulsión, la determinación de los actos no al través de un estado puramente mórbido sino teniendo en cuenta un *peculiar punto de vista*, eminentemente moral y personal, desde el cual conscientemente, lúcidamente el individuo aprecia el bien y el mal y obra en consecuencia.

Una evolución se opera insensiblemente, indudablemente en las esferas morales del derecho, que conmueve desde sus fundamentos las vetustas tablas del delito. La institución del jurado, — perdóneseme el ingerto de esta digresión, — equivalió á una claudicación, desde que substituía á las clasificaciones extrictas, materiales, por así decir, del crimen y la consiguiente aplicación penal, la apreciación ingénua, instintiva, natural y expontánea del hecho, sin reatos leguleyos, la consideración del móvil, de la razón del acto, justificándolo ó no, absolviéndolo ó penándolo por parte de

hombres sin tacha, que obran tan solo obedeciendo á los dictados de su conciencia, influenciados únicamente por su *punto de vista peculiar*, ellos tambien, individual, soberano. Extender este sistema á la apreciación de todas las acciones de los hombres, de toda y cualquiera naturaleza, limitando á la información, á la instrucción las facultades de los jueces permanentes, que ya no serían propiamente jueces sino funcionarios indagadores, he ahí la tendencia manifiesta, la aspiración en el órden privado de la sociedad, como el arbitraje lo es en la esfera internacional.

Volveriamos así, en cierto modo, á los tiempos patriarcales, después de veinte y cinco siglos durante los cuales, á la sombra de códigos inexorables tantos crimenes legales se han cometido, códigos que circunscriben, por así decir, las facultades de los jueces á las constancias del sumario, impidiéndoles, tantas veces, oir las inspiraciones y aún los dictados de la conciencia, además de que, bajo otro aspecto, las leyes contemplan casi exclusivamente los atentados contra la propiedad y la vida, clasificando y penando muy secundariamente los que se refieren á la fama y al honor cuando, en realidad, atentar al crédito

moral del ciudadano es inferirle el mayor daño posible, el agravio más cruel.

El libro á que me refiero intenta la inversión de ese criterio social y jurídico castigando, tildando ante todo á los difamadores, para los cuales, por excepción, el autor se siente escasamente indulgente.

Y á este propósito, casualmente en los momentos en que escribo se vé la causa abierta aquí, en Francia, contra el diario « Le Matin » por el antíguo ministro Chaumié, acusado, sin pruebas, de concusión, por un individuo, en un diario de amplia circulación. Su abogado ha sostenido, con aplauso general aquella misma tésis. « El que acusa de concusión, ha dicho, sin exhibir simultáneamente la prueba concluyente, irrecusable de su dicho ó reclamación, y mucho más tratándose de un benemérito servidor del Estado, — es más criminal que el que hurta ó asesina, desde que de la calumnia algo queda, mereciendo, por consiguiente, desde luego el desprecio, público, esa condenación de las condenaciones, segun la frase de Pascal. »

« A cuantos hombres dignos, intachables han amargado la existencia villanías semejantes, agre-

gaba, víctimas del abuso, de la tiranía, de la desnaturalización de la prensa, pues, por lo general, en su dignidad y altura, las víctimas de esa abyección se han refugiado, — orgullo excusable, — en su propia conciencia, confiados en la justicia histórica. »

Ese libro, por tanto, que atenúa, en general, las responsabilidades, se muestra, sin embargo, severo é inexorable cuando el que hiere obra con alevosía, cuando el que acusa lo hace sin exhibir la prueba de su acerto. Pero, fuera de esos casos, en que el móvil, la intención no ha sido perversa ni villana, atenúa, propende á la benevolencia.

Tal es, en sus grandes rasgos, la producción propiamente filosófica que vino á mis manos, distrayéndome, por cierta correlación de ideas, de mi propósito, en el momento en que escribía, en que meditaba sobre las tendencias de los pintores que pintan y han pintado retratos de princesas, conciliando el parecido con una belleza que, tantas veces, solo una indulgencia extrema, ó un exagerado deber profesional podria explicar ó excusar.

Beaumarchais decía : « Il y a deux espèces de peintres, ceux qui en font un art et ceux pour

esquels il ne s'agit que d'un simple métier. »

Don Pedro, en su mocedad, cuando una razón de Estado lo obligaba á no demorar sus esponsales fué víctima, precisamente, de aquella benévola superchería de los retratistas de la época. No podía escoger mujer *de visu*, mar por medio como se hallaba de los tronos en que pululaban las candidatas; y las distancias por mar y aún por tierra eran entonces diez veces mayores que en la actualidad. Comisionó, pues, á unos palaciegos para que recorrieran el vie jo mundo visitando cortes y coleccionando miniaturas, las que le permitieron elegir á Teresa Cristina de Borbón, la más agraciada, simpática y atrayente, segun las constancias fehacientes del pincel, para compartir con él los estrados del trono y el tálamo imperial. Una embajada fué enviada á Nápoles, á bordo de un buque de guerra, que debía traer á Río á la emperatriz del Brasil, desde que, gracias á un poder en forma, la ceremonia consorcial debía realizarse, antes de la partida, como realmente se realizó en el palacio real, á la incandescente claridad del Vesubio.

El novel príncipe, en la plenitud de las ilusiones y de los ardores de la juventud, contaba y

descontaba los días y veía correr las horas con la más natural y humana de las impaciencias. Por fín se anuncia la imperial fragata, á lo lejos, empavesada y, poco después, entre las estruendosas salvas de las fortalezas y el alborozado repicar de las campanas, Don Pedro, presuroso, anhelante, sube á bordo acompañado por un séquito suntuoso... Viene á su encuentro una mujer pequeña, tosca, que cojeaba. ¡No puede ser! ¡No es ella! Sí, se parece al retrato, en efecto, pero no es la del retrato.....

No era la del retrato, á parte el parecido, pero era una buenísima y virtuosísima princesa, lo que no impidió que empezó por derramar abundantes lágrimas al desembarcar, hasta que Don Pedro, dias después, se sometió á su destino, que concluyó por no pesarle, sin que por eso se disipára, haciéndolo extensivo hasta sus descendientes, el resentimiento que le inspirára la conducta de sus embajadores.

Se dice, vulgarmente, *tradutore, traditore;* Don Pedro habrá pensado, al menos durante los primeros tiempos de su matrimonio, que seria muy justo aplicar el dicho á los miniaturistas, benévolos, indulgentes.

En efecto, pueden ser estos benévolos, indulgentes pero siempre que no causen crueles é irreparables perjuicios á terceros, como en el triste caso de la referencia.

Este precedente hizo, sin duda. con que Don Pedro, cuando hubo de casar sus hijas, resolviera que los principes pretendientes vinieran á Rio antes de concertarse las respectivas bodas. Y asi se practicó, refiriéndose que. después de conocerse, la princesa imperial simpatisó más con el jóven cuyo enlace se proyectaba con su hermana y esta con el que se destinaba á aquella, realizándose este cambio con acuerdo general.

Entre mis recuerdos infantiles ocupa un sitio imperecedero la persona del Emperador. En el colegio Kopke. en Petrópolis, Don Pedro se presentaba, inopinadamente, casi todas las semanas: se sentaba al lado del profesor, en cualquiera de las clases, indistintamente. y tomaba lección á varios alumnos; muchas veces me tocó que me examinára, aunque entonces cursaba las primeras letras; había días que se dedicaba, así. á los chicos. pero otras se las había con los grandes en las clases de filosofía, de historia, de retórica, de matemáticas, de geografía y de latín, siendo muy versado en todas estas materias.

Otras veces lo encontrábamos por las calles de Petrópolis, de paseo. con la emperatriz. Se les veía de lejos; Don Pedro le llevaba más que la cabeza á la emperatriz; esta cogeaba ligeramente y saludaba afablemente; él lo hacía con cierta majestad, que le era peculiar, pausado en sus movimientos. Iban siempre por medio de la calle, siendo el tránsito de vehículos muy reducido; cuando un carro ó carruaje surgía, este se apar-

taba ó detenía hasta que pasaban sus majestades, como se les llamaba; detrás, á pocas varas iban el *veador* y el *camarista*, altos funcionarios palaciegos que se substituíau semanalmente, lo mismo que el médico, los que vestían el uniforme del cargo (el *veador* llevaba una llave de metal, dorada, adherida en un costado al frac). Además había el mayordomo de palacio, las damas de la emperatriz y las ayas de las princesitas.

Con relativa frecuencia lo veíamos al Emperador penetrando en la quinta de mi padre, con la emperatriz al lado, avanzando con su paso lento, acostumbrado, seguido del *veador* y del camarista de semana, al través del jardín en formación, interesado en la improvisación que se operaba en su antigua colonia que, poco á poco, se transformaba en ciudad; y, en la misma forma, con igual *sans façon* su magestad visitaba las demás propiedades. Avisado, — me parece estarlo viendo, — mi padre, con su traje ligero y su sombrero de paja salía al encuentro del Emperador, cuando este no le sorprendía conversando con Don Antonio, el jardinero, un portugués de grandes barbas, disponiendo la plantación de una magnolia ó la formación de un grupo de came-

lias, plantas que florecían con profusión bajo aquel clima propicio para toda clase de vegetación.

Una fiesta que rara vez perdíamos, en Río de Janeiro, era la de la apertura de las cámaras, la que tenía lugar en la vieja casa del Senado, en el *campo* (plaza mayor) de *Sant'Ana* ó de la Aclamación. Era la única vez del año en que, reeditándose todo el ceremonial de la casa de Bragança, salían á relucir las tradicionales carrozas, todo oro y cristal, de grandes ruedas y sopandas, en una de las cuales aparecía Don Pedro envuelto en el manto imperial, de armiño, oro y plumas de *Tucanos*, de calzón corto, empuñando el cetro y ceñida la corona, reluciente de pedrerías.

Esto en cuanto á las reminiscencias de mi infancia, pues más tarde, secretario de legación, durante la guerra del Paraguay y, posteriormente con motivo de asuntos de otro órden, de que quizá me ocuparé en esta ú otra oportunidad, Don Pedro. que me acogia con benevolencia, inquiriendo por la salud de mis padres, dejó en mi espíritu otra clase de impresiones que consignaré. De todos modos, su actuación en la política del Río de la Plata hace con que su silueta, por lo menos, se

imponga al trazar cuadros en los que tienen su punto de arranque sucesos trascendentales, que tan poderosamente influyeron en su expansión y progreso social. político. institucional.

Hace poco hablaba del palacio colonial, llamado « de la ciudad ». en el que se refugió Don Juan VI cuando abandonó á Lisboa. huyendo de las huestes napoleónicas. En ese palacio. situado á orillas de la bahía, pasó Don Pedro. enfermo. febriciente. con el alma en girones. teniendo á su lado á su fiel y bondadosa compañera. silenciosa. en lágrimas. la noche del 15 al 16 de Noviembre de 1889. En la madrugada, antes que despertára de su estupor el pueblo que tan honda y merecidamente afeccionaba á su soberano, obligado á embarcarse. destronado. expatriado daba su último adiós á las montañas á cuya sombra había nacido. crecido y reinado ligando su nombre, perdurablemente. á la historia de la América del Sur.

El imperio. en el Brasil, no fué jamás el despotismo; su constitución supo conciliar el órden con la libertad, objetivo que. por cierto, no siempre alcanzáron nuestras repúblicas. Fuera de sus fronteras logró extirpar con su cooperación. convencida y decidida, dos sangrientas y nefastas tira-

nías; esta fué obra personal, en buena parte, de Don Pedro II, por la influencia que, en esas dos ocasiones, más que quizá en cualquieras otras de su reinado, ejerció en los consejos y resoluciones del gobierno de su país, desde que, — no hay que olvidarlo, — se trataba de una institución monárquica pero representativa, constitucional.

No pierdo de vista ni debe perderlo el lector, que no estoy escribiendo un libro, propiamente dicho, metódico, coordinado, sino que, á la par de episodios, de distinta índole, que voy exhumando á medida que se presentan á mi memoria, me dedico á consignar impresiones y á revivir situaciones que den una idea del ambiente, de la composición del cuadro en el que se desarrollaban sucesos de tanta y tan innegable trascendencia para la historia de nuestros paises, entonces, realmente, en formación, si es que puede considerarse que han salvado ya, hoy día, ese periodo cosmológico tras el cual los pueblos adquieren su aspecto definitivo ante el concepto universal.

La historia no es la simple y exclusiva cronología de los sucesos; no basta hacer mover á los personajes, relacionar los hechos, exponer los acontecimientos, sino que es indispensable recapitular sus antecedentes, en todas sus partes, reconstituir, revestidas de todos sus accesorios, las escenas en que se desarrolláron; y esos acce-

sorios son de distinta naturaleza : morales y materiales, gráficos é intelectuales.

Un historiador, consciente, eficaz debe tener á mano, presentes, todos esos distintos elementos para juzgar los actos, para darse cuenta de su razón de ser, para apreciar las dificultades vencidas, para aquilatar el mérito de los resultados obtenidos.

Aníbal escalando los Alpes, Napoleón cruzando el San Bernardo, San Martin la agreste cordillera constituyen hazañas inmortales que no se comparan con el esfuerzo de los ejércitos modernos al trasponer cadenas de montañas; los elementos son hoy otros, el utilaje, la ciencia, el conocimiento de los lugares muy distinto, lo que no impidió, sin embargo, que el presidente chileno Señor Santa María me escribiera, desde Viña del Mar, hace ahora veinte años, una larga carta con motivo de mi novela histórica « Silvia » en la que, empeñándose en disminuir el mérito de la actuación del General San Martin en la epopeya continental, — ¡curioso empeño! — me decía, por ejemplo : que mayores hazañas, en el sentido de trasponer los Andes, habían realizado los ejércitos chilenos durante la guerra contra Bolivia y el Perú.

No: es indispensable para juzgar, para apreciar los acontecimientos con justicia, con equidad, con conciencia, — es indispensable, repito, transportarse á la época, al momento en que los sucesos se produjeron, en que los actos se practicaron. Hay que tener en cuenta el estado de la ciencia, los elementos de que se disponía, el ambiente, el medio social y político en que se operaba, las respectivas situaciones, en fín, preponderantes ó depresivas, de los pueblos y gobiernos, tratándose de pactos ó acuerdos internacionales, en el instante histórico y preciso en que los hechos se ultimaban.

Historiar es reconstituir, y para reconstituir, como decía Sardou al poner en escena su drama « Teodora », no hay detalle que no tenga su importancia: es indispensable, agregaba, tratándose, como se trata, en este caso, del bajo Imperio, de la decadencia, de Estambul y de sus personajes consultar hasta el perfil de los emperadores grabados en las medallas de la época, los arabescos conservados en las telas, las formas, hasta los colores de los accesorios domésticos. Y el célebre dramaturgo puso en contribución, — hace de esto unos quince años, en París, — á arqueó-

logos, á anticuarios y á numismáticos, á parte, naturalmente, las investigaciones en los archivos y en las bibliotecas, con el afán de sorprender, de fijar la verdad, de alcanzar la exactitud de las situaciones, transportando á los espectadores, con la imaginación y la vista á las márgenes del Bósforo en cuyas aguas se reflejaban los destellos de las orgías postrimeras.

Macaulay, al describir á Elisabeth, á su corte, á su tiempo y á su política, lo envuelve todo en detalles que pudieran parecer fútiles, pero que resultan indispensables para identificar una época lejana; lo mismo que Thiers, el más austero de los cronistas, se vé obligado á ser prolijo describiendo el palacio de Potsdam para pintar la escena en que el corso predestinado, con la inmensa significación histórica del acto, toma posesión y se instala en la residencia del gran Federico, saturada de su espíritu inmortal.

Tolstoi *escribe*, hoy, cuadros de costumbres de su país, *expone* situaciones materiales y espirituales de su época, *pinta* hombres y caracteres contemporáneos y observa, en una introducción « lo hago para contribuir á la historia de mi país. »

En Río de Janeiro, de 1848 á 1851 se elaboraban los sucesos que poco más tarde iban á imprimir una nueva orientación á los destinos del Río de la Plata. Se incubaba allí, entonces, una nueva política : y ella pudo ser distinta de lo que fué; y si hubiera sido distinta, opuesta, sin Caseros, rendido Montevideo, expatriados quizá ya definitivamente, perdidos para su patria elementos como Mitre, Sarmiento y varios otros de reconocida importancia, ¿cuál hubiera sido el sesgo de los acontecimientos?, ¿cuál el destino reservado á nuestras repúblicas?

Se hallaban frente á frente al gobierno, á la opinión del Brasil, dos representantes de dos entidades antagónicas, Rozas y la Defensa. La una se excluía á la otra. La una era incompatible con la otra. Guido decía al gobierno imperial : si reconocen á Lamas en su pretendido carácter, pediré mis pasaportes. Y era la guerra. Lamas, á su vez, le decía : reconózcanme en mi carácter y dénle los pasaportes á Guido. Y era la guerra. Lamas les decía, además, en Río, al gobierno y al pueblo desde las columnas periodísticas : « si no se socorre en tiempo á Montevideo, si cae Montevideo, será tambien la guerra, y en las peores

condiciones entonces para el Brasil, pues Rozas dominará toda la región del Plata.

En el Brasil había partidarios de una y otra política. En pró ó en contra de Rozas. No recibir al representante de Montevideo era declararse, al menos virtualmente, por el tirano, someterse, en realidad, á su dominio absoluto en la región platense, resignarse á que se apagara aquella única luz de libertad que brillaba áun, en medio de unas tinieblas de veinte años, en las heróicas murallas de la ciudad sitiada. Ricibirlo era aceptar los riesgos de una peligrosísima aventura internacional. Era un torneo entre un poder y una idea, entre un vencedor y un vencido ante un arbitro cuya opinión pudiera resultar decisiva. ¿Qué, quien triunfaría?, ¿la fuerza ó el derecho? ¿el ideal ó la materia?, ¿el absolutismo ó la libertad?

Eso iba á derivarse, á parte la habilidad de los negociadores, del ambiente social y político que, por fín, llegára á predominar en el Brasil, — de la supremacía de uno ú otro partido, el liberal ó el conservador, — de la opinión, de la voluntad del Emperador.

Si hubo en realidad un momento psicológico,

un *tournant de l'histoire*, un instante decisivo para la vida, para el destino de tres pueblos, fué aquel. No pretendo definirlo, perfilarlo en absoluto, pero considero, ¡desde que hay detalles que vierten tanta luz! que pueden resultar de alguna utilidad para el esfuerzo del historiador futuro los apuntes que voy trazando, los hechos que voy exhumando, sin pretensión, al acaso, á impulsos de un anhelo de verdad, de sinceridad, de justicia.

El Brasil era un país de discusión y, por consiguiente, de opinión. El gobierno era parlamentario, vale decir que el gabinete tenía que contar necesariamente con la mayoría por lo menos de la Cámara baja, de elección directa, popular; era, pues, un reflejo de la mayoría. El Senado, vitalicio, era tambien de elección popular, aunque las provincias, por muerte de los titulares solo designaban candidatos, tres por cada banca, entre los cuales el Emperador escogía.

Y á propósito referiré un hecho sugestivo para probar tanto que Don Pedro era, en realidad, un monarca constitucional cuanto que las elecciones, bajo su reinado, no eran tan viciosas como lo son, hoy mismo, en otras partes de nuestro continente.

Existía en la provincia de Minas un ciudadano popular, republicano ó, por lo menos, detractor de la monarquía, Teofilo Otoni. En una elección de senador vino el primero en la terna y el Emperador escogió el segundo de la lista. Se dió otra vacante y sucedió lo mismo, pero á la tercera vez Otoni entró al Senado.

El Emperador, jefe del ejecutivo, ejercía, además, el poder llamado moderador, entre cuyas facultades se hallaba la de disolver la Cámara de diputados, ordenando simultáneamente nuevas elecciones. Las provincias eran gobernadas por presidentes, nombrados por el ejecutivo central conjuntamente con una cámara legislativa local, de nombramiento popular. Con todo esto, además de un ámplio régimen municipal y de un poder judicial autónomo, independiente, los brasileros gozaban, ampliamente, de todos los atributos del gobierno propio; escribían. hablaban, se asociaban, se reunían, y manifestaban libremente. El Consejo de Estado era un cuerpo simplemente consultativo, ilustrativo, del que hacían parte los hombres más eminentes; sus anales eran fuentes de sabiduría en todos los ramos pertinentes al gobierno de un páis, comprobando que el Brasil contaba, como cuenta hoy, con hombres de Estado de elevada competencia.

Este órden constitucional y esta verdad institucional hacían con que, para ganar el pleito trabado entre Rozas y la Defensa era menester impresionar ventajosamente á la opinión en general y, á la vez, convencer personalmente al jóven Emperador.

En aquel entonces se hallaba en el poder el partido liberal y, por aberración, por lo menos aparente, era contrario á la alianza con los elementos antirozistas, esto es contrario á empeñar al Brasil en una nueva guerra en el Río de la Plata. Ya he dicho antes que estaba aún fresca la memoria de la campaña que terminó con el reconocimiento de la independencia oriental. Pero el emisario de Montevideo hablaba, desde las columnas del « Jornal do Commercio », al alma de un pueblo que no se mostraba indiferente ante el proceso á Rozas, ante los cuadros de opresión y sangre que se le exhibían á diario, á la vez que se exaltaba el heroismo de los que se sacrificaban por la humanidad, por la civilización, por los preceptos de la libertad. Era el redactor de « El Nacional », el autor de *Las agresiones de Rozas* el que hablaba, transmitiendo su exaltación y comunicando su entusiasmo á un público que iba ganando, poco á poco, á su causa, no obstante la tenaz é insidiosa propaganda contraria servida por otros órganos de publicidad, écos del oficialismo de Rozas, que sabía que, allí, en Río, se estaba riñendo la batalla, que allí se estaban decidiendo los destinos de aquella parte de la América del Sur

Sería demasiado prolijo, y no cabe en la ligereza de estos apuntes perfilar los principales hombres públicos de aquella época del Brasil: me limitaré á consignar que el partido conservador se fué manifestando, gradualmente, por medio de su prensa y aún sirviéndose de oradores parlamentarios en favor de la causa de la Defensa, aunque solo se tratase, en aquel entonces, de adhesiones de simpatía, esto es, sin que se llegase á aconsejar la comunidad de causa que perseguía el emisario oriental.

Esa era cuestión de tiempo, de insistencia, de tino, de oportunidad.

Entretanto los meses, los años corrían y Montevideo agonizaba, desamparado definitivamente por la ingerencia anglo-francesa, desertado, por otra parte, por muchos y valiosos elementos argentinos que se acogian á una tácita amnistía por parte del tirano. El representante de la Defensa recibía en Río sus cartas, en las que se trataba de ganarlo al convencimiento de la inutilidad de todo nuevo esfuerzo en el sentido de derrocar al omnipotente.

Esas voces no fueron oidas.

Y, por suerte, no lo fueron.

Habia fé absoluta en el éxito final.

En uno de los párrafos anteriores me detuve á describir, ligeramente, la casa que habitábamos en la rua da Pedreira da Gloria. en la falda de una colina que dominaba la bahía, cuyo recuerdo infantil está grabado en mi memoria, como que en ella sentí mis primeras impresiones. Referí, al consignar esa reminiscencia, que una mañana subió las escaleras de piedra que conducían á la pintoresca mansión. un hombre joven que pidió hablar á mi padre. No dije entonces que objeto le traía, interrumpiendo el relato, pues creí conveniente exponer antes otros hechos y circunstancias que se relacionaban, como preliminares, con ese acontecimiento, que lo era, en efecto, como se verá.

El señor Irineo Evangelista de Souza, explicando la razón de su visita, le dijo á mi padre que venía á ofrecer, por su intermedio, al gobierno de Montevideo suministrarle armas, pólvora, municiones, víveres y aún un subsidio pecuniario mensual, todo lo cual sería entregado directamente á dicho gobierno, en Montevideo;

agregando que, para precisar mejor el ofrecimiento que formulaba, le pedía que le entregase una relación de todo cuanto necesitase la plaza sitiada. Y como mi padre, sorprendido por lo que oía guardára silencio, el Señor de Souza continuó afirmando: que él era comerciante, que tenía fé en el triunfo del gobierno oriental en la guerra que sostenía y que concedería los plazos convenientes para el pago de los suministros que venía á ofrecer. Y como para disipar un último escrúpulo agregó, por fín: que se trataba de una operación honesta, que no se recargaría sino el interés corriente y que, en cuanto á los precios de los artículos serían los mismos que abonaba para su ejército el gobierno imperial.

Mi padre estaba de sobre aviso y no se entregaba facilmente à un extràño que con tanta desenvoltura venía á hablarle de asuntos delicados que se relacionaban con su país, con su gobierno, con la situación de la plaza de Montevideo. Lo que más lo puso en guardia á mi padre, segun me lo decía años después, fué el pedido de la lista de los artículos necesitados y de aquellos cuya provisión era más urgente é indispensable dara que la plaza pudiera continuar su resistencia.

Es de advertir que, desde el día de su llegada á Río, mi padre fué objeto de una extricta vigilancia por parte de agentes asalariados de la legación argentina. Todos sus pasos eran anotados, todas sus visitas comentadas en partes que el general Guido remitía al tirano y que se encontráron después en los archivos de Buenos Aires. Más de una vez mi padre tuvo sospechas de individuos que, con motivos falaces, se introducían en su casa. Sucedió un día que á un mucamo un desconocido le ofreció encargarse de poner en el correo la correspondencia que se le confiaba, so pretexto de que, haciéndolo conjuntamente con otras cartas que, llevaba, el porte sería menor, diferencia que le entregaría, simpleza que felizmente no surtió efecto; pero aún así, de ese día en adelante no se confió á ningun criado la tarea de franquear la correspondencia, sobre todo la de carácter oficial. Todos los papeles, en casa, se ponían bajo llave y, durante la mesa, en presencia de los criados, mi padre había excluido toda conversación relacionada con sus funciones y propósitos políticos. Se acordaba del sistema de las delaciones tan en boga á la sazón en Buenos Aires.

No puedo dejar de mencionar, á propósito del

tema de estos párrafos, el papel que desempeñó un momento en nuestro hogar una Señora Doña Dorotea Gonzalez, Doña Dorotea, sencillamente, como la llamábamos todos en nuestra casa, sin excepción alguna.

Poco tiempo después de nuestra llegada á Río, segun lo oí referir después á mi madre, que contaba el percance á saciedad cuando se trataba de aquella época memorable, se le presentó una señora, muy remilgada, aparentemente de modesta condición, diciéndose argentina, ha poco llegada de Montevideo, donde había permanecido largos años, pretendiendo conocer y haber cultivado relación con las principales familias porteñas y uruguayas de su sociedad, circunstancia de que daba razón citando nombres y hechos de notoria exactitud; y entre sus relaciones recordaba á dos hermanas de mi madre, casada la una con Don Juan Angel Zaballa y la otra con Don Juan Tabor Fox.

Doña Dorotea fué la bien venida en nuestra casa, tanto porque mi madre se hallaba desorientada, sin relaciones, en tierra extranjera cuanto que esa Señora, mostrándose servicial y cariñosa, había logrado, muy pronto, ganarse la simpatía de todo el chicaje.

Meses después mi madre recibía una carta de una de sus hermanas, que residía en Montevideo y á la que había hecho referencias sobre la Doña Dorotea Gonzalez. En ella la ponía en guardia contra la *introducida* y concluía por decirle : « no sé como Lamas no se acuerda de ella. pues la tuvo presa en la policia por espía. que iba y venía de Buenos Aires. »

Al llegar á casa. ese día. mi padre la encuentra á mi madre enojadísima, resuelta á echarla á Doña Dorotea, intento del cual mi padre la disuadió no obstante haberle enterado de la correspondencia que acababa de recibir.

— No. le dijo, no hagas eso, no te dés por entendida. No me acuerdo de ella. — ¡ tuvimos á tantas espías en el departamento! — pero una de dos. ó tu hermana confunde y se equivoca ó tiene razón y esta mujer viene. en efecto, á nuestra casa para llevarle chismes á Guido; en el primer caso sería una injusticia despedirla y, en el segundo. puede llegar á sernos útil. De todos modos conviene vigilarla y que seamos más discretos delante de ella, sin que se aperciba de nada.

Así se hizo; nada cambió á su respecto, á no ser que nosotros, los chiquilines, no encontrábamos

sobres viejos, como los llamaba Doña Dorotea, en la canasta de papeles del escritorio de mi padre, pues este los reducía á añicos ó los hacía desaparecer del todo. Doña Dorotea los solicitaba pretextando que era *por las figuritas*. Era una precursora, por lo visto, del filatelismo.

Algún tiempo después mi padre encontró medio de servirse de los inconscientes buenos oficios de Doña Dorotea, pues sin duda había adquirido el convencimiento de que ella se comunicaba con la legación argentina. Se trataba de un momento en que muy especialmente había interés en que el general Guido no se diera cuenta del buen aspecto de las negociaciones.

— Señora, le dijo, al llegar á casa, ¿qué le parece que nos acompañára V. á Montevideo? ¡Los niños le han tomado tanto cariño!

— ¡Como es eso, Don Andrés! le contestó muy sorprendida é interesada, ¿realmente se va Usted? Y dirigiéndose á mi madre : ¿Pero para volver pronto?

Mi padre contestó, interponiéndose : « Nos vamos probablemente el mes que viene y para no volver al Brasil. »

— Alguien vendrá de Montevideo para substi-

tuirle en sus trabajos..... insinuó la muy ladina.

— No, nadie. ¿Para qué? continuó mi padre, retirándose de la pieza donde tenía lugar la conversación, « esta gente está con Rozas, le teme y decididamente no romperá con él. »

Mi padre no se engañaba. Entre los partes de Guido hallados en Palermo se encontró esta conversación, aderezada de comentarios pertinentes sobre el fracaso de la misión de mi padre.

El Señor de Souza, personaje que puse en escena en uno de los últimos capítulos, no obtuvo ninguna confidencia cuando se presentó por primera vez á mi padre; tuvo que conformarse con la invitación que le hiciera, pretextando urgentes ocupaciones en ese momento, de volver al siguiente día.

Esa tarde mi padre fué á San Cristobal; allí encontraría, quizá, como encontró, en efecto, la explicación del enigma: esta fué confirmativa de una sospecha que cruzó su mente al oirlo al Señor de Souza: á no ser un espía, y hay que admitir la posibilidad que lo sea, para ser prudente, se decía, debe ser un sujeto que obra, secretamente, por cuenta y órden del gobierno imperial, deseoso, este, de ganar tiempo antes de adoptar una resolución y convencido de que, realmente, como se lo había dicho en nota de comienzos de 1848 y se lo venía repitiendo sin cesar, « Montevideo asegurado de subsidios es inexpugnable para Rozas, mientras que, sin ellos, está expuesto á sucumbir y, sucumbiendo, perdida esa base, el Brasil tendrá

que habérselas solo con el tirano victorioso y ensoberbecido de cuyas garras será difícil arrancar, postrado, aniquilado, al Estado Oriental. »

Mi padre supo, con un alborozo, que no pude disimular al llegar á casa (tengo de ello el recuerdo de una fuerte impresión infantil, producida por uno de esos acontecimientos que cambian favorablemente el ambiente de un hogar), supo, repito, que Montevideo iba á ser socorrido eficazmente, que, consiguientemente, no caería, que triunfaría, salvándose dentro de sus muros todos los ideales, todas las expectativas de sus leales y heroicos defensores.

Para apreciar lo que este hecho importaba, el hecho de estos socorros y elementos, — su oportunidad y trascendencia — es necesario recordar cual era la situación, extrema y angustiosa de la plaza y del gobierno de Montevideo; y para pintar y comprobar cual era la penuria con que se luchaba bastará referir que se dió el caso singular de verse reducido aquel gobierno á solicitar, por nota, del cuerpo diplomático un préstamo de 50 mil pesos para procurarse algunos elementos indispensables para continuar la resistencia á Oribe, — pedido que no pudo ser satisfecho,

porque de lo contrario, como lo declaráron los agentes extrangeros, estos « hubieran faltado á la neutralidad que observaban entre los beligerantes ».

Todo se había vendido y empeñado, hasta las plazas públicas, hasta las rentas futuras, inclusive las aduaneras, por dos y tres años, en condiciones usurarias. Nadie le fiaba un centavo al gobierno, reducido á vivir, al día, de expedientes y exacciones. El bloqueo de la bahia se habia levantado, pero no por eso conseguia el gobierno de la plaza llenar las necesidades de su defensa, careciendo de los medios de adquirir los más apremiantes elementos.

La emoción que debió experimentar, y que experimentó, en efecto, aquel emisario oriental, ¡ tantas veces se lo oí referir después ! fué legítima y profunda; pero la intensidad de esa sensación no es para dicha ni para escrita ni para sentida sino por él. ¡ Tantos años de lucha, de peligros, de penurias, de desaliento, de martirio, enfin! y, un bello día, después de tantas esperanzas defraudadas, de tantas ilusiones perdidas, de tantas promesas ilusorias, una realidad triunfal, definitiva !, ¡ poder decirle á Monte-

video, á los compañeros de causa : « ahí va todo, pólvora, armas, pertrechos, pan, dinero, todo lo necesario para resistir, para vencer, seguramente » ! ¡ Y, á no dudarlo, lo demás vendrá, la alianza, la cooperación militar como colorario lógico, necesario de este primer éxito de la misión confiada. como última esperanza al jefe político y de policia del 43 !

Las armas, los suministros se embarcáron y llegáron en tiempo á Montevideo. no obstante las demoras ocasionadas por la fiebre amarilla que diezmaba las tripulaciones de los barcos fletados, como ya lo referí. Pero el gobierno de Montevideo, con cuya discreción no se contaba, no supo, hasta después de convenida la alianza, que se trataba de un subsidio oficial del Brasil ; creyó en el proveedor y prestamista particular Señor Irineo de Souza; mi padre se obligó con el Emperador á esta reserva, reserva que se consideraba indispensable para retardar el rompimiento con Rozas, para ganar el tiempo exigido por los preparativos de la guerra, guerra que venía forzosa, inevitablemente, pues venía la alianza y la alianza era eso.

Cuando el negociador de la Defensa salió de Montevideo para dirigirse al Brasil, llevaba en ciernes una combinación, vaga aún, pero, en fín, una combinación. Como fuerza efectiva, como contingente militar los elementos de la plaza de Montevideo no eran ni de gran peso, ni mucho menos de importancia decisiva aún reunidos á los que pudiera proporcionar el Brasil para abrir una campaña contra Rozas; y tanto más que no había que hacerse ilusión respecto á defecciones y levantamientos en favor de los expedicionarios por parte de fuerzas y poblaciones argentinas después del desengaño sufrido por Lavalle, desamparado y traicionado, huyendo casi solitario por las breñas del Norte de la República, donde exhalára su último suspiro, así como del resultado negativo de las campañas de Corrientes y Entre-Rios bajo la intrépida dirección de jefes como Paz, obligados, por fín, á renunciar á su glorioso intento por falta de suficiente cooperación popular.

No era lícito contar, por consiguiente, con elementos locales, tanto más que se trataba de

un momento en que, terminada la intervención anglo-francesa y destruidas tanto la conflagración del Norte como la liga del litoral, Rozas había alcanzado el auje de su prestigio é influencia, desde que, además, deshecho y expatriado Rivera, Oribe dominaba en absoluto toda la campaña oriental.

Diez y seis mil hombres, con Oribe, frente á Montevideo, otro tanto de fuerzas en Entre Rios á las órdenes del vencedor de India-Muerta, sin contar con los elementos federales á inmediaciones de Buenos Aires, en Santa Fé y en el Norte de la República...

No obstante esa situación casi desesperada para los opositores á Rozas, situación que no era posible disimular, aquel negociador ofrecía, desarrollaba confidencialmente en el Brasil una combinación que daría por resultado el triunfo de la causa liberal. Esa combinación tenía por base, como elemento concurrente á las fuerzas de Montevideo y del Brasil, la defección de Urquiza, su cooperación, su alianza para combatir, para vencer á Rozas. Pero ¿ se contaba realmente con Urquiza? Sí y no. Lo mismo que para el Brasil no le bastaba contar con los elementos de Monte-

video para declararle la guerra al gobernador de Buenos Aires, para Urquiza no eran suficientes los contingentes de la ciudad sitiada para alzarse contra Rozas, para intentar derrocarlo del poder.

Era evidente que Urquiza dejaría de serle fiel á Rozas el día en que contára con elementos para substituirse á él en el mando de la República. Desde luego evolucionaba, empezaba á campear por sus respetos dentro de su provincia. Era una obligarquía descarada según se decía en las hojas federales, en Buenos Aires, al darse noticia de que Urquiza había borrado de la divisa el « mueran los salvajos unitarios ». Evidentemente evolucionaba; pero de ahí al alzamiento había mucho trecho. Otra cosa sería, sin duda, si el Brasil entrara en la liza, si le apoyase real y eficazmente en sus intentos.

El Brasil, por su parte, no quería, no podía, no se atrevía á pronunciarse, á reconocer en su carácter á Lamas, á dar sus pasaportes á Guido, á engolfarse en una guerra contra Rozas sin la seguridad del contingente de Urquiza, de las fuerzas de Entre Rios y, eventualmente, de las de la provincia correntina.

Urquiza no largaba prenda, conversaba con los

emisarios secretos que se le despachaban, prometía verbalmente, oia proposiciones, pero exigía, antes de pronunciarse definitivamente, de comprometerse, de romper con Rozas, de exponerse á perder lo seguro, que era su omnipotencia en Entre Rios, exigía, repito, que el Brasil le diera seguridades positivas, que admitiese, el Brasil como Montevideo, sus condiciones en cuanto al mando de las tropas, á la reorganización de la República.

Lamas conversaba, negociaba, explicaba en Río y escribía á Montevideo; de Montevideo se expedían nuevamente emisarios á Entre Rios y, principalmente entre Lamas, Herrera y Obes y el Emperador, desde que sus ministros no entraban de lleno en la combinación, se iba formando aquella red entre cuyas mallas acabaría por enredarse el tirano.

He hablado del Emperador, aun sin su gobierno tratándose de los embriones de lo que más tarde sería la alianza histórica y fecunda que cambiára los rumbos sociales y políticos de la América meridional. Fué una modalidad transitoria de la época, impuesta por la especialidad de las circunstancias, debiendo tenerse presente, además y por

otra parte que el monarca tenía la facultad constitucional no solo de cambiar el gabinete sino hasta de disolver el parlamento.

Urquiza era un factor importante, como lo era el Brasil en la combinación; quizá contando con el Brasil se podría prescindir de Urquiza. Pero lo razonable era aunar el esfuerzo de todos. No sería una guerra sino un paseo militar, evitándose los azares de una campaña larga y cruenta.

A Urquiza, en un momento dado se le dijo, ante sus reticencias y ambigüedades, *con V.* ó *contra V.*, esto es, Montevideo y el Brasil se unirán, de todos modos, contra Rozas. y V., el de Vences é India Muerta, que ha sido, que es una rueda del engrenaje de opresión y de sangre que estamos resueltos á destruir, si no marcha con nosotros caerá con él.

Se le dijo tambien. seguramente, por lo menos al oido, en ese ó en otro instante de la negociación, *con V.* y *para V.*. aunque otra cosa se pensára.

Lo esencial era derrocar á Rozas.

Después se vería.

Y así es como, porqué y para que se fué á la alianza

Los sucesos se precipitaban.

El instante álgido se aproximaba.

La cuestión internacional acabó por sobreponerse en aquel entonces, en el Brasil, á las cuestiones de la política intestina. La propaganda del « Jornal do Commercio » ardiente, incisiva, apasionada, conmovió á los partidos, contaminó á la opinión, despertó y electrizó las conciencias. Con Rozas ó contra Rozas. Claudicar ante el tirano, á quien M. Thiers clasificaba de bandido desde lo alto de la tribuna francesa, ó alzarse viril y dignamente contra él, contra su poder, contra su sistema. Barbarie ó civilización. Ese era el dilema.

Debía vencer y venció la buena causa.

El partido liberal, sino propiamente rozista pero que se oponía á embarcar al Brasil en una guerra exterior, cayó del poder.

Le substituyó el partido conservador.

Y como marcando netamente cual era la causa, el motivo, el significado y el objetivo del cambio de gobierno, el mismo día en que el Emperador

recibía, en San Cristobal, el juramento de los nuevos ministros, reconocía en su carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República Oriental del Uruguay al emisario de la gloriosa Defensa, en acto público y solemne.

El Diario Oficial registraba, al siguiente día, las dos ceremonias, armónicas, concomitantes, significativas.

Una nueva etapa de la gran política quedaba atrás, recorrida á fuerza de fé, de tenacidad, de una constancia realmente épica, inmortal de parte de cuantos combatían y habían combatido al tirano, vislumbrándose para todo el Río de la Plata las fecundas proyecciones de un triunfo semejante.

La bandera oriental flamea en lo alto de la terraza en cuya descripción ya me detuve un momento; la circundan rosas, jazmines, heliotropos en flor, que perfuman el ambiante en que despliega sus colores. Abajo, sobre la puerta de entrada, al pie de la escalera de granito se ostenta el escudo de la República. Gracias á la ficción de la extraterritorialidad, está allí, se halla allí un pedazo de la soberanía de la patria de Artigas, de los Treinta y Tres, de la nación de las Piedras, de la Florida, de Ituzaingó, de Montevideo,

del 43; palpita allí el alma nacional; se agita en aquel recinto un pensamiento tan vívido, tan intenso que sus efluvios lo contaminan todo, al extremo que mi tierno entendimiento se impresiona y, tanto, que queda gravado en mi memoria aquel día de alborozo infinito.

Socialmente considerado, el Brasil revestia aún, en aquel entonces, como nuestros pueblos del Plata el carácter colonial, esto es, su población no se había contaminado todavía. como debía suceder más tarde en todo nuestro Atlantico meridional, con las corrientes europeas estimuladas, poco á poco, — gracias tambien á los progresos de la navegación. — por los atractivos de las regiones vírgenes ó explotadas escasamente. Y al referirme á las corrientes europeas exceptúo. naturalmente, á los portugueses respecto al Brasil como á los españoles tratándose de nuestras naciones del Sur, desde que sus naturales ó descendientes genuinos formaban la base de la población, respectivamente, en una y otra de las regiones mencionadas.

Los aborígenes se hallaban replegados al interior de las tierras, siendo escasísimos los que se asomában á la periferia. Y á propósito diré, que el Brasil ha sido más perseverante que la Argentina en la obra de la evangelización de los naturales, consiguiendo reducirlos en mucho mayor

escala que lo que sucedió en esta última nación, donde el exterminio fué el medio predominante. En cuanto al Estado Oriental, depurado de los habitantes primitivos, —exterminados por irreductibles ú obligados á emigrar, —es, entre todos los de la América latina, como lo comprobé en mi « Aperçu Economique » (Paris, 1885), el único actualmente poblado, exclusivamente, puede decirse, por elementos caucasicos ó sea de orígen europeo.

Pero el Brasil independiente tuvo la desgracia de heredar no solamente la esclavitud sino la trata de la raza africana. Las exigencias económicas, la imperiosa necesidad de importar brazos aptos para el trabajo agrícola bajo la zona tórrida fué la explicación sino la excusa de semejante situación; de todas maneras, se trataba de circunstancias atenuantes que han invocado los estadistas é historiadores brasileros, anticipándose al proceso que la humanidad no dejará de formular á su país.

He asistido á la atenuación y, después, á la abolición de la esclavitud en el Brasil, habiendo empezado, en mi primera juventud, por presenciarla bajo sus aspectos más repelentes.

Descartes dijo que las cosas son y se ven según, como y de donde se ven. Tratándose de objetos. de cosas materiales vistas, por ejemplo, del punto A, á la distancia, son cosas. objetos de forma redonda, indudablemente, mientras que contempladas del punto B, son, incontestablemente, oblongas.

En cuanto á las apreciaciones morales sucede algo parecido, — todo depende del estado de alma de los individuos, de un ambiente, de un convencionalismo psíquico, intelectual y sentimental peculiar á cada momento y situación.

No hay, pues, que juzgar las cosas ni que apreciar los actos con abstracción del medio social, político y económico del momento, esto es. hay que precaverse contra el absolutismo, que á veces arma nuestra diestra para distribuir justicia, que suele, así, resultar cosa muy distinta.

Malherbe concretaba este pensamiento diciendo: una civilización no puede juzgar á otra civilización : todas tienen su explicación y su excusa ; la barbarie misma no es un crimen, es un estado de alma de la humanidad.

Ya que en estos apuntes y reminiscencias vengo hablando de Rozas, recordaré que en un

libro interesante que no ha mucho recorrí, al describir episodios de la época, mas sangrienta que otras, del 40 al 42, se refiere que yendo una familia en carruaje, al caer la tarde, por un camino, cerca de Palermo, se asustaron los caballos, y al preguntársele al cochero ¿qué hay? este contestó, tranquilamente, como si se tratára de la cosa más natural del mundo y que no era para emocionar: « no es nada, son cuerpos de unitarios que acaban de degollar ».

Alcanzo á recordar la época en que por ejecuciones de deudas, inclusive las prendarias, pues eran objeto de obligaciones pignoraticias, ó de liquidaciones testamentarias, sin excluir las ventas voluntarias, los negros se vendían, en el Brasil, en subasta pública, al correr del martillo, expuestos en tablados en donde los interesados los examinában, palpándolos é interrogándolos previamente.

Se dividían y catalogaban por razas : benguelas, congos, minas, etc. ; por edades, por profesión, aptitudes, robustez, etc.

Negros, negras, negrillos y negrillas de toda edad eran objeto de la venta pública, expuestos al natural, con la sola excepción de un apéndice

de tela exigido por la decencia. Las esclavas con hijo al pecho se vendían con su cría, como se decía y pregonaba; los demas menores se vendían con ó sin la madre, al gusto y opinión del postor, separándolos sin piedad.

Cualquiera protesta ó resistencia era pronto reprimida por medio de latigazos aplicados con mano firme y segura.

Las leyes reconocían y amparaban la propiedad del esclavo; los jueces y la fuerza pública les prestaban á los señores su protección y ayuda. El negro huido era ante la ley un delincuente. Batidas se organizaban en los montes, contándose horrores de esas cazas del hombre por el hombre. Por los diarios se ofrecian recompensas, que muchas veces ascendían al valor del esclavo huido, por la captura del mismo, siendo el interés del amo comprobar que eran inútiles semejantes tentativas, para ejemplo de los demás, sin contar con la corrección á que era sometido en presencia de sus compañeros de infortunio.

La recepción de mi padre en su carácter oficial se había propagado ràpidamente por la prensa y aún de prójimo á prójimo, desde que ese acto importaba nada menos que una guerra para el Brasil con sus complicaciones y sacrificios posibles.

Y así debió suceder, efectivamente, pues no pasaron muchos días sin que á la casa de la legación se vieran ocurrir hombres de color que se decían ciudadanos orientales, apresados, según referían, dentro ó fuera de la línea divisoria con la provincia de Río Grande, por negreros, esto es, por traficantes de esclavos, que los vendían después en Río de Janeiro y en otros lugares del Brasil. Se trataba, según esas versiones y referencias de un verdadero salteamiento y robo de hombres libres, para someterlos, lucrando, á la esclavitud, ya sea invadiendo nuestro territorio, ya atrayéndolos al territorio brasilero, confiandoles tropas de ganado ó por otros medios conducentes.

Mi padre sometía á esos hombres á un interrogatorio, y cuando se convencia de que habían

estado en la República, ya sea por describir lugares, por hablar nuestro idioma, por nombrar autoridades, jefes y caudillos, á las órdenes de los que habían servido, los alojaba en casa, esto es los albergaba en las cocheras y caballerizas, de que no se servía, que hacían parte de la finca en que residiamos.

Me acuerdo de aquellos diez ó doce hombres de color que formában campamento, en las cocheras, á la sombra de copiosas *mangueiras*, árboles de un follage obscuro, espesísimo.

Un día uno de esos hombres cometió la imprudencia, desatendiendo las recomendaciones de mi padre, de salir á la vereda, después de bajar la larga escalera de piedra, desapareciendo enseguida, como arrastrado por un caimán en acecho que al borde de un río husmea la presa codiciada. Y el caso fué que no se tuvo más noticia de él, no careciendo de fundamento la suposición de que pereciera bajo el látigo vengador.

Toda vez que uno de esos hombres de color se presentaba, adquiriendo mi padre el convencimiento de que se trataba de un hijo de nuestra tierra, ponía el hecho en conocimiento del gobierno imperial y entablaba una reclamación en el sen-

tido de que se procediese à una investigación y se castigáran los autores y cómplices del atentado cometido al privarlo de su libertad á un ciudadano de la República.

Al gobierno imperial se presentaban casi simultanáemente, directamente ó por medio de las autoridades judiciales, los que se decían señores ó amos de aquellos hombres, denunciando que se hallaban refugiados en la Legación Oriental y pidiendo que se exigiera su entrega inmediata.

Se producía, pues, un conflicto constantemente renovado, de dificil solución; el gobierno empezaba por pedir la entrega de los hombres para ser depositados como cosa litigiosa. Mi padre se oponía à semejante medida, *et pour cause*, pues sabía cual sería la suerte que les aguardaba en el depósito à los pobres asilados.

— Desde luego, decía mi padre, no es cosa, es hombre.

— Desde que es esclavo, según las leyes del Brasil, es cosa, contestaba el ministro.

— Aunque así fuera, replicaba mi padre, no se trata, en este caso, de un esclavo sino de un hombre libre.

— Si es libre pruébelo Vuecencia.

— Lo pruebo mostrando, viendo que es hombre; ser hombre es ser libre, esa es la regla: ser esclavo es la excepción, y excepción odiosa; es á Vuecencia que le toca probarla.

Buscando otra clase de argumentos, el ministro de Relaciones Exteriores le negaba al ministro oriental el derecho de asilo para hombres contra los cuales había causa abierta, hombres que reclamaba la justicia ordinaria.

— No son asilados, contestaba mi padre, son hombres que hacen parte de la servidumbre de la legación, amparados por el Derecho de Gentes.

No había, pues, solución para semejantes conflictos.

Y el hecho es que el gobierno imperial lo que generalmente hacía era indemnizar á los supuestos amos de los supuestos esclavos, que mi padre acababa por embarcar para Montevideo, archivándose las respectivas reclamaciones.

Eso se pasaba en la época en que se negociaba la alianza, antes de Caseros; pero posteriormente se produjeron, tratándose de estos asilados, dos hechos patéticos que ligeramente referiré.

El uno acaeció en 1856 ó 1857 y el otro en 1865, durante la guerra del Paraguay.

En cuanto al primero : se pasó el día 7 de Septiembre, fecha de la independencia del Brasil, á eso de las 9 1/2 de la noche (viviamos entonces en una casa del camino de Botafogo); se oye un tumulto y gritería en la parte baja de la casa. Mi padre se preparaba á salir, con mi madre y mis hermanas, para el teatro y se hallaba de uniforme, pues se trataba de una función de gala. Al oir el ruido, mi padre baja la escalera y se enfrenta, poco después, con un caballero, que conoció en el acto, que venía del fondo perseguido por la servidumbre. Se trataba de un titular, que no nombraré, dueño de una de las más grandes fortunas del Brasil. Había pensado que mí padre ya se había ausentado para el teatro y había asaltado la casa de la legación para apoderarse de un negro asilado, que consideraba esclavo suyo, animado por un sentimiento irresistible de venganza.

La escena que se siguió fué patética. Aquel hombre comprendió toda la gravedad de la situación, toda la magnitud del atentado que había cometido. En la sala, se arrastraba á los piés de mi madre y de mis hermanas, lloraba, les suplicaba. Por fín, mi padre se contentó con que escribiera y firmára una declaración en que se reprodujeron

los hechos, documento de que mi padre no se sirvió.

Más tarde, en sociedad, ese caballero, millonario, víctima de la pasión negrera, era lo más obsecuente con mi padre y su familia, temeroso siempre de las consecuencias de su asalto á la legación.

El otro episodio es conocido, en los anales diplomáticos, por el del negro Matías. Los documentos constan de un folleto, en el que se registra, entre otros, el de la protesta del cuerpo diplomático en Río, que se solidarizó en su reclamación con la Legación Oriental.

El negro Matías se hallaba asilado en la legación. La policia se hallaba á cargo de la guardia nacional, habiéndose movilizado los cuerpos veteranos de la ciudad para enviarlos al Paraguay. Un día, un oficial, perteneciente á una de las principales familias, seguido de dos soldados, le echa la mano al negro que se ballaba parado en la puerta de calle para aprehenderlo; Matías, sabiendo lo que le aguardaba, forcejea, y tanto que el oficial y los soldados penetran con él en el zaguan. Al ruido de la lucha bajo yo precipitadamente la escalera y cierro la puerta de la calle; mi padre me sigue y

nos encontramos con el oficial y los soldados, armados, dentro de la casa de la legación. Mi padre le intima al oficial que se dé por prisionero, lo que hace, entregándole su espada; los soldados son desarmados y encerrados en una pieza; el oficial sube con mi padre á su escritorio. Entretanto mi padre dispone que yo vaya, en mi carácter de secretario de la legación, á comunicar al ministro de Relaciones Exteriores el hecho que acababa de producirse. No encontrándole en el ministerio y sabiendo allí que se hallaba en San Cristóbal, en despacho con el Emperador, sigo allí y aguardo que concluya la conferencia; le impongo de lo ocurrido, va á comunicarlo á Su Magestad y vuelve con una carta para el Jefe de Policia en la que se le ordena que se ponga á disposición del ministro oriental.

Regreso, pues, á la legación con el Jefe de Policia, que resolvió acompañarme en vista de la órden del ministro que llevé. Mi padre, después de hacerle firmar al oficial la declaración de los hechos, lo entregó, lo mismo que los soldados al Jefe de Policia para que los conservàra en calidad de prisioneros á la órden de la legación.

Seré breve. Mi padre exigió la degradación del

oficial, formado el cuerpo de que hacía parte frente á la casa de la legación, á la que rendiría los honores; prisión de los soldados y del oficial con arreglo á ordenanzas.

Esos desagravios, después de una discusión matizada de incidentes, fueron concedidos, pero, al último momento, mi padre desistió de que la ceremonia militar se llevára materialmente á cabo.

Aquella mancha negra de la esclavitud se fué borrando, hasta desaparecer del cuadro social y económico del Brasil. He asistido, más ó menos de cerca, á todo ese proceso, gradual, fatal, necesario, durante el correr de unos cuarenta años. Acabo de consignar algunos episodios que revelan hasta que punto alcanzaba la pasión negrera y á que extremos conducía á hombres de elevada posición. No fué fácil extirpar esa gangrena del organismo de un pueblo que, noobstante, tenía conciencia, en los últimos tiempos, de que se trataba de una ignominia nacional. Fué necesario que estadistas del temple del Vizconde do Rio Branco enfrentáran la dificultad. La princesa imperial fué la emancipadora definitiva. El Emperador se había ausentado para dejarle esa gloria.

La abolición sin indemnización le enagenó, sin embargo, simpatías á la corona; realizada en esa forma, contribuyó à la caida del imperio, habiendo, por otra parte, originado una profunda crisis del trabajo. Esa crisis obligó al Brasil á fomentar la inmigración extranjera. De ahí, puede decirse, su regeneración, su engrandecimiento actual.

Si no estaba firmada la alianza, esta era un hecho desde el momento en que los subsidios á la plaza de Montevideo habían sido acordados por el Brasil, en la forma subrepticia, impuesta por las circunstancias, que ya tuve oportunidad de explicar, aunque concisamente como cuadra á la índole de este trabajo. Y mucho más después de la recepción de mi padre en su carácter oficial.

Desde luego empezó á funcionar aquel engranaje irresistible, que aunaba las fuerzas del Brasil y del Uruguay, á las que más tarde se agregarían las de Entre Rios y de Corrientes confabuladas para derrocar la tiranía, para consolidar la independencia oriental y devolver á las antiguas Provincias Unidas del Rio de la Plata su suprimida libertad. En efecto, respecto á esta última referencia, hacia veinte años que imperaban Rozas y su sistema en toda la extensión de aquel inmenso territorio, cuna de preclaros ciudadanos, civiles y militares, que tan eficazmente habían contribuido, con la propia independencia, á la de casi un continente. Era como una nueva aurora

que se vislumbraba en los horizontes de esa patria grande, sumida por tanto tiempo en las tinieblas de un régimen de degradación y oprobio. La ola de la absorbente tiranía se había detenido ante las murallas de aquella ya ilustre Montevideo, decididamente inexpugnable, más que por el valor de sus hijos, por la fuerza indomable de una idea, la idea fecunda de la libertad. Faltaba un corolario, que parecia cercano y que la mente descontaba con las efusiones consiguientes.

Aquella casa de la legación (la tengo presente como todas las cosas que impresionan á la juventud por su anormalidad) revestía un carácter tal, en aquella época, por el vaiven de gentes que acudían á ella, desde temprano hasta la noche, que se asemejaba más á una oficina administrativa de extraordinario movimiento que á una casa familiar. Ordenanzas á caballo, de uniforme, venían con frecuencia, trayendo oficios, cartas é impresos voluminosos. Ministros, militares, hombres públicos, periodistas, sin contar con los orientales y argentinos, residentes ó de paso, ocurrían continuamente á la legación; algunos de los últimos lo hacían diariamente formando una tertulia, « El Club », como decían, donde se

comentaban las noticias con el interés natural de gentes que veían acercarse el momento de regresar á sus casas « embargadas », de contribuir á la reorganización del país, arruinado, desquiciado después de tan larga y nefasta tiranía. Pero si se reunía en aquella casa un « Club » de caballeros, se congregaba al rededor de mi madre otro de señoras expatriadas, desterradas forzadas ó voluntarias, de Montevideo como de Buenos Aires, que habían huido los peligros del sitio como los horrores de la mazorca. Sería profuso citar nombres, pero haré excepción con la viuda de Florencio Varela, la matrona que todos conocen y respetan, que había llegado á Río, con sus once hijos, después de haber salvado milagrosamente de un naufragio en las costas de Río Grande. Años más tarde, ya en Buenos Aires, contrajo matrimonio, en segundas nupcias con mi tío el Dr. Andrés Somellera, hermano de mi madre.

Todas las semanas llegaba con la regularidad posible un vapor de Montevideo, ingleses, el « Menay » y el « Camila » y, francés, el « Saintonge », y eran, los de esas llegadas, días de gran movimiento en la legación, pués cada *habitué* traía sus cartas, contribuyendo con sus noticias é

inpresiones propias á la animación de aquellos patrióticos conciliábulos.

Después de Caseros se deshizo aquella tertulia, no volviéndose á encontrar en la vida muchos de aquellos íntimos, entonces identificados por palpitaciones comunes que se reunían bajo nuestra bandera, en aquella casa, situada en lo alto de donde se divisaba la extensa y maravillosa bahía.

No está escrita ni mucho menos la historia de aquella época, permaneciendo desconocidos hechos, documentos que ni se sospechan, que llegarán á explicar sucesos, que darán la clave de acontecimientos distintos, políticos y militares el día en que se exhumen ó revelen. Tal vez me quepa la tarea de mencionar algunos, de sacarlos del olvido, pero por el momento debo necesariamente limitarme á insinuaciones, á vagas y superficiales referencias, tanto más que escribo hallándome en opuesto hemisferio al nuestro, librado exclusivamente á mi memoria.

Todo aquel movimiento, toda aquella acción, todo aquel programa que se desarrollaba, respondía á un pensamiento, á una política, á una orientación general y definida, detenidamente meditada.

Mi padre había logrado impresionar al joven Emperador, y lo había conseguido, en parte, desarrollando ante sus ojos los grandes destinos que alcanzaría nuestra América, tan escasamente poblada, tan generosamente dotada por la naturaleza siempre que sus pueblos, que sus gobier-

nos pudieran consagrar su atención y dedicar sus elementos á la obra de la administración interior, contentándose cada una de nuestras naciones con sus actuales y legítimos territorios, deslindando, con arreglo á sus títulos habilitantes, amojonando de buena fé sus fronteras, cerrando, definitivamente, la era de las veleidades dominadoras y absorbentes, renunciando á obsesiones de hegemonías imposibles.

Pero para ello, para que el Brasil pudiera alejar de sus preocupaciones una nueva guerra con la República Argentina, para que á la del Uruguay le fuera permitido entregarse á la labor de la consolidación de su independencia, por medio de la paz y de gobiernos regulares, era indispensable un esfuerzo común, pronto y oportuno, que aniquilase el poder de Rozas que, á la vez de constituir una amenaza perenne para la paz de los vecinos, era un baldón que refluía sobre toda la América meridional, desacreditándola colectivamente, alejando de sus playas los brazos y los capitales indispensables para su fecundación y progreso.

Por ahí está un documento, memorandum ó como quiera llamársele, el en que mi padre, por in-

sinuación del Emperador, condensó sus conversaciones con el mismo en una época decisiva y memorable, documento que abarcaba el pasado, que describía el presente, que hacía vislumbrar el porvenir, para concluir por exponer un programa, por trazar una línea de conducta de política internacional para nuestros paises, que consolidaría la paz entre los mismos, que solidarizaría sus esfuerzos para la obra de la prosperidad común. La base de esa política era el *statu quo* territorial, el tratado del año 28, repudiándose toda veleidad de reconstitución del virreinato por parte de la Argentina, como toda vuelta por parte del Brasil al ideal, que germinaba aún en el cerebro de estadistas del imperio, de llevar algún día, nuevamente, su frontera á la margen oriental del Plata, contando para ello, — y eso explicaba, en aquel preciso momento, la resistencia de eminencias políticas y de casi todo un partido, pues se creia que la oportunidad se acercaba, á los proyectos del emisario de la Defensa, — contando para ello, repito, con la anarquía que nos había devorado y pudiera seguir devorándonos, con el paroxismo de nuestras discordias partidistas así como con la dislocación de las provincias argentinas.

La libre navegación de los ríos, la neutralización de sus islas y canales. — desde que se trataba, independientemente de las correspondientes jurisdicciones, de indispensables servidumbres de paso, — el intercambio comercial, inspirado en una reciprocidad bien entendida, que crearía y fomentaría, armonizándolos, intereses cuantiosos y permanentes que se opondrían, por sí solos, á la alteración de la paz entre pueblos vecinos y fronterizos, eran otros tantos temas que en ese documento se desarrollában como partes esenciales del programa general que se exponía.

Una vez compenetrados todos nuestros pueblos, todos nuestros gobiernos de las ventajas que para unos y otros resultaría de la adopción de semejante política, — política grande y fecunda, como la llamaba, — todo se allanaba, todo se facilitaba, todo se resolvía; no había incidente que pudiera degenerar en conflicto, no había conflicto, en todo caso, que no encontrára su solución racional y pacífica desde que, cada uno en su casa pero solidarizados por principios é intereses comunes, nada fundamental los dividiría.

No estoy extractando un documento, que no tengo á la vista, pero recuerdo, por haberlo oido

exponer repetidamente con referencia á la época en que se elaboró, las grandes líneas del programa que sirvió de base á la política que materialmente se inauguró con la alianza del 51 : y mi padre, al exponerlo, no pretendía abrogarse su exclusiva paternidad, sino que aseveraba que no había hecho más que inspirarse en el pensamiento que predominaba en la Defensa, limitándose á interpretar el ideal colectivo de aquellos hombres singulares que, ávidos de civilización y progreso, imbuidos de preceptos de libertad y justicia, no obstante el encarnizamiento de la lucha que sostenían, vislumbraban días de restauración y de paz, deponiendo, con anticipación, en el altar de la patria sus rencores del momento.

De antemano, pues, estaba sobrentendido que el día del triunfo inevitable no habría ni vencedores ni vencidos, á fin de que todos cooperasen á la reconstrucción del hogar común, casi en ruinas por la obcecación de todos, sin preferencias ni privilegios, á la sombra, todos, de una misma ley y de una única bandera.

Y aunque este renglón se refería á un asunto interno, de índole doméstica, aquel documento de política general lo dilucidaba extensamente á fín

de que quedase bien entendido que, al penetrar los ejércitos de la alianza ya fuese al Estado Oriental ó al territorio argentino, no irían á vengar afrentas ni á realizar represalias, excluyéndose de la sombra de sus banderas actos de crueldad, exclusivismos y persecuciones fundadas en actitudes políticas y preferencias partidarias. La misión directa é indirecta de esos ejércitos era, debía ser más elevada, más humana, más política, más trascendental y fecunda : restablecer la paz, abolir la tiranía y, en cuanto al órden doméstico, provocar la fraternización de los ciudadanos, propender á la acción de todos hacia un porvenir de paz, de labor doméstica, de concordia internacional.

En pláticas posteriores mi padre completaba su pensamiento, circunscribiéndolo ya entonces á su país : « Nuestro interés, decía, nuestra garantia está en que se mantenga el equilibrio de poder y de influencia entre nuestros grandes vecinos, sin hegemonía de ninguno de los dos, sin preferencias por nuestra parte ; la supremacia de uno de ellos sobre el otro será siempre un peligro para nosotros, no para nuestra independencia, pues sabriamos siempre defenderla, sino para

nuestra paz, para nuestra tranquilidad, de que tanto carecemos para crecer, para desarrollarnos »; y concluía : « Tal vez, más adelante, seremos el fiel de la balanza y, si somos cuerdos, propenderémos siempre á la paz entre nuestros vecinos, que nos garantizarán, á su vez, el uno contra el otro, según las circunstancias, contra veleidades, improbables pero posibles, que amenazen atributos esenciales de nuestra soberanía. »

El pensamiento fundamental en que se inspiraba el proyecto de alianza, así como las tendencias y propósitos que tenían en vista al concertarse el Brasil y el Uruguay, fueron comunicados al general Urquiza, que los aceptó sin perplejidad ni reticencias y á las que se atuvo, al menos hasta la hora en que se hizo el último disparo contra el palomar de Caseros.

Las vísperas de la alianza, vale decir de la campaña militar que iba á iniciarse contra el poder de Rozas, no se hallaron exentas de hondas preocupaciones. El general Pacheco, ministro de la guerra de la Defensa no tardó en llegar á Río de Janeiro, de paso para el viejo continente. Tengo muy patente su presencia en nuestra casa; juguetón, alegre, familiar y entusiasta. Se mandó hacer en la *rua do Ouvidor* un uniforme de general, muy relumbrón y llamativo, con su respectivo tricornio de plumas azules. Y á esa circunstancia debí yo entrar en posesión de unos cordones de Ituzaingó, de plata, con borlas, que conservé por muchos años, pues estaban viejos y tuvo que mandarse hacer otros que no desdijeran con su flamante vestuario.

Sin duda suministró al gobierno imperial circunstanciados informes sobre los elementos bélicos del Río de la Plata y desarrolló algun plan de campaña. Muchos militares brasileros venían á casa, convertida en cuartel general, encontrándose con Pacheco y con los oficiales que lo acom-

pañaban. Tiempo después regresó de Europa, hecha la provisión de armas y vestuarios que se le habían encomendado, indumentaria á la francesa con la que se exhibió tan gallardamente, en Caseros, la división oriental.

Advierto, una vez más, que estos apuntes son un compuesto de recuerdos tanto de lo que pasó á mi vista, de las impresiones que ciertos hechos dejáran en mi memoria, como del trasunto de conversaciones que oí más tarde. en el centro en que se deslizó mi vida. relativas á la misma época.

A las objeciones de carácter militar, mi padre había opuesto siempre este argumento : « La guerra es inevitable para el Brasil y hoy puede hacerla con relativa ventaja, pues cuenta con Montevideo, con las fuerzas aguerridas que lo defienden así como con Urquiza y sus importantes elementos ; más tarde, caido Montevideo, sometido y solidarizado de nuevo Urquiza con Rozas, faltándole base para pronunciarse, el Brasil se encontrará solo contra un enemigo definitivamente victorioso y necesariamente ensoberbecido.»

— Pero, se le objetaba. aún admitiendo esa situación predominante por parte de Rozas, ¿ porqué sería inevitable una guerra argentino-brasilera?

— Porqué se hubieran renovado las causas de la anterior campaña: la anexión, sino ostensible, en el primer momento, real y verdadera del Estado Oriental; ¿la consentiría el Brasil?

— No, jamás.

— Ya se vé: la guerra es inevitable, día más, día menos, y hoy, en todo caso, puede llevarse á cabo en condiciones relativamente ventajosas.

Y abundando en argumentos para ahondar la impresión que trataba de producir, mi padre agregaba:

— ¿Porqué Rozas desechó el tratado que firmára, en 1843, el gobierno imperial con su ministro Guido, — que resultó no conocer las verdaderas miras del tirano, — de alianza ofensiva y defensiva, esto es, tanto para someter á la revolución riograndense como para aniquilar, por reciprocidad, la resistencia de Montevideo?

Y mi padre continuaba: claro está que á Rozas, que pretendia apoderarse, anexionarse la antigua provincia oriental ó Cisplatina, con prescindencia y tácita anulación del tratado del año 28, — es evidente que á Rozas, que veía desfallecer á Montevideo, no le convenía la intromisión del Brasil en ese territorio, á la vez que la guerra de los farra

pos servía sus planes desde que inmobilizaba las fuerzas imperiales y le daba tiempo, por consiguiente, para realizar sus ensueños de absorción de las tres repúblicas linderas, el Uruguay, Bolivia y el Paraguay, ante cuyo hecho consumado el Brasil hubiera tenido que doblegarse, impotente para disiparlo.

Por último, el representante de la Defensa argumentaba así : — el pensamiento anexionista argentino está patente; y Rozas persevera con tanta más razón en él que tanto en mi país, como en Bolivia, como en el Paraguay existen antipatriotas, por desgracia, que persiguen la reconstrucción del virreinato, olvidando que las naciones deben aspirar, ante todo, á ser social, política y territorialmente homogéneas. El Brasil cometería un gravísimo error histórico cerrando los ojos á esta evidencia, permitiendo la caida de Montevideo, que es, actualmente, el único obstáculo á la consumación de esa política.

El gobierno imperial no desconocía la lógica de esa argumentación, pero se defendía, y hasta cierto punto con razón, respecto á una campaña militar contra Rozas, contra un optimismo que en la práctica pudiera resultarle fatal.

— Urquiza. Urquiza repetía sin cesar uno de los ministros, con un escepticismo que no carecía de fundamento. ¿ se puede contar efectivamente con Urquiza?

Y esta duda se fundaba en dos hipótesis: ó existía en Urquiza una intención oculta, dispuesto. segun las circunstancias. á darse vuelta y reconciliarse con Rozas que. si se sintiese realmente amenazado, era capaz de insistir en su renuncia dejándole el puesto al gobernador de Entre Ríos, ó bien Rozas, impuesto como se hallaba de las negociaciones de Urquiza. echaba de improviso sobre Entre Rios ocho ó diez mil hombres, antes que el Brasil pudiera marchar, y aniquilaba á su gobernador, anticipándose á su deserción.

Esto último, aun admitiendo la buena fé de Urquiza, era natural, era lógico que sucediera, tanto más que se sabía que Rozas tenía á su disposición, en aquel entonces. bajo su mano de 18 á 20 mil hombres de tropas aguerridas.

En ese momento de temores y perplejidades se produjo un hecho favorable que entonó un poco el ánimo de los consejeros militares del gobierno imperial.

Se sabía que el gobierno de Buenos Aires man-

tenía agentes secretos suyos en Río de Janeiro y en la provincia de Río Grande, encargados de trasmitirle informes sobre todo cuanto se refería á elementos bélicos, movimiento de tropas, sus efectivos, la época en que se lograría movilizarlos, etc. Las autoridades brasileras habían logrado interceptar una correspondencia y era conocido el agente, un oficial entendido, de relativa ilustración á cuyo cargo se hallaba ese importante servicio de información. Hubo la intención de expulsarlo, y si no se adoptó ese temperamento fué porque mi padre, que en Montevideo se las había habido, en varias ocasiones, cuando se hallaba al frente de la jefatura de policía, con esta clase de agentes rozistas, opinó de distinta manera; y así es como, en vez de aprehenderlo ó de extrañarlo, se trató de sobornarlo, lo que se logró plenamente, conquistándose un elemento que resultó utilísimo, tanto más que por él se consiguió hacer lo propio con el agente que operaba en Porto Alegre.

Resultó que no solamente se obtenían informes fidedignos sobre las fuerzas federales, sus movimientos y efectivos sino que los que se recibían en la gobernación de Buenos Aires, relativamente

al Brasil. eran redactados en el sentido que convenía á los intereses de la alianza. Por ejemplo, para evitar que á Rozas se le ocurriera invadir á Entre Ríos para someter á Urquiza, se le hizo decir que una división Río Grandense estaba lista para cruzar el Uruguay, cuando en realidad tardaría aun ese momento, así como entraba en la mente del estado mayor brasilero realizar un desembarco directo en la provincia de Buenos Aires, para lo cual se contaba con una escuadrilla suficiente.

Y el hecho fué que Rozas no se movió, cometiendo un fatal error estratégico y que sucedió lo que sucedió y veremos más adelante, comprobándose una vez más que pequeñas causas suelen producir grandes efectos.

He hablado, hace un momento, incidentalmente. del tratado que el general Guido firmára, en 1843, con el Gobierno Imperial mediante el cual Rozas ayudaria al Brasil á someter á los revolucionarios riograndenses, debiendo, en cambio. el Brasil cooperar con sus elementos á Rozas y á Oribe para aniquilar á Ribera y adueñarse de la plaza de Montevideo.

Ya expuse las razones que. segun mi padre, militaron en el espíritu de Rozas para no ratificar ese pacto que Guido negociára sin consultar al tirano. Cumple ahora agregar cuales fueron los motivos y circunstancias que lo indujeron al Brasil á aceptar esa convención.

El imperio se venia estrellando contra el movimiento republicano de sus provincias del sud, alimentado, en parte, por la connivencia del Estado Oriental y. especialmente. por la de las huestes de Ribera, que penetraban con frecuencia á la provincia de Rio Grande para rehacerse de sus periodicos quebrantos, ayudando. en retribución, á los republicanos, que lo agasajaban.

Además, Ribera pretendia que se fijase la linea norte territorial de su país en el Cuareim, á cuyas márgenes solía establecer su « campamento fronterizo, » como lo denominaba en partes y proclamas, cuando, segun pretendían los brasileros, especialmente los riograndenses, esa linea debia correr por las márgenes del Arapey.

Se fundaban para esto último los riograndenses, y particularmente la municipalidad fronteriza de Alegrete, en documentos que vieron la luz pública desde el año 1834, en el hecho de que, si bien por el acta de incorporación del año 21 el límite norte de la Provincia Oriental ó Cisplatina la constituia el Cuareim, la Provincia de Rio Grande habia mantenido y ejercido constantemente su jurisdicción hasta el Arapey, *uti possidetis* que, alegado por el gobierno imperial al negociarse el tratado de límites del 51, dificultó que se consignára, como lo obtuvo, por fin, el negociador oriental, la linea del Cuareim, razón principal de las criticas acerbas con que, por territorialmente oneroso para el imperio, fué recibido ese pacto por la opinión del Brasil.

Segun versiones que mi padre recogió en la Secretaria de los Negocios Estrangeros, en Río de Janeiro, ya estaba convenido entre el ministro y

el general Guido, al firmar el tratado del 43, que nuestro límite norte se fijaria en el Arapey, en vez de en el Cuareim, con lo que nuestra república vendria á perder unos 15,000 kilómetros cuadrados de territorio, recibiendo la Argentina, en compensación, la isla de Martin Garcia. Fué con estas vistas y propósitos que, por un artículo de ese tratado, se establecia, violándose lo ya anteriormente convenido con el gobierno del Uruguay, en más de una oportunidad, que el tratado definitivo de paz, en substitución del preliminar del año 28, así como el de límites de la República Oriental del Uruguay, se llevaría á efecto por plenipotenciarios del Brasil y de la Argentina, nombrados á la mayor brevedad posible. Se prescindiria, por consiguiente, de nuestra intervención, sin miramiento á que, desde 1835, esto es, cinco años después de promulgada nuestra constitución, con arreglo al tratado del año 28, la antigua Provincia Oriental ó Cisplatina se había convertido en un Estado perfecta y absolutamente independiente y soberano, con inhibición expresa al Brasil y á la Argentina de inmiscuirse, desde entonces, en sus asuntos é intereses interiores y exteriores.

De todas maneras, hay que reconocer que el

general Guido se habia mostrado habil y perspicaz, aprovechando una feliz coyuntura para traerlo al Brasil á cooperar á la acción del mandón de Buenos Aires; pero este, ingreido — además de las razones ya expuestas, — por el triunfo del Arroyo Grande, desechó la oportunidad que se le ofrecia por lo menos de prevenir, en lo futuro, con su acercamiento y solidaridad con el Imperio, que este se volviera á inmiscuir, en su detrimento, en los asuntos del Río de la Plata, como ya lo habia hecho induciéndolo al doctor Francia á declarar la independencia del Paraguay é incitando á Corrientes á imitar su ejemplo.

Es cierto que la crítica póstuma de los actos de los hombres, ya que en sus consecuencias resulten acertados ó desastrosos, es por demás fácil, y hasta cierto punto inoficiosa, pero no cabe duda que es un derecho que fundadamente se abroga el historiador; y es así que opinaré que, en la oportunidad á que me vengo refiriendo, el general Guido se mostró más sagaz político que Rozas, desde que, para realizar sus planes de recuperación de la antigua Provincia Oriental, lo que le convenia era la entrada, sin mayor dilación, á Montevideo, del titulado Presidente Oribe, instrumento

suyo, servil é incondicional, — era afirmar su propia y personal autoridad en todo el territorio vecino, sin preocuparse de la influencia ó intromisión del Brasil. una vez que, por Oribe, se hubiera posesionado de Montevideo y, por él, de todo el Estado vecino. Y que Oribe era tal instrumento dócil y sumiso del mandón de Palermo, no es hecho controvertible : al invadir el Estado Oriental, después del Arroyo Grande, con su título de Presidente, lo acompañaba un ejército argentino llamado « auxiliar, » pero, en realidad, esa ficción pronto desapareció, al consignarse en documentos oficiales las ordenes que se le impartían desde Palermo y que él, sumiso, acataba, resultando que si existían fuerzas auxiliares eran las orientales y no las argentinas, al servicio de Rozas por intermedio de un pretendido Presidente.

Reanudemos, ahora, la ligera exposición de los sucesos en las vísperas de la Alianza.

La hora se aproximaba.

Había sonado el vigésimo año de la dominación de Rozas y una ley fatal iba á cumplirse. ¿Qué vendría después? ¡ Difícil oráculo! Pero seguramente concluirían por predominar los principios sanos y liberales en contraposición al conculcamiento de la moral social y política, aunque al través, quizá, de transiciones dolorosas, precursoras de un porvenir seguro en que los pueblos del Plata verían realizarse sus legítimas aspiraciones.

Pequeño aún, oí referir lo que había pasado, lo que pasaba en Buenos Aires. Merced á un sistema de espionaje y consiguientes delaciones nadie tenía allí seguros ni su vida, ni su honor, ni sus intereses. Una denuncia equivalía á un cargo, una sospecha á una prueba. Se vivía en plena zozobra, no siendo suficiente resguardo ó garantía exteriorizar adhesiones al federalismo imperante; porque había distintas clases de federales, los probados y los sospechosos; los probados eran los que actuaban como seides del tirano, los que denunciaban, los que participaban de las orgías que diaria

mente ensangrentaban la ciudad, capitaneados por los Troncoso, los Cuitiño, los Salomon ó que alentaban los excesos de la mazorca que, bajo el nombre de Sociedad Popular Restauradora, violaba domicilios, fustigaba á mujeres, amedrentaba á inocentes que se ocultaban debajo de los muebles reteniendo sus lágrimas y sollozos.

Recuerdo unas láminas, editadas en Montevideo, en las que se representaba á Rozas sentado cerca de una mesa, con un vaso de sangre que llevaba á sus labios, rodeado de cabezas cortadas y de otros despojos humanos. En otra se veían arrojados á la calle los niños de la cuna, devorados por perros hostigados por un hambre feroz.

Comprendí más tarde que esos grabados, que exageraban los hechos producidos, se habían destinado á excitar pasiones, á alimentar un justo horror por la tiranía imperante, pero, por otra parte, llegué á darme cuenta, por otros hechos y circunstancias cuya autenticidad comprobé, que bajo el predominio de Rozas se habían perpetrado actos y atentados que excedían á toda descripción.

Y no solo bajo el predominio de Rozas, sino durante toda aquella época nefasta anterior á su supremacía; porque el caudillo porteño, el jefe de

los colorados del Sur de la provincia de Buenos Aires, que logró irradiar su prestigio por el terror, la perspicacia y la intriga hasta los más apartados confines de la región platense, no fué más que un exponente, si bien el más caracterizado. de un ciclo de sangre, de un método ó sistema de dominación que él perfeccionó en el sentido de su irresistible eficacia, que venía siendo practicado por los Quiroga, los Bustos, los Ramirez, los Lopez y demás tiranuelos que se habían dividido la República para explotarla, ensangrentándola y humillándola, inhumana y miserablemente.

Rozas tuvo, pues, sus precursores en el sistema para imperar de los degüellos, de las perversidades y hecatombes, precursores que él excedió, sin embargo, en ferocidad, agregando á las decapitaciones, martirios y fusilamientos *ad hbitum*, sin forma de juicio, la degradación de los pueblos, el quebrantamiento moral de las sociedades cuyos vínculos relajaba, metódicamente, á designio. Y así es como vemos á toda una nación históricamente altiva y generosa, que había marcado los rumbos de la emancipación á todo un continente, dándole el ejemplo de su amor inquebrantable por los preceptos de la dignidad humana,

vistiendo, durante más de veinte años, — con el chaleco, el cintillo y el moño colorado, impuesto por decreto bajo pena de azotes, — la librea del tirano!

Acabo de referirme al quebrantamiento moral de las sociedades, á la exaltación de las mas innobles pasiones, á la corrupción de todo buen sentimiento á que recurria el tirano para consolidar su poder. Un hecho, un acto, por sí solo, pinta elocuentemente aquella situación y basta para juzgarla. En un momento dado, á mediados del año 40, Rozas, por simple decreto, vale decir por su sola y exclusiva voluntad, resuelve confiscar todos los bienes, inmuebles, muebles y semovientes de los « inmundos, asquerosos, asesinos, desnaturalizados y traidores unitarios » (fraseologia oficial que bastaria para dar una idea de aquel salvagismo imperante), distribuyéndolos entre « los federales, militares y demás valientes defensores de la dignidad y libertad de la confederación y de la América »; y es asi como á los generales se les adjudican seis leguas de tierra, cinco á los coroneles, etc., hasta los cabos y soldados á los que les toca, como á los « indios amigos » á cada uno un cuarto de legua, sucediendo lo mismo

con « las haciendas *que fueron* de los salvages unitarios ». Toda ocultación o complicidad de ocultación de dichos bienes era penada « discrecionalmente », vale decir con el deguello inmediato.

¡ Todos los miembros de un partido político, por el solo hecho de disentir sobre una forma de administración y gobierno, despojados de toda clase de bienes, amenazados de muerte si tratában de salvar una vaca de sus campos, una silla de sus viviendas !

¡ Y ha habido panegiristas de Rozas antes y aún después, mucho después de Caseros !

Don Pedro de Angelis, redactor de la « Gazeta », panegirista del tirano, de regreso á Europa, después del 3 de Febrero, visitó á mi padre en Río. El le explicaba su situación diciendo que se había considerado, hallándose en tierra extranjera, como un zapatero al que se encargan zapatos y que, naturalmente, debía hacerlos al gusto y á la medida del consumidor.

Narraba escenas horripilantes de la tiranía, concluyendo un día por decir á mi padre: — Mire, Señor Lamas, yo leía todo lo que V.V. escribían en Montevideo sobre los horrores de aquella tiranía. Y agregaba, en su español italianizado: — Eh bene, eh bene, V. V. se quedaban cortos. muy cortos. Y se reía á mandibula batiente.

— ¡ Con que nos quedábamos cortos!, repetía mi padre, provocando nuevas revelaciones del cínico escritor de Rozas.

— Muy cortos. mi amigo Don Andrés, y se reía otra vez.

— Mis Agresiones, Las Tablas de Sangre...

— Usted, Indarte. como decía, Florencio...

todos muy cortos. Y volviéndose taciturno, por un momento, agregaba: — No mencionaban V. V., no insistían, ó por lo menos como correspondía, á parte la sangre, que á veces no era lo más cruel, el martirio de las madres, la zozobra mortal de las esposas, las angustías de los inocentes.

Lo recuerdo á Don Pedro de Angelis, enjuto, alto, colorado, con un apéndice nasal muy pronunciado, tomando mate, conversando animadamente, interesante, espiritual.

— Pobre Don Juan Manuel, decía; no admitía su derrota, no se preparó, y por ahí se fué, designando el mar con su brazo extendido, por ahí se fué apenas con unos patacones en el bolsillo.

— Y usted, Don Pedro, le dijo mi padre, V. fué más previsor.

Y, poniéndose serio, el italiano contestaba, en voz baja:

— Una miseria, Don Andrés, algunos miles de liras, para no morirme de hambre. Y á guisa de reproche: « aquel hombre era un tacaño, que no recompensó mis servicios, un ingrato, un *miserabile* ». Y continuaba: ¿ Quién preparó la caida de Balcarce, quién más que yo contribuyó á formar aquella atmósfera que le hizo popular é

indispensable después de Viamonte, quién insinuó y sostuvo, de acuerdo con *Dona Agostina*, como decía, que debían darle las extraordinarias? Y repetía, *miserabile*, *miserabile*...

Le tocó á mi padre el turno de reir, fuertemente, al ver que á aquel italiano, que había venido á *fare l'America*, le había tocado la cuerda sensible.

Y Don Pedro, sin darse cuenta del efecto producido por su desahogo, la vista fija en el mar, repetía: «un tacaño, un *miserabile*... sí *miserabile*, Don Juan Manuel...»

¡Qué contraste con aquellos artículos hábiles, incisivos, encomiásticos de la «Gaceta Mercantil»!

Mi padre conservaba como estereotipadas, y las refería con buen humor, aquellas visitas de Angelis, sus conversaciones, sus confesiones, sus referencias respecto á aquella época extraordinaria cuyos personajes pasaba en revista, caricaturándolos con mano maestra, pintándolos al natural, sin miramientos ni reticencias, cubriéndolos á algunos con el ridículo, disculpando á otros, invectivando á los más.

E interrumpiéndose, los ojos inyectados de

sangre, como quién evoca escenas patéticas del Dante :

— Aquellos, aquellos, decía y repetía. aquellos, Don Andrés ; malvados, perversos, asesinos : Quiroga, Salomon, Cuitiño, Troncoso y *tutti quanti*...

Y, levantándose :

— Hasta mañana, que me dará otro mate. Y á guisa de conclusión : Hicieron bien en combatir á aquella gente... y no era. por cierto, el peor Don Juan Manuel, que por ahí se fué navegando. navegando... ¡ Cómo va á extrañar á Palermo !

Y por fin se iba, para volver, en efecto. hasta que dió la espalda á la América donde dejó el rastro de su talento, como de su mercenarismo del que, si no hacía gala tampoco se defendía. persuadido de que la pluma es un instrumento de trabajo del que se puede hacer uso, como de cualquier otro, sin escrúpulos ni reticencias, con tal que produzca, que asegure el pan cotidiano.

Esa época obliga á meditar profundamente.

Se trataba de un tirano audaz y sanguinario que había concluido por imperar en absoluto desde los Andes hasta el mar, á lo largo de todos los ríos, de un confín al otro de aquella inmensa región, con la sola y exclusiva excepción de una lengua de tierra, que se confunde con el mar, donde se alza una enseña de indignación y protesta, como un lábaro ó una cruz ¡ Montevideo !

Se trata de un régimen omnímodo, personal, salvage impuesto por el terror. fundado sobre una base de sangre derramada sin miramientos ni piedad ; pero no solamente se trata de un régimen y de su feroz personificación sino de un pueblo que, antes varonil y altivo, se somete, dócil y sumiso, al conculcador de sus libertades, aclamándole, sosteniéndole, adorándole. Y tan este hecho es incontestable, patente, que los patriotas que se alzan contra el tirano se ven defraudados en sus esperanzas redentoras por la indeferencia ó la hostilidad de las poblaciones, mientras ilustres ciudadanos, civiles y militares, que se habían

distinguido, muchos de ellos, en las campañas de la emancipación ó habían dado su nombre á la República en los consejos administrativos, tiraban del carro del mandón audaz, mezclándose en sus orgías de opresión y de sangre, — mientras damas de elevada alcurnia se postraban, en los templos, ante su pretenciosa imágen, colocada, con la sacrílega connivencia de un clero pervertido al lado de la del Sublime Redentor!

Los mas ilustres gefes militares de la independencia estaban á su servicio o le rendían pleito y homenage, inclusive el ínclito general San Martin, que le remitió su gloriosa espada desde su voluntario destierro de Brunoy, actitud inconcebible, porque si bien es cierto que Rozas resistiera á la Francia y á la Inglaterra la imposición de la libre navegación de los ríos. no era menos evidente que el gobernador de Buenos Aires representaba, en la supremacía que ejercia, la negación de toda humanidad, de toda civilización y justicia, manteniendo en la opresión y la ignorancia á aquellos pueblos que, si habían sacudido el tutelage colonial no habia sido, por cierto, para retroceder hacia los tiempos del más negro y nefasto salvagismo.

Esa época, esos hechos extraordinarios, inauditos obligan, en efecto, forzosamente, á meditar y, al hacerlo, me pregunto, bajo la influencia de cierto psicologismo moderno, si no pudieran tales crímenes y aberraciones atribuirse á una atmósfera maléfica, bajo cuyo imperio se confunden las nociones del bien y del mal, privándole á la humanidad de su razón y criterio, exhimiéndola, consiguientemente, de toda responsabilidad.

Pero aparte esa faz contemplativa de tan extraordinarios sucesos, el hecho era que el rozismo, que ese sistema, compuesto de corrupción, de degradación y de sangre, impuesto por unos, servilmente acatado por todos se había aclimatado, echando hondas raices de los Andes al mar...; y aquellos que tan solo se doblegaban por necesidad ó terror á tan ignominiosa situación, fija la vista en la estrecha península donde flameaba el pendón redentor, confiada su esperanza, tan solo, en su tenacidad y heroismo, sentían flaquear su fé, previendo su inevitable caida; tanto más que todo lo demás había sido vencido, sofocado, humillado por el tirano á quien los Dioses, como se hubiera dicho en eras olímpicas, parecían haberle tendido una mano oculta y eficaz; en efecto :

hecha la paz con la Francia y la Inglaterra, aniquiladas todas las huestes invasoras, no quedaba de pié un solo hombre en armas contra él; no se conspiraba ya, siquiera, ni en las provincias, ni en la campaña oriental, ni en las fronteras; los que emigraron al Brasil, á Bolivia, á Chile, desertando, muchos de ellos, á Montevideo, decepcionados, se habían dado en realidad por vencidos.

Ciudadanos importantes, que se habían ilustrado resistiendo á Rozas, combatiendo al tirano, habiéndose reinstalado en Buenos Aires, le escribían á mi padre (existen sus cartas): no hay mas que conformarse, todo es inutil, imposible!

Solo quedaba de pié Montevideo.

Pero Montevideo agonizaba.

Si no le llegaban socorros del exterior, sucumbiría.

Y esos socorros solo podían llegarle del Brasil.

¿Llegarían?

¿Llegarían á tiempo?

Allí, en el Brasil, donde el terror á Rozas paralizaba las inspiraciones generosas, donde Rozas actuaba eficazmente, allí, en el Brazil, en Río, se jugaba, con la última carta disponible, la suerte del pueblo de Mayo como la de la patria de los

Treinta y Tres en la partida trabada entre la tiranía y la libertad, entre la barbarie y la civilización.

En Mayo de 1851 se formalizó el acuerdo entre el Brasil, el Uruguay y Urquiza por medio del cual este se comprometía á combatir á Oribe, á fin de que se levantára el sitio y pudieran aprestarse las fuerzas argentinas, brasileras y uruguayas á vencer y á deponer á Rozas, realizándose los objetivos de la alianza. Inspirándose en los propósitos, por así decir morales, adoptados por el Brasil y el Uruguay, trasmitidos á Urquiza y aceptados por este, como ya tuve oportunidad de exponerlo, esa campaña se llevó á efecto sin odio ni encarnizamiento, iniciándose por una capitulación en vez de una derrota, con benévolas condiciones para los vencidos.

El acuerdo citado, del mes de Mayo, no era más que un preliminar de los trabajos que se elaborában en Río y de los convenios complementarios de ese primer pacto escrito, habiendo actuado mi padre, para prepararlo, no solamente como ministro de su país sino, simultáneamente, como representante de las provincias de Entreríos

y de Corrientes, con poderes de los generales Urquiza y Virasoro.

Mi padre obraba de acuerdo con su gobierno y en constante comunicación con los hombres más eminentes de la situación política de la que era una encarnación genuina, á cuyo nombre y representación llevaba á cabo los propósitos tendentes á derrocar al tirano y á abrir nuevamente á todo el Río de la Plata los horizontes del progreso y de la civilización.

La primera faz de la campaña no pudo ser más alentadora y favorable. El general Garzón, al frente de una división oriental, cooperó á la acción de Urquiza y, al capitular Oribe, las fuerzas uruguayas á las órdenes de este se le plegáron, como se plegáron las argentinas al gobernador de Entre Ríos.

Entretanto Rozas se preparaba á hacer frente á la alianza, concentrando sus elementos en la provincia de Buenos-Aires, con tanta más fé en el éxito cuanto que, á parte la mesopotamia, propiamente dicha, ninguna defección se manifestaba que pudiera constituir un síntoma de decaimiento del prestigio que lo sostenía.

Rozas contaba, además, con el efecto que produciría en su favor la aparición de las bayonetas

extrangeras, hecho que era fácil explotar para sublevar conciencias y enardecer pasiones, apenas adormecidas desde la época en que, haciendo vibrar intensamente el sentimiento nacional, su gobierno había hecho frente, con altivez y gallardía, á las intromisiones franco-británicas en las aguas y costas de la confederación.

Una explosión patriótica era realmente posible por parte de un pueblo fanático, tanto más que pocos años antes ese mismo pueblo se había mostrado más bien hostil á Lavalle cuando cruzára la república desplegando la bandera purísima de la redención nacional, hecho que, en parte, se atribuía á la circunstancia de que la Francia había cooperado á su invasión.

Así es como en Río de Janeiro no se daba por decisivo el éxito alcanzado por Urquiza al disolver las fuerzas de Oribe, si bien se reconocía la importancia de ese hecho militar. Pero, en realidad y de todos modos no había más que ir adelante. Todo se alistaba, todo se precipitaba en el Brasil, que comprendía que la rapidez de las operaciones, como se lo decían de parte del gobierno oriental y desde el campamento de Urquiza, era el elemento primordial para la feliz

terminación de la guerra, y pronto se pusieron en marcha los 14 mil hombres del Barón de Porto Alegre, como la división oriental al mando del general Cesar Diaz, de imperecedera memoria.

Los tratados se firmáron, pues, el 12 de Octubre de 1851, aniversario del descubrimiento de América — lo que es lógico, como decía el Señor Paulino, más tarde Vizconde del Uruguay, que refrendaba la firma del Emperador, desde que es una nueva era que se inaugura, — comprendían la alianza, los límites[1], los préstamos, las extradiciones y el comercio y la navegación.

No cabe en estos ligeros apuntes el analisis

1. Escribo, como lo vengo repitiendo, sin un libro, sin un papel: pero, á próposito de « límites », acabo de recibir, hace pocas semanas, un libro digno de encomio, debido á la pluma de mi ilustrado compatriota Dr. Setembrino E. Pereda sobre la isla de Martín Garcia, « uruguaya y no argentina », como bien dice, y en él (pag. 44 à 46) se lée lo signiente :

« Cuales eran los límites de la antigua banda oriental? cuáles los del Estado Cisplatino? (denominación dada en el acta de incorporación á Portugal de fecha de Julio de 1821), y ¿ cuales los que tuvo la República Oriental del Uruguay al ser reconocida como nación libre é independiente?

« En el acta de la referencia (de la incorporación á Portugal) se lée :

« Articulo 1°. Este territorio debe considerarse como un estado diverso de los demás del Reino Unido, bajo el nombre de Cisplatino (alias Oriental).

Art. 2°. — Los límites de él serán los mismos que tiene y se le reconocian al principio de la revolución, que son : por el Este,

circunstanciado de esos tratados. cuya significación y alcance era, sin embargo, considerable desde que, en realidad. consolidában nuestra independencia, suprimida ó por lo menos suspendida como

el Ocean): por el Sur el Río de la Plata; por el Oeste el Uruguay; por el Norte el río Cuareim hasta la cuchilla de Santa Ana, que divide el río de Santa María y, por esta parte, el arroyo de Tacuarembó Grande, siguiendo á las puntas del Yaguarón que entra en la laguna del Miré y pasa por el puntal de San Miguel á tomar el Chuy que entra en el Oceano. »

« Pues bien, ni al incorporarse al Brasil en 1824, ni durante las luchas de la independencia, ni mediante tratado alguno, se modificáron jamás esos límites en la parte relativa al Río de la Plata y al río Uruguay.

« Por consiguiente, tanto en la declatoria hecha en la Florida el 25 de Agosto de 1825, por la cual se anulaban todas las actas de incorporación y obediencia á Portugal y al Brasil, y la provincia Oriental reasumía la plenitud de sus derechos, emancipándose de todo poder extraño, como en la convención preliminar de Paz celebrada el 27 de Agosto de 1828 por el emperador del Brasil y el gobierno de la República de las provincias Unidas del río de la Plata, con intervención de la Gran Bretaña, se mantuvieron dichos límites, puesto que ninguno de ellos fué materia de debate ni de modificación.

« Los dos artículos primeros de dicho convenio, hablan con más elocuencia que toda disertación al respecto, y en ellas se dice así :

« Artículo 1º. — Su Majestad el Emperador del Brasil declara la provincia de Montevideo, llamada hoy Cisplatina, separada del territorio del Imperio del Brasil, para que pueda constituirse en Estado libre é independiente de toda y cualquier nación, bajo la forma de gobierno que juzgará conveniente á sus intereses y recursos.

Art. 2º. — El Gobierno de la República de las Provincias Unidas concuerda en declarar, por su parte, la independencia de la Provincia de Montevideo, llamada hoy Cisplatina, y para

estaba desde el 43, año desde el cual el ejercicio de nuestra soberanía se hallaba circunscripto á la pequeña península de la capital.

que se constituya en Estado libre é independiente en la forma declarada en el articulo antecedente.

« De manera, pues, que á la antigua Banda Oriental *no se le segregó* en la época del reconocimiento de su independencia (a) *ni la mas minima lonja* de tierra, respetándose, por lo tanto, la que disfrutara desde luengos años. »

(a) Ni después, desde que por el tratado del 51, — más de demarcación ó amojonamiento que de límites, — y por acuerdos posteriores, — salvo ligeras rectificaciones, que se compensaban, exigidas por la topografía, pues una cosa es marcar límites sobre el papel y otra sobre el terreno, — se reprodujeron los límites del Estado ó provincia Cisplatina, — que fué el territorio de este Estado ó Provincia y no otro el que se declaró independiente por el tratado del año 28, — bastando para ello cotejar la designación, arriba reproducida, del acta de incorporación á Portugal y después al Brasil, en 1821 y 1824, con nuestras fronteras actuales á saber :

Provincia Cisplatina.
Este : El Oceano (desde el Chuy, segun resulta al fijarse la línea Norte).
Oeste : El río Uruguay.
Sud : El río de lá Plata.
Norte : El río Cuareim, la cuchilla de Santa Ana, el Tacuarambo Grande, el Yaguarón, la laguna Merin, el arroyo Chuy,

Republica Oriental del Uruguay.
Este : El Oceano desde el arroyo Chuy.
Oeste : El río Uruguay.
Sud : El río de la Plata.
Norte : El río Cuareim, la cuchilla de Santa Ana, el Tacuarembó Grande, el Yaguarón, la laguna Merin.

(*Parentesis del Autor.*)

Si alguna impresión se grabó en mi alma, en aquella época de mi niñez, á punto que hoy la evoco y se presenta clarísima á mi memoria, fué la de una tarde del mes de Febrero de 1852 en que llegó á Río de Janeiro la noticia del triunfo de Caseros.

Permanecíamos en Río de Janeiro, como permanecía el Emperador, sin subir á Petropolis, á la expectativa de los acontecimientos que se desarrollában en el Río de la Plata, cuya trascendencia era inapreciable.

Llegó á nuestra casa un correo de gabinete, á caballo.

Traía una simple carta del ministro, en papel de palacio, escrita en San Cristóbal, indudablemente en la propia mesa del Emperador.

Era lacónica como un parte de César ó como una misiva de Escipión el Africano.

Acababa de llegar un buque de guerra con la noticia de que el 3 de Febrero, en Santos Lugares (Caseros), en las cercanías de Buenos Aires, había tenido lugar una batalla entre el ejército aliado

y el de Rozas, mandado el de este, en persona, por el mismo dictador. Su derrota había sido completa, la ciudad había sido ocupada. Rozas se había embarcado.

Y la misiva concluía con estas palabras. elocuentes y sugestivas : « Sin vuecencia no hubieramos hecho nada. »

Como un corolario, el ministro le comunicaba á mi padre que su Majestad, — especie de grado ó recompensa que se acuerda en el propio campo de batalla, — le había agraciado con la Gran Cruz de la Orden de Cristo del Brasil.

Me parece verlo á mi padre; su emoción era impresionante, sin igual, intensa. El papel le temblaba en la mano. Mi madre lo rodeaba, solícita, inquieta, pensando, sin duda, que pudiera ser peligrosa esa profunda conmoción dada la predisposición congestiva de su temperamento.

Esa emoción era bien natural y justificada en quien, después de haberse contado entre los primeros opositores á Rozas, asistia á su caida tras 16 años consagrados á servir, sin interrupción, sin descanso la causa liberal en la prensa, en los campamentos, en los consejos de gobierno, en la policia, en los ministerios y, finalmente, en la diplomacia.

Recordaba, sin duda alguna, en aquel momento, aquella tarde de Marzo de 1839 en que partiera de la plaza matriz, mezclado á la comitiva oficial, presidida por su padre el constituyente y representante Don Luis Lamas, para recorrer la ciudad proclamando, por bando, la guerra al tirano.

Seis meses antes, como consecuencia de la victoria á que asistiera, en el Palmar, al lado de Lavalle y Ribera, firmára, conjuntamente con Don Santiago Vasquez, con el brigadier general Don Enrique Martinez y con Don Joaquin Suarez el convenio por medio del cual el general Oribe resignaba el mando para refugiarse en Buenos Aires, desde donde iba á conspirar contra la paz y la libertad de su patria.

¡Día de indecible júbilo!

Vencida, anodada la nefasta tiranía, había terminado, al fín, con ella, aquel eclipse de la libertad, que se eternizaba, sumiendo en tinieblas á una región entera de la América meridional.

La noticia, como sucede con ciertos acontecimientos que se propagan y difunden con misteriosa celeridad, había llegado, aunque confusa é incompleta, á oidos de los interesados, los desterrados, los expatriados, los perseguidos, y la

legación, como en sus días clásicos, se vió invadida por todos cuantos sentían palpitar sus corazones ante aquella realidad que arrancaba lágrimas, que en algunos eran amargas y abundantes, pues el suceso, por eso mismo que era tan auspicioso, traía á la memoria el recuerdo de deudos, de amigos, de compañeros de infortunio que habían dejado la vida en aquel largo calvario de la implacable tiranía.

Il y a toujours une larme au fond de toute joie, como dice, en su sublime romanticismo, el autor de « Mes Nuits ».

¡Como recuerdo aquella tarde!

No me explicaba tantas lágrimas, de las señoras, sobre todo, que rodeaban á mi madre, que tambien lloraba. Lágrimas entremezcladas con manifestaciones de alegría. ¿Porqué sería? No me daba cuenta, pero el hecho es que yo, como mis hermanos, contaminados llorábamos y reíamos á la vez; pero no tardó en predominar en nosotros el alborozo y la alegría: una banda militar, enviada por el ministro de la guerra, tocaba en la puerta de la legación.

La bandera oriental flameaba, en su mástil, orgullosa.

Mi padre, que había ido á San Cristóbal, regresaba poco tiempo después.

El jefe de la banda, que le vé llegar, interrumpe una pieza que aquella ejecutaba y hace entonar el himno oriental.

Mi padre traía más detalles. Rozas se había ausentado del campo de batalla, antes que esta terminase, cuando adquirió el convencimiento de la derrota de su ejército, dirigiéndose precipitadamente á la ciudad solitaria, refugiándose en la casa del ministro inglés, que le embarcó poco después en un buque de su bandera, anclado en balizas exteriores. Urquiza, al caer la tarde, se hallaba instalado en Palermo, ocupando los propios aposentos del tirano, habiendo asumido el efectivo gobierno de la Confederación. Había tenido lugar un principio de saqueo de la ciudad, pronto reprimido. Se había fusilado con órden y sin órden de Urquiza, en los primeros momentos de confusión. Urquiza había proclamado el « perdón y olvido » á que, por otra parte, se había comprometido, de acuerdo con los propósitos de la alianza. Se había organizado un ministerio del que hacían parte federales y unitarios : entre ellos el Doctor Valentín Alsina. Urquiza era, con

esto, consecuente con su manifiesto anterior, en el que había dicho, « la guerra es contra Rozas, acompañenme todos á organizar la República ».

Acabó ese día, en aquella casa, entre la satisfacción y las esperanzas de todos cuantos habían participado de sus intensas emociones.

Algunas semanas después recibía mi padre una carta del General Urquiza; la acompañaba una inmensa bandera *soi-disant* argentina, en la que el azul era casi negro, con un sol colorado al centro, y en los cuatro ángulos otros tantos gorros colorados.

¡Sarcasmos del tirano!

Era la que flameaba el 3 de Febrero en el fuerte de Buenos Aires.

« A usted le corresponde », le decía á mi padre el general que había mandado en Jefe, en Caseros, los ejércitos de la Alianza.

Hay que remontar la corriente de la historia para descubrir la raiz de los acontecimientos; y hay utilidad en hacerlo aún para explicar fenómenos contemporáneos y vislumbrar remedios á males presentes — efectos de un persistente atavismo, — que perburban ó detienen el anhelado progreso moral y material.

Aquella lucha ardiente, que se prosiguió por tanto tiempo en las regiones dilatadas del Plata, entre Rozas y los que combatían su predominio, — su persona y su sistema, — dividiendo en dos campos irreconciliables á sus habitantes, originó las denominaciones de « federales » y de « unitarios », incluyéndose en esta última á todos los adversarios del tirano, fuese cual fuese su nacionalidad; y así es como, en documentos públicos, — ¡extraña, peculiar y sugestiva fraseologia!, — se colmaba de epítetos soeces, — « asquerosos, inmundos, malvados, salvages, bandidos, incendiarios, desnaturalizados, asesinos, etc., etc., » — á orientales, franceses, ingleses y brasileros, con el aditamento infaltable de « unitarios », esto

es, á todos cuantos se pronunciaban contra Rozas ó sus procederes. A los franceses, en notas que llevan la firma de Don Felipe Arana, se les califica de « piratas bloqueadores ».

No se trataba de dos bandos políticos, propiamente, noobstante esas denominaciones de federales y de unitarios, sino de la resistencia de un salvage y sangriento feudalismo á las pretenciones, por parte de la clase patriota y esclarecida, de dotar de instituciones á aquellos paises, substituyendo á la voluntad, capricho y tirania de algunos caudillos ignorantes el imperio de la ley y los preceptos de la libertad.

He creido que debia recordar ligeramente estos hechos y antecedentes para justificar, una vez más, el empeño heróico de los que combatieron á Rozas, desde que no se trataba de un hombre, de un partido, de una política, — concepto, este, elevado y legítimo, — sino de algo irregular, fenomenal y atentatorio como predominio de pueblos que aspiraban á alcanzar los beneficios de la civilización.

Se ha dicho que el fusilamiento de Dorrego había engendrado la tirania. No; su gérmen venia de muy atrás. Su génesis se halla en el choque

de dos tendencias opuestas, de dos intereses irreconciliables: el regionalismo y la unidad nacional, tales como se entendían entonces, tendencias ó aspiraciones que se revelaron desde que, con Pueyrredon, se trató de darles á las llamadas Provincias Unidas una organización definida y definitiva. Pero hay que insistir, nuevamente, pues se trata de algo esencial para caracterizar aquellas épocas, que no se trataba de una disidencia académica, de un distanciamiento de principios de organización y gobierno, sino, tan solo, en el fondo de la pretención de los caudillos ó mandónes locales de seguir imperando en sus pagos, sin control ni cortapisas, — y esto es lo que entendían por federación, — y la aspiración de los patriotas de ver surgir, por fin, de aquel embrionismo de una nación que soñaban civilizada y libre, una entidad regular y homogénea, apta, por sus instituciones, para desarrollarse normal y progresivamente.

Aquel cáos, más que de ideas de intereses y de predominios en pugna, llegó á su auge hacia el año 20 hasta que, con Rivadavia, se trató de poner un dique á los desbordes del caudillage que, ensangrentándola y desmembrándola de he-

cho, imposibilitaban la implantación de la República.

Unitarios y federales, así, bajo esas denominaciones, se dividieron en bandos: los que pugnában por una reforma antioligárquica y los que pretendían conservar la autonomia de los mandónes locales, explotando su interés y apoyándose en él.

Rivadavia no podia, no pudo resistir al torrente.

Bastaba que un ciudadano audaz, ambicioso y sagaz, explotando, como acabo de decir, el interés de los gobernadores amenazados en su irresponsabilidad y omnipotencia, se colocára á su frente, prometiendo ampararlos con tal que lo sostuvieran como gobierno nominalmente central ó general.

Dorrego concibió y realizó ese plan. Detrás de él estaba Rozas, el caudillo del sud de la Provincia de Buenos Aires, el prestigioso gefe de los invencibles colorados; y así fué como cuando Lavalle, reaccionando, á su vez, contra el caudillismo depone á Dorrego y enarbola el pendon unitario en contraposición al federal, el futuro y sangriento tirano de veinte años le sopla la resistencia y le presta su brazo, que no le resulta bastante fuerte en Navarro, lo que le inspira correrse á Santa Fé á reunirse al ya celebre Lopez, dueño y señor de esa

Provincia, con el que se viene sobre el matador de Dorrego, no para vengar su sangre sino para restablecer el imperio federal que no era otra cosa que la perpetuación de las oligarquias de los Bustos, de los Lopez, de los Quiroga, de los Aldao, de los Ramirez y demás capitanejos cuyo conclave se propone presidir, lo que consigue al través de cuatro lustros de barbarie y retroceso nacional.

Ni Rivadavia, ni Lavalle rechazában en principio el *pluribus unum* institutivo nacional, como no lo rechazáron, por el contrario, los unitarios que votáron y juráron la constitución federal del 53; pero ser unitario era ser contrario, era combatir las salvages oligarquias que, de hecho, desmembraban y deshonraban á la República; y eran unitarios, en ese sentido, con ese propósito de reacción civica y de reivindicación institucional, en contraposición, he dicho, del llamado federalismo que tendia, porque así era interpretado, á perpetuar el reino de un feudalismo sin parangón en la historia, tales eran los desmanes, atrocidades y atropellos que vergonzosamente lo caracterizaban.

Triunfante Rosas, que inscribia en sus banderas el tipico lema de « muerte á los salvages, inmundos y asquerosos unitarios », dominando por el

terror y la sangre todos aquellos territorios, del Atlántico á los Andes, desde la Pampa hasta las fronteras del Brasil, vino á estrellarse contra los muros de la inmortal Montevideo, de cuyo seno debía surgir la espada que vengaria á la humanidad, escarnecida y vilipendiada, en los campos de Caseros, abriendo á los pueblos del Plata los nuevos horizontes de su libertad y progreso.

Manifesté hace un momento que hay utilidad en descubrir la raiz de los sucesos pasados, aún para darnos cuenta de los problemas del presente; y es porqué del pecado original, de las taras del embrion algo se perpetua al través de las edades, si bien amortiguándose al contacto del espíritu nuevo de que se nutren las generaciones sucesivas.

Si fuéramos meridionales europeos, pudiéramos decir, para justificar la tésis enunciada, que los latinos siguen, aún hoy, mirando al Norte, temerosos de que se renueven, con utilitarios pretextos las incursiones devastadoras de un Atila, si bien de un Atila amortiguado en su aspecto y cambiado en sus modales, cuyas huestes campean siempre en las márgenes del Spree y del Niemen.

Entre nosotros, en nuestras regiones, á despecho del tiempo transcurrido, las oligarquias no se

han extinguido del todo, ni los caudillos han desaparecido por completo; pero es fuerza confesar que tres cuartos de siglo han limado muchas asperezas y han hecho con que se respeten, por lo menos, ciertas formas exigidas por el ambiente moderno: lo que no quita que aún subsistan, en la Argentina, gobernadores que sirven la política electoral del poder supremo, á trueque de protecciones y ayudas, que se ejercen en nombre de la constitución en forma de intervenciones antojadizas; y hoy, como antes, con las ligas y compromisos de las personalidades ó grupos políticos predominantes en los diversos Estados confederados, á parte la sangre y el brutal atropello, se sigue gobernando á base de un oligarquismo local, que no solamente no se trata de extinguir sino que se explota y fomenta.

Pasando al Estado Oriental, es innegable que el principio de autoridad ha progresado y que el militarismo caudillesco ha dejado de imperar, si bien su influencia se ha dejado sentir, de tiempo en tiempo, colgada como queda aún la espada de Damócles de las revoluciones, como medio de intimidar ó de prevenir absorciones y atropellos de que se suelen quejar los partidos ó fracciones de partidos, que

no bastan á desarmar participaciones legislativas y aún administrativas que reputan insuficientes para el logro de sus aspiraciones.

Hay, pues, progreso evidente, pero es igualmente innegable que el atavismo se trasparenta y desborda aún del cuadro de una civilización que avanza pero que se resiente, todavia, y á veces fuertemente, de un pecado original que hay que tener la virtud de repudiar, preparando á las generaciones venideras días de más real libertad y de más positiva regeneración social y política.

La transición era completa; el cambio de decoración absoluto. Se había hecho tabla rasa de la cruel y lárga tiranía. ¡Rozas surcando el mar. Oribe desalojado del Cerrito! Para uno y otro de nuestros paises, esos hechos constituían una resurrección, un renacimiento social y político, á la vez que imponían la reanudación del esfuerzo orgánico institucional; este se complicaba con los escombros que el desastre acumulára, pero, quizá, facilitaría el éxito del empeño la resolución en que todos, sin duda, estarían de participar, de buena fé, abnegadamente á la reconstrucción nacional. Esta vez, ¿sería, acaso, el de la historia, un aleccionamiento eficaz? ¡ La historia! ¿Cuál era, en realidad, la de aquellos paises?

Un país, una nación, un estado, en la acepción de estas palabras de agrupaciones, de colectividades humanas, presupone la aptitud para promover el progreso, para garantir el órden, para conciliar los derechos individuales con los de la colectividad, los de esta con los de la humanidad. ¿Qué pruebas, entretanto, habiamos dadò, tanto los argentinos

como nosotros, á parte la inquebrantable voluntad de independizarnos, de disponer de esas condiciones esenciales del gobierno propio? ¿Qué garantías ofreciamos de ello á la colectividad universal?

La Argentina había dado el grito de Mayo, contaminando gloriosamente con su ejemplo la vasta extensión de un continente: había sacudido virilmente el vasallaje y había contribuido á que otros pueblos lo imitasen; pero no bastaba independizarse, era indispensable, después, constituirse; había logrado, brillantemente, lo primero, pero había fracasado ruidosamente en el segundo y necesario intento. Las Provincias Unidas no lo habían sido hasta entonces sino en el nombre. Eran otras tantas oligarquías que se guerreaban entre sí, cuando no se dilaceraban en su propio seno, á impulso de móviles personales. Se solían coaligar, pero era con propósitos transitorios, negativos, por lo general, del pensamiento de la colectividad nacional. El concepto primitivo, indígena de la tribu, en su esencia y efectos se perpetuaba. Si algunas veces las llamadas provincias argentinas consintieron en proclamarse identificadas, reunidas bajo una misma enseña política y

administrativa, eso no pasaba de una ficción desde que era sobre entendido que cada mandón local continuaría imperando en sus pagos, gobernando á su modo, en realidad sin dependencias ni intromisiones agenas.

Aún tratándose de los hombres dirigentes, oriundos de la revolución, esto es, de los patriotas que perseguían una ideal de unión, de agrupación, de identificación, de nacionalidad, en suma, se notaba carencia de programas positivos de organización. Desorientados, indecisos ora hablaban de democracia citando el ejemplo de la América septentrional, ora recorrian el mundo en demanda de un rey, llegando á occurrírseles coronar un descendiente de los Incas del Perú, aberración que dá la medida de aquella anarquía que, degenerando en cáos, no obstante una década de tentativas, sucesivamente malogradas, de gobiernos regulares y de esfuerzos para su organización, debía conducirle, á la naciente nacionalidad, á la sangrienta tiranía que, merced á la Defensa y á la Alianza, que fué su obra y corolario, acababa de caer.

En cuanto á nosotros, la mirada retrospectiva, á parte, tambien, una indómita y como instintiva

resolución de sacudir tutelas, — no encontraba sino signos reveladores de un pueblo que surgía de entre las ruinas del régimen colonial, sin rumbos fijos, andando como á tientas, tratando de adivinar nociones constitutivas que empiezan á tomar cuerpo, apenas, con la cruzada gloriosa de los treinta y tres. La lucha se encausa, los ideales se definen, corriendo la sangre, desde entonces, no solo por la independencia sino por una organización que se dibuja, pero que se enreda y perturba en seguida hasta que, acosada y perseguida, la enseña simbólica, casi en girones, se refugia en un baluarte contra el que se estrella, durante nueve años, la prepotencia del tirano que encarna la negación de la justicia y de la libertad.

Por fin brilla de nuevo el sol en las extensas comarcas del Sur; los corazones se dilatan, respirando auras que reconfortan y animan, ante las perspectivas de organización y progreso para aquellos pueblos que, apenas en embrión, habían sido sometidos á tan honda prueba.

Felizmente la semilla, sana y fecunda, se había salvado de la tormenta dentro de los muros de la Troya moderna; se la iba á sembrar de nuevo, después de la devastación, en ambas márgenes

del Plata, donde acabará por fructificar, á despecho de los tropiezos opuestos á su germinación por la mala yerba del caudillaje, primero y, en seguida, por la falta de suficiente preparación, que se irá adquiriendo, sin embargo, poco á poco, por parte de gobernantes como de gobernados, para las prácticas de la libertad.

Casi simultáneamente con la noticia de la caida del tirano, llega al gobierno imperial la de un incidente surgido en Buenos Aires entre el general Urquiza, que ha asumido el gobierno de la República y el Barón de Porto Alegre, jefe de las fuerzas del Brasil. Este jefe ha pretendido que se le entreguen las banderas brasileras rendidas en Ituzaingó, que se encuentran en la catedral de la metrópoli argentina. El general Urquiza está dispuesto á ceder al pedido siempre que lo formule ó ratifique el gobierno de su Majestad. Este vá á llenar esa formalidad cuando mi padre, instruido del hecho, se dirige personalmente al Emperador para rogarle que no se lleve á efecto un acto que, por si solo, vendría á desnaturalizar los elevados propósitos en que se inspiró la Alianza. En efecto, pudiera decirse que el Brasil pretendía una retribución por su contingente militar, convirtiéndose en mercenarias las armas que, en realidad, se habían movido, tan solo, á impulsos de un pensamiento de trascendencia internacional.

Además, el general Urquiza no había meditado,

seguramente, sobre la significación del acto; tocar á esas reliquias históricas sería impopularizarse, justificar una sublevación del sentimiento público, herir una legítima susceptibilidad nacional; y al gobierno imperial no le convenía desprestigiar al caudillo con el cual se había vinculado y cuya misión era ya, por si misma, bastante árdua y delicada.

El Emperador prometió estudiar el asunto con su gabinete, sin manifestar opinión al respecto. Era indudable que le había sonreido la idea de recuperar aquellas reliquias, de borrar, hasta cierto modo, la afrenta que implicaba Ituzaingó.

Mi padre, inquieto, nervioso, vió al ministro al siguiente día. Se dió cuenta, en efecto, de que el asunto no era tan sencillo y que pudiera complicarse. La derrota de Ituzaingó fué, sobre todo, un revés riograndense, y eran los riograndenses, que componían la mayor parte del ejército brasilero que venciera en Caseros, los que habían formulado la pretensión de llevarse *sus* banderas. Ya estaban consentidos, por otra parte, en que se las llevarían. ¿Cómo iban á tomar la desaprobación imperial á ese respecto? En todo tiempo, Rio Grande se ha impuesto, hasta cierto punto, en los

consejos del gobierno central, que ha tenido motivos para contemplar á esta provincia en lo tocante, especialmente, á los asuntos del Río de la Plata.

Mi padre veía peligrar su intervención. El tiempo urgía y temía que el gobierno se limitase á librar la solución á su representante diplomático, que trataría nuevamente con Urquiza, dejándose constancia, en todo caso, de que el acto no implicaba una apreciación histórica sino una simple cortesía internacional. Ese temperamento le había sido insinuado, como un término medio, por el ministro; y aunque mi padre lo había impugnado en absoluto, temeroso de que así se procediese, se resolvió á anunciar al gobierno imperial una inmediata reclamación por parte y en nombre de la República Oriental del Uruguay, fundándose en que aquellas banderas eran, á la par de trofeos argentinos, trofeos de su país.

La tésis era sostenible, y la sostuvo mi padre en un memorandum preliminar y confidencial que produjo el efecto apetecido, conviniéndose, después, que ese documento se retiraría para que no quedase rastro del incidente, deseando el gobierno imperial, desde que se resolvía á que quedasen

sus banderas en Buenos Aires. que no apareciese cediendo á una reclamación.

En ese memorandum hacía mi padre. brevemente, el histórico de aquella campaña en que los orientales, por sus triunfos exclusivos. anteriores á la intervención argentina, habían preparado el desenlace en que se rindieron aquellas banderas, que eran, en realidad, trofeos colectivos de la Argentina y de su país.

El hecho de hallarse esos trofeos en Buenos Aires no significaba que no fueran tales colectivos; tambien se hallaban en la República Argentina las banderas de la reconquista de Buenos Aires, tomadas á los ingleses, y que. por Real Orden, se habían atribuido á la ciudad de Montevideo. Del mismo modo que se oponía hoy el gobierno Oriental á que se devolviesen los trofeos de Ituzaingó, — que fué, además de los precedentes recordados, un triunfo debido, en buena parte, á los orientales, como lo reconoció el propio general Alvear en carta dirigida al general Garzón, — se opondría á la entrega á Inglaterra de aquellas banderas el día en que se le ocurriese proceder en ese sentido al gobierno de Buenos Aires.

Esdo cumento concluía por reflexiones en el sentido de comprobar la inutilidad de un acto que, á la vez que ofrecía los inconvenientes señalados, no tendria jamás la virtud de modificar la historia ni de cambiar el carácter de sucesos que habian hecho su época, recordando varios ejemplos de naciones que, noobstante sus victorias, habian respetado los trofeos que consagraban sus anteriores descalabros, lo que ni era el caso actual, pues el Brasil no había combatido ni vencido á la República Argentina.

Y el hecho es que las banderas brasileras quedaron donde estaban y donde permanecen aún.

Adverti, al iniciar estos apuntes, que complementaria, como lo vengo haciendo, con reflexiones ó reminiscencias los episodios que me proponia recordar. Y si algo se impone, — para que el lector se dé cuenta de la causa ó razón de ser de la lucha trabada entre las dos capitales del Plata, como centros de acción y pensamiento. en aquella época dramática por excelencia. — es explicar como la escisión se produjo, génesis de una luctuosa epopeya.

La Banda Oriental se habia independizado y, promulgada su constitución. incorporada como nación al concierto de los pueblos que rigen por sí mismo sus destinos, se había entregado, apenas, á la laboriosa tarea de su organización cuando, en la ribera opuesta, surje y se implanta un gobierno personal y sangriento que amenaza avasallarlo todo en aquellas extensas comarcas. El gobierno constituido del Uruguay no tarda en caer en las redes del absorbente tirano, mostrándose sumiso á sus voluntades, dócil á sus exigencias, intromisión y acatamiento que originó la

resistencia á Oribe por parte de los orientales que se veían amenazados en su pundonor y autonomía.

De ahí la revolución que encabezára un caudillo prestigioso, alentado por el elemento civil de las ciudades que en la prensa, en los comicios, por todos los medios legítimos de acción y propaganda se esforzaba en substraer á la patria á un retroceso hacia dependencias que viril y resueltamente habia tronchado con la espada de dos generaciones. Y no se increpe á aquel elemento, ilustrado y dirigente, el haber entonces apelado, para tan elevados propósitos, al contingente caudillesco, como han procedido en lo sucesivo, con menos excusa, dado el progreso general realizado, los partidos disidentes que se lanzaban á la revuelta impelidos por causas menos apremiantes ó decisivas; y en ese orden de consideraciones, observemoslo de paso, más extraño es, — singular atavismo, — que 44 años después que Rozas recurriera al salvaje aborigen para batir á Lavalle é iniciar su tirania, — 22 años después de Caseros un partido argentino, levantado en armas para reivindicar derechos políticos, admitiera en sus filas idéntico contingente.

Rozas necesitaba avasallar, deciamos, al Estado Oriental, y encontró, para ello, no un complice sino un instrumento en Oribe, tanto más eficaz y contundente que ejercia entonces la suprema magistratura del país. Necesitaba avasallarlo para combatir á enemigos propios y extraños : para inutilizar, en sus efectos el bloqueo francés, cerrando los puertos orientales para la venta de las presas respectivas así como para impedir que se confabulasen contra su opresión y autoridad los argentinos que, victimas de sus atropellos, se asilaban en el territorio vecino; y no solo para evitar las agresiones que pudieran tramar en sus fronteras sino para alcanzarlos hasta allí con su obseción vengativa. Y tras esos resultados que la sumisión de Oribe le proporcionaba, suprimiendo, de hecho, la conquistada libertad, vendría la anexión perseguida y alentada por la complicidad, entonces y después, de algunos hijos de nuestra propia tierra, traidores de nuestra nacionalidad.

Mi padre sintetizaba, en sus pláticas, aquel origen del drama, de cuya iniciación, desarrollo y desenlace activamente participára, con estas ó análogas palabras :

— No fueron los orientales que agredieron á

Rozas, cuyo advenimiento coincidió con nuestros primeros pasos en la via de nuestra organización nacional; se nos metió en casa y, para desalojarlo, tuvimos que emplear 16 años de esfuerzos inauditos, realmente sobrehumanos, salvando, al fin, con la propia, la libertad de la nación vecina. Llegó un momento en que declarámos la guerra al tirano, pero propiamente no hicimos más que contestar á la guerra que nos habia traido; así lo establecimos en el manifiesto de 1839, en el que declarámos que, aún invadiendo, no hariamos más que defendernos.

Del principio al fin Rozas se sirvió de Oribe: era, en realidad, más su instrumento, incondicional y dócil que su complice, desde que este no discutia, siquiera, con aquel: no hacia más que obedecer; y lo que menos le perdonaban los orientales, lo que menos le excusará la historia es que lo hiciera ciñéndose, al ostentar su servilismo al mandon porteño, la banda presidencial de la patria de los Treinta y Tres, digna y altiva aún en los días de mayor adversidad.

Y en eso, — en insistir en su investidura, — siempre, *quand même*, — aún cuando, acumulando á su cargo de Presidente Oriental el de general

argentino acuchilla á los patriotas de Lavalle y Lamadrid hasta las cuestas de los Andes, dejando por doquier el rastro de su sangrienta ferocidad. — en eso tambien obedece á Rozas, que necesita tener á sus ordenes á un Presidente Oriental y no á un simple general o ciudadano para desarrollar la trama de su infernal concepción.

Sobre este tópico mi padre se explayaba con frecuencia.

— Oribe perdió su presidencia en el Palmar, decia; allí. — en aquellos campos de inaudita matanza. ante cuyo horrendo espectáculo aprendí á odiar la guerra civil. — allí empesó la agonia de aquella presidencia. como bien lo dijo el consul francés M. Baradere al contestar el manifiesto de Oribe, hasta que exhaló su último aliento al firmar. conmigo, con Suarez, con Vasques y el general Martinez su abdicación á fines de octubre del año 38, en el Miguelete, esto es cuatro meses después que perdiera aquella batalla decisiva.

Y mi padre, que se insurgia contra la falsedad histórica, contra la supercheria política de la protesta de Oribe, formulada al llegar á Buenos Aires, inspirada, ordenada por Rozas, explicaba, comentaba ese acto. punto de arranque de una situación

ficticia de que se sirvió el tirano para pretender justificar su intromisión en el Estado Oriental durante 14 años más, para impedir, por medio de capciosidades diplomáticas la pacificación de aquellos paises.

— Oribe, repetia, después que en Junio recibió el golpe recio del Palmar, trató de abandonar, del mejor modo posible, el mando de la República, desde que toda resistencia ulterior le fuera imposible. Así es que, en Julio, esto es, días después de aquel desastre militar, convoca la Asamblea y le expone los éxitos de la revolución, siendo el resultado que se nombra una comisión que sale á compaña en busca de Rivera, propiamente para acatar las resoluciones del vencedor. Entretanto la revolución ocupa todo el país y una división pone sitio á la capital.

Prosiguiendo, mi padre agregaba :

— Llegado á Buenos Aires, Rozas, herido en sus intereses, viendo que se le habia escapado de las manos, no Oribe sino el Presidente Oribe, le increpa su abdicación, presentada á la Asamblea oriental, aceptada por ley, promulgada y acatada, y hace con que el demitente proteste y se declare nuevamente Presidente ; y es Rozas quien lo inviste

entonces como tal, en documento público en que le ofrece toda clase de elementos, tropas y dinero para recuperar el puesto del que violentamente lo han arrojado... los franceses, impostura de que se sirve Oribe para cohonestar el hecho, aunque visible, innegable, que lo deprime, de que cayera en el Palmar, donde no habia habido franceses, ni ayuda ni connivencia francesa; y tan no la había habido que en Septiembre, esto es, tres meses después, el gefe riverista que sitiaba á Montevideo reclamaba al almirante francés contra una orden emanada de él, á pedido de Oribe, para apresar unas embarcaciones de la revolución, declaradas piratas, acogiéndose á la neutralidad antes proclamada.

Así, pues, Rozas tuvo su Presidente, obediente y dócil; sus fuerzas, las argentinas, no eran más, ostensiblemente, que fuerzas « auxiliares » del pretendido gobierno del Cerrito, pero, en realidad, Oribe y sus elementos obedecian ciegamente al tirano. Y es al rededor de esa ficción de legalidad que gravitó toda aquella política de invasión y avasallamiento contra la cual se resistía dentro de los muros de Montevideo, desde donde se combatía, confundiéndolos como á una sola é idéntica

calamidad, á Rozas y á Oribe, confabulados para consumar la ruina de una patria herida pero resistente hasta la heroicidad.

Los agentes extrangeros, en sus intervenciones en favor de la paz, se resistían á reconocer la ilegal y caprichosa investidura de Oribe, porque, á parte la abdicación auténtica del mando, el periodo legal había vencido con exceso; y, por no haberse prestado á esa pretención de Rozas, fracasáron las tentativas, en aquel sentido, de los comisionados Mendeville y Lurde, en 1842 y, más tarde, en 1847, las de los plenipotenciarios Howden y Walewski.

Lógicamente, encadenados á un mismo destino por un reguero de sangre que se extiende desde los Andes hasta las fronteras del Brasil, en el Estado Oriental, el día en que terminó la contienda trabada entre las dos capitales del Plata, — hermanas en las luchas sacrosantas por la libertad, pero, en aquel entonces, por la acción deprimente de un tirano, centros diametralmente antagónicos, — Rozas y Oribe rodáron al mismo abismo, como reos de inconmensurables excesos que la historia severa juzgará.

De la nueva faz política del Río de la Plata, iniciada en Caseros, tratándose del fuero interno tanto de la Argentina como del Uruguay, surgían complicaciones que llegaban á amenazar el órden público, derivadas de la difícil é ilusoria amalgama de elementos que hasta la víspera se habían acerbamente combatido.

Los emigrados, que regresában de Chile, de Bolivia, del Brasil y de Europa, además de los que habían permanecido hasta el fin, relativamente pocos, dentro de la plaza de Montevideo, — los unitarios como se les llamaba, — tropezában en Palermo con los federales en auge, poco más ó menos como antes de Caseros; Urquiza continuaba usando la divisa colorada de Rozas, aunque con distintos lemas, y se rodeaba más de federales que de regeneradores, tal vez por que eran los más y, sobre todo, porque era natural que tal sucediera, desde que ellos constituían el elemento con el cual había vivido identificado durante veinte años, combatiendo precisamente á los que habían cooperado á su exaltación con tal que cayera el tirano.

La escisión se pronunciaba ; y á la vez que entre los liberales unos se aprestaban á alzarse en rebelión, preparándola en sus campañas periodísticas, — sirviéndose, en Buenos Aires, contra Urquiza de las mismas plumas con que en Chile, en Bolivia y en Montevideo habían flagelado á Rozas, — otros emigraban de nuevo.

Así es como un día se le presentó, inopinadamente, á mi padre, en Río, Sarmiento, Don Domingo, en persona, vociferando, increpando, con el verbo cortante, acerado que le era peculiar.

— Bonita la han hecho V. V., decía ; gran proeza, suplantar á Rozas, ¿con quién? ¡con Urquiza! Vaya, vaya, — y se paseaba, recogido, redondeada la espalda, con las manos cruzadas por detrás.

Y, cuadrándose delante de mi padre, que lo dejaba desahogarse :

— ¿Para eso me llamó V.? ¿Para eso me escribió á Chile, diciéndome que desde Enero me encontrára en el Río de la Plata?

En efecto, desde meses antes que se iniciáran las operaciones de la Alianza, mi padre había escrito á todos los emigrados de importancia á fin de que fueran á cooperar á la reorganización de

su país. Así fué como militares distinguidos, Mitre y otros, revistaron en Caseros, á la vez que hombres políticos de la talla de Sarmiento se encontráron en Buenos Aires en el momento preciso.

— Bueno, mi amigo, le decía mi padre, siéntese y cuénteme lo que pasa, — y se lo decía sabiendo perfectamente lo que pasaba, para oirlo hablar á Sarmiento, para conocer su versión, para poseer una apreciación más respecto á la situación política creada por la brusca é indispensable transición.

— Lo que pasa, le contestó Don Domingo, es que yo me vuelvo á Chile, de donde no debía haber salido, y me voy, ¿sabe V. para qué? : para combatir desde allí á Urquiza del mismo modo como combatía á Rozas.

— Pero ¿porqué no lo combate desde Buenos Aires, desde que cree patriótico y necesario combatirlo? Es quizá más eficaz hacerlo de cerca que de lejos, como están procediendo otros antiguos emigrados como V.

— Pero es que yo no quiero dejarme manosear, ni consiento en ponerme divisa, la colorada, la misma de Rozas; y en seguida vendrá el chaleco y la santa federación...

— ¿La santa federación?

— Si, señor, y la mazorca...

— No, hombre, le interrumpe mi padre, al ver que Sarmiento llega á los extremos, no se exalte y no exagere; yo le pregunté lo que pasaba en Buenos Aires para conocer su versión, pero yo sé tan bien como V., mejor que V. lo que allí sucede.

— ¿Mejor que yo, que vengo de allí? — que le he visto las uñas al tigre? — que he presenciado al nuevo gobernador, entrando á la catedral vestido de general, con sombrero de copa alta, con un cintillo rojo, color de sangre, de cuatro dedos, y, á la puerta, formada la misma guardia de Palermo, la de antes, de bombacha y boinas coloradas?...

Mi padre tuvo que interrumpir con una carcajada la creciente exaltación de aquel hombre que, según se lo dijo, había visto, había sentido, pero no había pensado.

— ¿Qué no he pensado?

— No, mi amigo, no ha pensado, no ha reflexionado, no ha profundizado V., no se ha detenido á resolver el problema, á darse cuenta cabal de una situación peculiar, necesaria, creada fatalmente por las circunstancias así como de los

deberes que ella impone á hombres como V., de sus aptitudes, de su responsabilidad.

— ¿De mi responsabilidad ?

— Insisto en ello ; V.. como sus demás compatriotas que de cerca como de lejos, con la espada ó con la pluma, con la acción ó con la palabra, cada cual dentro de su esfera y en la proporción de sus elementos han contribuido á derrocar á Rozas, han asumido una grave responsabilidad : la de reconstituir la República.

— Sí, admito, hice propaganda, ayudé á La Madrid y á Lavalle cuando la coalición del Norte, pero es el caso que V. V.. que más inmediatamente han volteado á Rozas, han colocado en su lugar á Urquiza, le han entregado la República...

— Yo asumo, en la parte que me toca, la responsabilidad de habernos servido de Urquiza para alcanzar el fin fundamental de derrocar al tirano.

— Sin duda supondría V. que Urquiza se inspiraría en los ideales de los hombres que habían combatido á Rozas, que se rodearía de ellos...

— ¿Qué serían ellos y no él quienes gobernarían? No, no me hice, no podía hacerme esa ilusión. Hacía cuatro años que me hallaba en contacto con Urquiza, lo conocía, sabía lo que él

daría de sí, lo que podíamos esperar de él, de lo que era susceptible.

— Pero V., que sabía lo que iba á pasar, ¿no le sorprende ni le aflije lo que pasa?...

— No, no me sorprende; lo sabía de antemano; y en cuanto á afligirme, no veo la razón, pues se trata de una etapa, impuesta por las circunstancias, de una evolución necesaria.

— Entonces V. lo sabía : esto no es una solución.

— Entendámonos; hay que distinguir y precisar : es una solución, la que hemos alcanzado, brillante y definitiva, en cuanto á la tiranía que durante veinte años ha detenido el progreso de nuestros paises, tiranía que no se renovará, porque en Caseros, simultáneamente con las armas han triunfado ideas, principios, ideales que se harán camino, segura é indudablemente al través de obstáculos más ó menos resistentes; pero, como se vé, lo que es una solución respecto á Rozas no es más que una transición en cuanto á la reorganización política, — más valiera decir organización y no reorganización, pues nunca habían estado propiamente organizados, — tanto de su país como del mio ; no de otro modo se han

operado, esto es, por etapas, al través de la historia las evoluciones que han conducido á los pueblos de la barbarie á la civilización, de la tiranía á la libertad.

— Vencida la tiranía, continuaba mi padre, removido del camino el grande y fundamental obstáculo, la labor de los buenos, de los iniciados en los principios constitutivos de las sociedades eminentemente civilizadas es facilitar las graduaciones inevitables, las transiciones á las cuales nuestro embrionismo democrático no podía substraerse, con los menores sacudimientos posibles. Solo los ilusos. proseguía, los que no han meditado, han podido esperar que con solo derrocar á Rozas se llegaría al gobierno regular, al órden, á la libertad. Pensar así hubiera sido desconocer, no tener en cuenta el analfabetismo político, por así decir, de la gran mayoría de las poblaciones del Río de la Plata. hubiera sido hacer abstracción del caudillaje ignorante, del cual los elementos más ilustrados y bien intencionados se han servido y continuarán sirviéndose por algún tiempo aún.

Sarmiento durante su estancia en Río oyó á estadistas, pensó, discutió, y concluyó por confiar

en el porvenir. Tuvo una entrevista con el Emperador, que era un educacionista apasionado y con el que departió largamente sobre este tema de su predilección.

Allí, en Río, recientes los sucesos, Sarmiento se impuso, en todos sus detalles, — con los archivos á su alcance, conversando con los hombres públicos, examinando é investigándolo todo, — de aquella campaña diplomática coronada por el triunfo de Caseros.

Se convenció, — y no mesquinaba por ello sus elogios, — él que era tan parco en alabanzas, — de que el éxito de aquella misión había sido superior á la más optimista expectativa, tanto más que se había dado cuenta de que ningun negociador había procedido en peores condiciones. En efecto, si bien se contaba con Urquiza, la cooperación, el levantamiento de este contra Rozas y, por consiguiente, contra Oribe, estaba subordinado á la alianza de Montevideo con el Brasil. El Brasil era, pues, el arbitro. Y el Brasil lo sabía. Podía, pues, dictar, imponer sus condiciones. Muy duras habían sido las que, en un origen, se insinuáron. Mi padre había tropezado, en manos de los estadistas brasileros, con el texto del « Acuerdo Reser-

vado » del gobierno de Montevideo, de 1845, con las negociaciones, con los ofrecimientos, en aquel entonces, del ministro Magariños, con las disposiciones con que llegára Rivera á Río de Janeiro, después de India Muerta, con el ofrecimiento de Guido de fijar en el Arapey la línea norte de la República... ¡Qué precedentes para negociar, para pretender estipulaciones favorables, decorosas! Se había llegado hasta ofrecer el protectorado de la República, con tal de evitar la cuchilla de Rozas, bajo la cual sucumbiría!

He hablado del « Acuerdo Secreto », por el que el gobierno de la Defensa se resolvía á los más extremos sacrificios nacionales; pero el hecho es que los momentos en que mi padre negociaba no eran, por cierto, menos angustiosos que los del 45, pues si en este entonces no se contaba todavia con la intervención franco-británica, como consecuencia de la misión Varela, se vislumbraba esa tabla de salvación... Cuando mi padre negociaba, la intervención ya había dado la espalda al Río de la Plata, vencida, en realidad, por Rozas, — no quedaba en pie un solo hombre en armas contra el tirano, de los Andes á las fronteras del Brasil, — los argentinos disidentes no conspiraban ya, si

quiera, — los más habían reintegrado sus lares, muchos se paseaban en Palermo. Solo quedaban, firmes, aunque escualidos, en la brecha, los defensores de la homérica ciudad. Y, sinembargo, la alianza se firmó en las condiciones que Sarmiento alababa. En efecto, la nueva república, creada por el tratado del año 28, — que era, este, el título habilitante que ella misma invocó en su Constitución, — conservaba los limites (determinados por el acta de incorporación del año 21) de « la provincia llamada hoy Cisplatina », cuyo territorio fué, — ese y no otro con que se soñára, — el que, textualmente, se había declarado « libre de toda y cualquiera nación »: lejos de una intervención ó protectorado, de un privilegio cualquiera, de una franquicia comercial extraordinaria (que todo eso sucesivamente se habia insinuado), la República salía ilesa en sus atributos y prerrogativas soberanas, obtenia los elementos necesarios para expulsar de su territorio á las huestes del tirano, para contribuir al afianzamiento de un régimen liberal en todas aquellas comarcas, lo que iba á permitirle consagrarse ¡al fin! á la labor, ardua pero fecunda de la organización nacional. Y el Brasil se retiraba sin más beneficio, sin más recompensa

por su intervención, que el haber afianzado la paz en sus fronteras, que el haberse solidarizado con un gran política, política de ponderación, de desprendimiento y buena fé internacional, cuyos frutos corresponderían, seguramente, á la larga, á las previsiones de su concepción, manteniéndose la deseada armonia entre aquellos paises, que cooperarían tácita y recíprocamente al engrandecimiento común.

La opinión que Sarmiento se formára sobre tan trascendentales esfuerzos la consignó en una extensa carta que dirigió, en Abril de 1852, á Mitre, uno de sus compañeros de ostracismo en Chile y que se halla reproducida en su obra titulada « Campaña del Ejército Grande Aliado ».

Escribiendo, como lo hago, sin libros y papeles á mi alcance siento no reproducir textualmente algunos párrafos de esa misiva, pero recuerdo los siguientes conceptos : « Lamas ha llenado con esta misión el episodio más glorioso de la defensa de Montevideo, á la vez que ha echado las bases de nuestra resurrección política. »

En la obra citada, Sarmiento dedica numerosas páginas á la misión de mi padre y, al encararla bajo la faz de los intereses y problemas argentinos,

de los resultados obtenidos, de la defensa que hizo del pueblo de Mayo, esforzándose en llevar el convencimiento, como lo hizo, en el exterior de que, noobstante veinte años de sangre y de atropellos sin nombre su carácter no había degenerado. su autor exclama : « Por esa actitud, por esa obra, todos los argentinos debemos estarle profundamente agradecidos. »

Años después, en su obra, inconclusa, « Armonia de las razas americanas ». el eminente ciudadano sostenia que mi padre era argentino, dada la época en que naciera. en Montevideo, y la bandera que flameaba entonces en esa capital.

Antes de dejar á Río de Janeiro, Sarmiento le manifestó á mi padre el deseo de ser condecorado por el Emperador; intérprete de ese deseo, mi padre obtuvo que se le nombrára comendador de la órden de la Roza.

El dia en que recibió la condecoración había baile en el Casino, con asistencia de Sus Magestades.

Mi padre, que se hallaba en la sala, lo vió llegar á Sarmiento con la encomienda puesta, pero al lado derecho del frac. Le observa que se lleva á la izquierda.

— Es lo mismo, dice, aunque cambiándosela,

efectivamente, á la izquierda, en medio de la sala, con su peculiar desenvoltura.

Era, en todo, el hombre original, pintado por él mismo en « Civilización y Barbarie », cuyo rastro luminoso no se borrará, empero, de los anales históricos de su país.

Veinte años después, en Buenos Aires, durante la presidencia de Sarmiento, encontrándose este nuevamente con mi padre, tuve oportunidad de asistir á sus conversaciones, en las que proseguian sus pláticas de antaño, al través de ese largo período tan lleno de acontecimientos, esperados é inesperados, adversos ó favorables para la causa institucional.

Sus reuniones tenían lugar ora en la casa de mi padre, en la calle de la Piedad, ora en la de Sarmiento, en la calle de las Artes; y era realmente interesante recoger las palabras de este ilustre estadista, cuya figura se va agigantando, cada vez más, á medida que se envejece el tiempo.

Recordaba, en efecto, sus conversaciones de Río de Janeiro, á raíz de la caida de Rozas y de su desencanto, el de Sarmiento, de su desaliento al encontrarse, en Palermo, con Urquiza, simple continuador, como lo había supuesto, con leves variantes, del sistema que había imperado. Y confesaba Sarmiento que, en efecto, Urquiza no había podido menos que modificar sus instintos

bajo la influencia de las ideas que habían triunfado en Caseros.

— Bien le decía entonces, interrumpía mi padre, que más que armas eran ideas, principios, un ambiente constitutivo liberal los que habían triunfado en Febrero del 52.

Sarmiento hacía sus salvedades, pero reconocía que Urquiza no había tardado, no obstante la libertad en que le había dejado la segregación de los porteños, en darle á la República la constitución bajo la cual continuaba moviéndose, pues la reforma del 60, agregaba, « no le quitó ni le agregó nada fundamental ».

Poco antes de terminar su presidencia, en 1874, inaugurábamos el cable submarino que nos unía á Europa y, por ella, á los Estados Unidos, empresa de la iniciativa de mi hermano Andrés Francisco y mía, cuyo directorio local presidía mi padre en Buenos Aires. En el discurso inaugural, en la Casa Rosada, mi padre le decía á Sarmiento, entre otras cosas : « Para esto, que es un símbolo de progreso, para obras como esta que nos identifican con la Europa, que nos reunen y confunden con ella, poniéndonos instantáneamente al habla, es que volteamos á Rozas ».

En aquel entonces el Doctor Avellaneda, elegido presidente de la República, estaba en vísperas de ocupar el alto cargo que con tanto brillo debía desempeñar. La fuerte oposición de que era objeto hacía presentir la revolución que, efectivamente, estalló un mes después. Sarmiento estaba nervioso, impaciente : se le increpaban intromisiones indebidas en la designación, como su sucesor, del que había sido uno de sus ministros.

La casa del gobierno estaba repleta de gente : los altos cuerpos del estado, el diplomático, representantes del comercio, la prensa, políticos de todos los partidos habían presenciado el acto trascendental.

Sarmiento le contestó á mi padre con el colorido y la ampulosidad habitual de su frase y, terminada esa parte de la ceremonia, en presencia de todos, acercándose más á mi padre, se desahoga más ó menos en estos términos :

— Usted ha recordado con oportunidad la caida de Rozas ; hemos hecho mucho camino desde entonces, pero mucho más queda por hacer. Urquiza constituyó la República, y la Provincia de Buenos Aires solo se adhirió á ella con reserva de privilegios que importaban una negación de la

unidad nacional que se perseguía. Yo no he tenido tiempo para enmendar la plana. Otros lo harán.

Y. en efecto, fué la obra de Avellaneda y de Roca. que impusieron á cañonazos la capitalización de Buenos Aires, retirándole, á la vez, al Banco de la Provincia los privilegios fiscales de que venía disfrutando.

Cabe aquí una ojeada, general y sucinta, sobre el proceso orgánico, constitutivo, institucional argentino.

En el órden orográfico, cuando el sol asoma en el horizonte empieza por alumbrar la cima de las más altas montañas: después, en su carrera hacia el zenit va, poco á poco, dorando con sus rayos las eminencias menos absolutas hasta que, ya en lo alto, inunda con su luz hasta las profundidades de los valles que forman el nivel más bajo ó inferior del sistema. Del mismo modo, cuando el sol de la historia se levanta en el campo secular, ó poco menos, en que se desarrolláron los sucesos políticos de un pueblo en formación, se vé que el criterio póstumo, imparcial y tranquilo, empieza por descubrir las cimas de los acontecimientos trascendentales y fecundos, dorándolos con sus rayos de verdad y justicia para alumbrar, en seguida, las eminencias secundarias y penetrar, por fín, en las camadas inferiores del cuadro sometido á su investigación.

Si aplicamos á la nación argentina, á la cro-

nología de sus sucesos políticos este medio sintético de apreciación, ¿qué resultará?, ¿cuales serán las altas cumbres que empezarán por surgir, como puntos de arranque, como conquistas, como etapas recorridas por una sociedad en marcha hacia destinos que se dibujan como superiores en el concierto universal?

Nace por primera vez esa nación en 1810. Veinte años después, debido al cáos político que mina su existencia, impotente para cimentar una organización democrática, surge la nefasta tiranía.

En 1852 nace de nuevo la Argentina á la vida de las esperanzas legítimas, reanuda su esfuerzo constitutivo al romper las cadenas de la ignominiosa tutela, como antes, en la primera época de su emancipación, cuando tronchára las del colo niaje secular.

En aquella primera época de su libertad, las cimas culminantes de la orografía política argentina llevan por nombres, — aunque algunas veces la historia no designa el del factor principal del suceso trascendental y fecundo que perpetua, — Saavedra, San Martin, Pueyrredon y Rivadavia, ó sean, la revolución, la guerra emancipa-

dora, la iniciativa institucional. el primer esfuerzo administrativo.

Pasando por alto el luctuoso periodo que se abre con el sangriento error de Navarro y se cierra con la acción de Caseros, — desde que en él no se observa ningun hecho constitutivo digno de mención, — se llega á la segunda época de la libertad argentina. observándose en ella, — aplicando siempre la ficción orográfica á la consideración de los acontecimientos políticos. — dos únicas altas cumbres, por lo que representan hechos durables, conquistas orgánicas definitivas y fecundas que dorará, en primer término, con sus destellos el sol vivificante de la historia. y esas son : la constitución de la República que, en realidad, por primera vez se constituía, jurada en 1853, — la unidad y el complemento nacional. — político, territorial é institucional, — alcanzados por medio de la capitalización de Buenos Aires, de la conquista del desierto y de la solución de todos los conflictos fronterizos, — y esas dos altas cumbres llevan los nombres de Urquiza y de Roca.

Toda definición concreta de cosas y de hechos complexos, controvertibles constituye una auda

cia, decía Pascal, pero, agregaba, no hay que detenerse ante la consiguiente responsabilidad, porque hay momentos en que es conveniente, sino indispensable, condensar en fórmulas ó pensamientos, por ejemplo, las evoluciones de un siglo en el órden científico, literario, social ó político.

Soy reo de esa audacia y, presumiendo reclamaciones ó críticas posibles, me anticiparé á declarar, respecto á la segunda época de la libertad argentina que acabo de sintetizar, que si bien Urquiza, — rodeándose de hombres capaces de todas las tendencias y partidos, lo que era un mérito, *gouverner c'est choisir*, — fué evidentemente quién organizó constitucionalmente á la República (Rozas en veinte años de supremacía no se le ocurrió ó no quiso hacerlo). — fué Mitre, propiamente, y Sarmiento y Avellaneda enseguida, contestes, en ese sentido, en su actuación, quienes consolidáron esa obra fundamental; Mitre en primer término, pues le tocó reformarla en algunos puntos, sin modificar, empero, su extructura. — lo que habrá que hacerse nuevamente, dando mayor consistencia á la autonomía de los Estados, definiendo y limitando, por ejemplo, el

derecho de intervención que, ejercido *ad libitum*, como se viene haciendo, excita los apetitos electorales por parte de los gobernantes, por la facilidad de satisfacerlos, y aguza el ingenio de los partidos para asaltar las posiciones provinciales desde las bancas del congreso, convirtiendo á la República en un constante campo de Agramante, distrayéndolos de labores más fecundas, corrompiendo, desde su base, el régimen constitucional.

Y lo que queda dicho de aquellos obreros meritorios de la aclimatación del órden político y administrativo durante la primera faz del resurgimiento nacional, dentro de los lineamentos de la ley fundamental elaborada bajo los auspicios y promulgada por el vencedor de Caseros, — intérprete de los principios liberales de la Defensa, y habilitado para ello por la Alianza, que le facilitó el acceso al poder precisamente para que organizára la República, en el propio y natural interés como en el de los vecinos, perturbados y lesionados por veinte años de tiranía, agresora y disolvente, — y lo que queda dicho, repito, de Mitre, Sarmiento y Avellaneda habrá que manifestarlo, y lo hago por mi parte, respecto á Pellegrini y Quirno Costa, por ejemplo, que tanto

contribuyéron á la realización de los hechos culminantes y decisivos, que he recordado, presididos por Roca y que la historia personificará en él, si bien sería justicia ligar el nombre del Doctor Avellaneda, ilustre. de todos modos, á la capitalización de Buenos Aires con la que, en sus admirables intuiciones del porvenir, soñára Rivadavia.

Sucesos como el Once de Septiembre, Cepeda, Pavón. no son más que episodios, que si bien ejercieron indudable influencia en el órden ó proceso orgánico nacional, por la orientación que le imprimieron. no constituyen por sí mismo sucesos culminantes bajo el aspecto en que vengo apreciando las evoluciones de un pueblo novicio, que tendía á reunir. solidarizar y amalgamar, como condición esencial de la realización de sus ideales de grandeza. las moléculas en que se dispersaba: razón por la que los paso por alto, para no contemplar, bajo la ficción orográfica que he adoptado, sino los nombres superiores, representativos de sucesos perdurables que se destacan del cuadro en que condenso todo un siglo de emancipación.

Y lo mismo diré respecto á episodios importantes de la primera época, entre los que com-

prendo la declaración del año 16, pues, en realidad, fué esta más una formalidad que se llenaba que un hecho trascendental que se ultimaba, desde que independientes lo eran ya las provincias argentinas desde 1810, movimiento cuya confirmación se perseguía con las armas en la mano, esgrimiéndolas heroicamente del Plata al Ecuador.

Justifico, así, como medio de condensar una crónica secular y de exponerla con claridad y justicia, la teoría de las altas cumbres históricas, vale decir la de la conmemoración de los hechos fecundos y durables, como pasos más ó menos decisivos que se dan en el sentido de una libertad que se persigue ó de una organización que se elabora, hechos que llevan inscriptos y perpetuan nombres de ciudadanos en que lógicamente se encarnan, sin disminuir el mérito de los que, por su esfuerzo y patriotismo consolidan la obra y afianzan la conquista.

Sostengo, pues, la procedencia de la nomenclatura expuesta, aplicada simbólicamente á un órden ó aspecto orográfico, que nos muestra, como á vuelo de pájaro, las mayores alturas alcanzadas por un pueblo al través de un siglo de marcha

emprendida hacia envidiables destinos, detenido, empero, con frecuencia, por obstáculos que va salvando á fuerza de un buen sentido público que se sobrepone, al fín, favorecido, además, por las condiciones excepcionales de su territorio.

En nuestro país los partidos no desarmaban; sus disidencias, sus ambiciones, sus intereses y pretensiones seguían sobreponiéndose á las atenciones constitutivas y á las preocupaciones administrativas. ¡ Partidos ! ¿ Qué partidos ? Porque, en fin, siempre, detrás de una palabre debe haber algo, como decía Villergas, — y si no, agregaba, no debe pronunciarse. ¿ Qué había, que hay detrás de nuestros partidos? ¿ Una cosa legítima, como sean principios, programas, ideas en disidencia con otras ideas, con otros programas, con otros principios, todo muy claro y definido, como son los colores de las distintas banderas, disidencias sobre los medios de promover, de preparar y de alcanzar la prosperidad de la patria? — O bien, ¿ una cosa ilegítima, la simple suplantación, las unas por las otras, de personas, de grupos, de camarillas?

Nadie tiene el derecho de suponer en los demas, tratándose de los hijos de una misma patria, que la resolución de atentar contra la paz y el órden, de derramar sangre, de acumular ruinas,

de comprometer hasta la existencia nacional sea inspirada, tan solo, por propósitos de mando, por el mando mismo, por perspectivas personales; y la verdad es que, salvo los alzamientos de los caudillos ignorantes y, por consiguiente, irresponsables, elemento que, felizmente, acabará pronto por desaparecer del todo de nuestro escenario político, nuestras revoluciones han sido provocadas, siempre ó casi siempre por abusos del poder, por el ostracismo dentro de la misma patria, por la supresión ó limitación de garantías electorales, lo que ha atenuado la responsabilidad de los que las iniciaron, sin justificar, empero, su actitud desde que debieron antes haber comprobado irrefutablemente: la evidencia de aquella supresión ó limitación, la participación en el delito de la autoridad central, así como que el hecho era intencionado y no hijo de la falta de suficiente educación institucional de nuestros pueblos, novicios é indisciplinados aún — justificaciones á las que debiera haberse agregado la del agotamiento de los recursos pacíficos, al través de sucesivos períodos administrativos, para alcanzar la satisfacción de sus legítimas exigencias.

Se ha deslizado gran parte de mi existencia

fuera, lejos de la patria, y he sentido siempre un dolor profundo toda vez que me llegaba el éco de nuestras guerras fratricidas, cuando corría la sangre de la madre común, víctima del ciego apasionamiento de sus hijos.

No ha mucho cayó en mis manos, durante una travesía del oceano, un tomo de Walter Scott, cuya magia descriptiva transporta al lector, como por efecto de una alucinación, á los lugares que pinta, á las escenas que évoca. En un momento dado, cautivado por su lectura, me sentí profundamente emocionado. Se trataba de aquellas disidencias del siglo décimo quinto que hacían arder en guerra fratricida á toda la alta Escocia, ensangrentadas sus praderas, consumidos sus bosques, derruidos sus castillos, oyéndose por doquier los écos de combates incesantes que se perdían, como lamentos postrimeros en las profundidades de sus lagos, que la leyenda poblaba de almas que se deslizaban...

« Un guerrero, — continuaba el libro, — montado en un corcel, jadeante, cubierto de espuma se lanza, en marcha acelerada por la cuesta agreste de una montaña empinada, al flanco de la cual se divisaban profundos precipicios. Va abandonando,

atrás, en la planicie, la encarnizada pelea. Sus manos están rojas de sangre. Su misión es aún de mayor, de más definitivo exterminio : va á prender fuego al bosque que se extiende á la espalda de sus adversarios, instante preciso en que los suyos, con tropas frescas que aquellos no sospechan les darán la carga decisiva. Millares de cadaveres poblarán el suelo, efecto del acero y de las llamas que impedirán la huida; y, como consecuencia de esos cadáveres que verterán sangre, viudas y huerfanos que, á torrentes, verterán lágrimas y se ahogarán en sollozos...

« El guerrero ha llegado á la cumbre, desde la cual se divisa, á lo lejos, aquel campo de batalla en que hermanos, parientes, amigos de la víspera se hieren, se destrozan, se exterminan, atrofiado el sentimiento, ciegos de ira.

« Fuera ya de aquella atmósfera, se detiene, en lo alto; parece meditar, abarcando con la vista aquel terrible expectáculo. Se diría que, de golpe, una idea nueva ha herido de improviso su cerebro. Ve que corre, serpenteando, un arroyuelo á sus pies. Deja su montura, lava nerviosamente sus manos tintas en sangre, refresca su frente enardecida con el líquido trasparente. Contempla

de nuevo la fratricida hecatombe que, allá, en el llano se prosigue. Se siente invadido por una emoción desconocida. Se cubre el rostro con ambas manos: entre sus dedos se deslizan gruesas lágrimas. Un sollozo convulsiona el alma del guerrero hasta entonces insensible y rencoroso y, alzando la vista al cielo parece tomarlo por testigo de un juramento que formula. No volverá á empapar sus manos en la sangre de hermanos, no acumulará más ruinas, no contribuirá á debilitar la patria cuya independencia asecha el vecino implacable, dedicando, por el contrario, en vía de expiación, el resto de sus días á la obra santa de la unión, de la solidaridad nacional ».

Macaulay, en su « Historia de Inglaterra », cita, en esa época de las crónicas escocesas, á uno de los más esforzados paladines de sus guerras intestinas, convertido expontáneamente á sentimientos humanitarios y misericordiosos. Mac Clove, era su nombre, fué, en realidad un precursor de las ideas de igualdad ante la patria, de fraternidad y justicia al constituir una liga de paz y de condominio para todos los hijos de Escocia, « que contribuyó grandemente, dice aquel historiador, á la conservacióu de los fue-

ros de su patria, pacificándola interiormente ».

Hasta aquí la sugestiva y oportuna leyenda.

En 1857 algunos compatriotas fueron á Río de Janeiro para incitarlo á mi padre á intervenir en nuestras disenciones intestinas, de las que se había mantenido resuelta y reflexivamente alejado. Cediendo, sin embargo, á las instancias de que era objeto, lo hizo tan solo en forma de un manifiesto en el que exhaló su más intimo pensamiento, consecuente con el compromiso secreto y solemne contraido, con otros miembros de la Defensa, durante los días más aciagos de esta, de sobreponerse, una vez terminado el sitio, á las pasiones y á los intereses del partido, para concitar á todos los orientales á propender, unidos, al bien, tan solo, de la patria, sacrificada por tan intensas y prolongadas disenciones.

Recuerdo que, en ese documento, mi padre empezaba por expresar que había hecho acto de abnegación guardando hasta entonces silencio, como lo hacia rompiéndolo en aquel instante preciso.

Como el partidario de la leyenda escocesa que acabo de recordar, mi padre contemplaba, desde lejos, el campo de las discordias intestinas, substraido á sus influencias, inspirándose tan solo en los dolores y aspiraciones de la patria común.

El sitio, la Alianza, Caseros no eran hechos aislados, independientes sino que se relacionában entre sí como eslabones de una cadena de libertad y de gloria, — consecuencias, proyecciones y resultados lógicos y necesarios de una misma y determinada política que, aún después de la caida del tirano debía seguir produciendo los frutos previstos, que la justificarían triunfalmente ante la conciencia de los pueblos, rehabilitados después de tan larga ignominia.

No se había tratado, en efecto, únicamente, exclusivamente de voltear á Rozas. Los que tramaban la Alianza no tenían solo en vista un hecho material inmediato; otros propósitos, morales, fecundos, permanentes, eminentemente sociales y políticos los animaban : los de abrir aquellos vastos paises, que se extendían á ambas màrgenes del Plata, del Paraná y del Uruguay á las corrientes del progreso y de la civilización.

He estereotipado una conversación entre mi padre y Sarmiento, á raiz, puede decirse, de Caseros : « Vaya, vaya, decía aquel, voltear á Rozas

y entregarle á Urquiza la República, ó lo que es lo mismo, un tirano en vez de otro tirano, — eso ha sido todo, he ahí el resultado del esfuerzo. » Y lo que decía Sarmiento, lo repetían en Buenos Aires unitarios de buena fé y federales de Rozas — que se daban por convertidos, pero que, en realidad, si así procedían era porque no le perdonaban á Urquiza lo que ellos calificaban de traición, tratando, por consiguiente, de coartar sus propósitos; y así es como sucedió que esos elementos, unidos, fueron los que produjeron el once de Septiembre.

Ese movimiento se preparó y estalló, no solo porque en Buenos Aires « no lo pasaban » á Urquiza, porque consideraban que era incompatible con toda organización, con todo gobierno regular sino tambien, — y esto pesaba considerablemente en la balanza, — porque los porteños deseaban preponderar y era visible que con Urquiza no preponderarían.

Urquiza, no obstante, al moverse de Entre Rios había pedido á todos que lo acompañáran á organizar la República. Era pueril pensar que, triunfando él, como indudablemente iba á triunfar, él, sin cuyo contingente probablemente no se hubiera

triunfado, pues el Brasil, casi de seguro, no se hubiera embarcado en la patriada, — era pueril pensar, repito, que Urquiza, en su situación, dada su ingénita idiosincracia, después del triunfo hubiera entregado á otro, ¿y á quién?, ¿á un porteño con tal de que fuera porteño?, la gloriosa tarea de presidir la organización de la República.

Los que preparaban el golpe de Septiembre, se decían : ó no organizará la República ó la organizará á su modo ; y el hecho fué que la organizó, y no á su modo sino preparando, discutiendo y proclamando una constitución calcada en la de los Estados Unidos, que debía subsistir, como subsistió, salvo ligeras modificaciones.

Mi padre le había dicho á Sarmiento : no hay que olvidar que á la par de las armas, á la par de Urquiza, más arriba de las armas y de Urquiza han triunfado en Caseros ideas, principios, á cuya influencia, á la larga, nadie se podrá substraer.

Y el hecho fué que, en realidad, el ambiente que predominó del otro lado del arroyo del Medio, á parte las indispensables contemplaciones temporarias con algunas oligarquías locales, con las

cuales transigió Urquiza, como transigió Mitre después, fué liberal y reparador, en la acepción relativa de estas palabras, tratándose de una época de transición, á continuación de veinte años de dictadura y de la consiguiente descomposición.

Antes de continuar en la contemplación sintética de estos hechos, debo observar nuevamente que lo hago como proyecciones justificadas de la Alianza que, al tratar con Urquiza, al entregarle la República, como, exagerando, decía Sarmiento, había hecho lo mejor en lo posible, para no decir lo único posible como elemento argentino eficiente, cooperador del Brasil y de la Defensa para los fines que se perseguían.

Mientras Urquiza, rodeado de algunos hombres de valer, no todos provincianos, según la terminología porteña, pues entre ellos había algunos de Buenos-Aires, pero, en realidad, provincianos en su mayoría, — mientras Urquiza, repito, organizaba la República, los porteños genuinos sostenían con las armas en la mano su segregación y autonomía, resistiendo la incorporación, intento en que fracasáron, entrando nuevamente el vencedor de Caseros en la ciudad histórica, después de Cepeda; y esta vez Urquiza no se

alojó en Palermo, sino que lo hizo en la Plaza de Mayo, puede decirse al pié de la Pirámide, y se le agasajó en el Club del Progreso, la mas típica de las instituciones del porteñismo intransigente, obligado esa vez á transigir.

Más tarde, con Pavón, el porteñismo logró sobreponerse, pero poco á poco fué perdiendo terreno hasta que, al través de veinte años, la ley fatal del predominio de los más, que eran los provincianos, — los que, por otra parte, no se mostráron ni más lerdos ni menos sagaces que los de Buenos Aires, — debía cumplirse, nivelándose las influencias de todos los centros de la República, llegándose así á la unión y á la identificación, benéfico resultado al que mucho contribuyéron, con la unidad monetaria y, además de la capitalización, las rápidas comunicaciones, gracias al riel y al hilo trasmisor.

No pretendo extender tan lejos la influencia de la Alianza y de Caseros, que fué su corolario, vale decir, la influencia de la « gran política »; he querido tan solo levantar el cargo de la connivencia de Urquiza, buscada y alcanzada por los hombres de la Defensa, pues, justicia le sea hecha, hizo lo mejor dentro de lo posible, dadas las cir-

cunstancias en que actuaba y los medios de que disponía, para constituir á su país y, consiguientemente. para abrirle los horizontes de su engrandecimiento futuro.

Los tratados del 51, que consagráron una política de paz definitiva entre la República Oriental del Uruguay y el Brasil, además de la cooperación de ambas naciones á la rehabilitación y reconstitución argentina, debían tener su complemento en un acuerdo especial que reglára sus vínculos económicos, llegando mi padre á firmar, por fín, el tratado de Septiembre del 57, cuya laboriosa gestación consta de un tomo de documentos, en los que se consignáron las ideas y principios en que se habían inspirado sus negociadores, revelándose, á cada paso. en el curso de la negociación el convencimiento. de parte de los mismos, de que, al armonizar los intereses de la producción de sus dos paises, consolidában, identificándolos hasta cierto modo para sus posibles proyecciones, la política que los llevára, unidos, á hacer, desinteresadamente, obra de libertad y concordia en toda la región del Sur.

Ese tratado, empero, no subsistió, denunciado como fué, años después, á instancias de la Provincia de Rio Grande, impulsada esta por los intereses

de su industria saladeril: pero, noobstante, quedó hecho un estudio profundo, teórico y práctico, de la cuestión y orientada una política comercial que tendremos forzosamente que reanudar; y el día en que lo intenten seriamente ambos paises, consultarán siempre con provecho los antecedentes que acabo de señalar.

En esa época, poco después, llegaba á Río de Janeiro, en calidad de ministro de la Confederación Argentina el Señor Don Luis José de la Peña, en misión especial para negociar el tratado definitivo de paz, en substitución del preliminar de 1828 que había consagrado la separación é independencia de la antigua provincia oriental, llamada Cisplatina, tratado en el que nuestro país debía ser parte, contrariamente á lo que habia sucedido con el referido preliminar, de cuya firma habíamos sido excluidos, hecho contrario á las constancias de la historia, que nos reconocerá siempre como habiendo conquistado nuestra propia autonomía.

Se nos iban, pues, á reconocer nuestros títulos directos y personales á la independencia declarada, á parte el desistimiento tanto del Brasil como de la Argentina al derecho que una y otra

nación habían venido sosteniendo á la propiedad de la antigua provincia Oriental, de Montevideo ó Cisplatina, restableciéndose así la verdad histórica y dejando nosotros de aparecer libertados por nuestros vecinos, como si la sangre derramada en las campañas de Artigas y de Rivera no se hubiera derramado, como si no se hubiera producido el heróico desembarco de la Agraciada, ni fueran victorias nuestras el Rincón y Sarandí, como, en fín, sino fuera un hecho que si se triunfó en Ituzaingó fué debido, en parte, al denuedo y á le pericia oriental.

Recuerdo muy bien á aquel Señor Peña, al padre Peña, pues había sido sacerdote y vestía una casaca de plenipotenciario, muy cargada de oropeles. Gastaba lujo; vivía en una casa ricamente alhajada del barrio de San Cristóbal y se hacía arrastrar en una carroza de corte, con cochero y lacayos galoneados, ostentando escarapelas patrias así como el escudo nacional, pintado con colores llamativos en ambas portezuelas.

Por fín se firmó el tratado, en Enero del 59, y el embajador tomó rumbo á Entre Ríos, á bordo de un buque de guerra brasilero en el que se acumuló una carga de plantas exóticas, orquídeas,

palmeras y begonias provenientes del Jardín Botánico. destinadas á San José, así como una colección de pájaros, araras y guacamayos que guarnecían la residencia del diplomático improvisado.

Y para terminar la narración de la celebre misión, con ribetes de opereta, que desempeñára en Río el sacerdote Peña, referiré que este, al llegar, de regreso, al Paraná fué el primero que impugnó el tratado que él mismo acababa de firmar y que había ratificado en un banquete de despedida, en el que, á la par de champagne, había hecho derroche de elocuencia encomiástica y laudatoria.

Una vez mi padre le reprochó, en el curso de su estadia en Río, el hecho de que, como ministro de relaciones exteriores, á los veinte días de Caseros se hubiera dirigido al gobierno de Montevideo, — Montevideo que al título de « reconquistadora » acababa de merecer el de « libertadora » de Buenos Aires — para anunciarle la resolución de ocupar la isla de Martin Garcia que, por derecho natural y sanción de la historia era innegablemente oriental.

— Pero entiendo, le contestó el Sr Peña, que

están pendientes, no obstante la ocupación, los títulos de soberanía sobre esa isla.

— Los nuestros son indiscutibles. No los discutia el Doctor Manuel José Garcia cuando, al firmar, por su país, el tratado por el cual le entregaba al Brasil el territorio de la Provincia de Montevideo ó Cisplatina, se comprometia á evacuar y entregar, como parte integrante de la misma, la isla de Martin Garcia.

— Por eso digo, es cosa litigiosa.

— No litigiosa, sino usurpada.

Y mi padre dió por terminado el incidente desde que, por otra parte, no tenía por delante persona con quien tratar, como corrientemente se dice.

Mi padre, especialmente por razones de familia, pues era ya tiempo que sus hijos varones iniciáran una carrera, había resuelto regresar al Río de la Plata, proyecto que se realizó á mediados del 62. Se desprendió, por consiguiente, de su casa quinta de Petrópolis, tan llena de los recuerdos de mi infancia. Ya tuve oportunidad de mencionar las condiciones en que la había adquirido; pero la antigua colonia alemana se había convertido en brillante ciudad veraniega, valorizándose las propiedades: así fué como mi padre llegó á enagenarla, á un Señor Avelar, por 48 contos, suma que, al cambio de entonces, equivalía á unos 16 mil pesos fuertes. Y ya que menciono ese hecho, cuadra recordar que mi padre nunca tuvo lo que se llama fortuna, habiendo adquirido, á su llegada á Buenos Aires un terreno en la calle de la Piedad con el referido producto de la quinta de Petrópolis y con parte del de una casita que poseía en Montevideo, en la calle del 25, al Sur. Fallecido entonces mi abuelo, la herencia

que le dejó, aunque escasa, le permitió, sin embargo, continuar la edificación de la finca que levantaba en aquel terreno; por fín, tuvo que contraer algunas obligaciones para dar cima á la obra, lo que fué causa de que, en 1877 ó 1878 se viera obligado á enagenar esa propiedad, por desgracia en momentos de gran desvalorización. Igual suerte corrió una quinta que poseía en las barrancas de Belgrano. Continuó viviendo, sin embargo, en calidad de inquilino, la misma casa de la calle Piedad, donde falleció el 17 de Septiembre de 1892, á la edad de 75 años, en su escritorio, rodeado de los suyos, entre sus libros y papeles, única herencia que les dejaba, instrumentos y testigos de su larga y, á veces, tan ingrata labor.

Facilitó su existencia, durante sus últimos años, la pensión nacional que le concedieron, expontáneamente, los poderes públicos de su país, conjuntamente con el Doctor Manuel Herrera y Obes, como miembros sobrevivientes del Gobierno de la Defensa. — y digo « expontáneamente » porque mi padre no había nunca solicitado pensión ó jubilación alguna, no obstante sus largos y especiales servicios, como lo hizo constar en la nota en que agradeció aquel acto de justicia, casi

póstumo, pues pocos años le quedaban por vivir.

A su muerte esa pensión pasó, aunque disminuida, á mi madre, lo que constituyó su único recurso, pues la testamentaría resultó negativa, habiendo consumido todo su haber las obligaciones pendientes y los gastos de justicia.

Y, á propósito de esta testamentaría, referiré un incidente sugestivo :

Un día, por la mañana, hace de esto cuatro ó cinco años, llamé á la puerta de la legación oriental, en Buenos Aires, situada en la Avenida República, al frente de la cual se hallaba entonces el digno ciudadano Señor Daniel Muñoz. No iba solo : me acompañaba un carro lleno de cajones.

—¡ Tan temprano !... disculpe que le haya hecho esperar ; estaba en el baño...

— Soy yo quien le pide perdón por molestarle á estas horas...

— No me molesta, por el contrario... siéntese, Señor Lamas. ¿ Qué le trae ?

— Vengo á reclamar asilo...

—¡ Asilo ! ¿ Qué sucede ? ¡ Asilo para V. !

— No para mí, para unos cajones, que están ahí en la puerta...

—¿Para unos cajones? ¡pero esto es un enigma!

— No le daré el trabajo de descifrarlo : se trata de los archivos diplomáticos correspondientes á las misiones desempeñadas por mi padre, que el juez de su testamentaría me ha ordenado entregar, como depositario de sus bienes, al rematador, para ser vendidos en subasta pública...

— Usted se ha opuesto á ello...

— Sí, naturalmente, y haciéndole ver al Juez la enormidad de la medida, citándole las disposiciones pertinentes del código de las naciones, la jurisprudencia, los casos, relativamente recientes del conde Arning, en Alemania, de Crispi, en Italia...

—¿Y?

— Y, no obstante, el juez ha insistido, reiterándome la órden de la entrega, bajo los severos apercibimientos de la ley y disponiendo que, en caso de desobediencia se emplée la fuerza pública.

— Se le ocurrió entonces lo del asilo, me dijo el Señor Muñoz, ya en autos, como era el caso de decir; y poniéndose de pie, — vamos á ver esos cajones...

Salimos á la puerta de la legación, vió los cajones, que permanecían en el carro y dispuso que se descargáran...

Por la tarde comuniqué, en un escrito, al juez mi desobediencia y el temperamento que había adoptado, recordándole, de nuevo, para justificarlo, que antes de ser depositario judicial, tratándose de documentos diplomáticos lo era de mi propio país, en mi doble carácter de secretario de la última legación que desempeñára mi padre y de hijo mayor del causante.

Esa misma tarde, tambien, nuestro representante puso el hecho del asilo de los cajones en conocimiento del canciller argentino.

Poco tiempo después, el gobierno oriental comisionó para recibirse del mencionado archivo y traerlo á Montevideo al Doctor Luis Melian Lafinur, que se trasladó, al efecto, á Buenos Aires.

Pero, además de los documentos oficiales, que es de lo que se trataba en el mencionado incidente, existía y se encuentra en mi poder y en el de mi hermano Domingo la voluminosa correspondencia privada y confidencial de mi padre, que abarca un período de más de medio siglo de su vida

publica, deslizada al través de los sucesos más palpitantes de nuestra existencia nacional. Nuestro propósito es seleccionar esa correspondencia y publicar, íntegro ó extractado, lo que contenga de mayor interés para la historia de la región americana en que mi padre actuó, no siendo aventurado aseverar que, por sus revelaciones y esclarecimiëntos, esa documentación completará y, en parte, modificará la faz de sucesos importantes respecto á los cuales fluctúa aún el concepto de los cronistas, que han tratado hasta hoy de penetrar mas de una incognita. Tarea prolija y delicada, esperamos, mi hermano y yo, que nos sea dado llevarla á cabo, aunque, mientras los años nos atropellan, otras atenciones nos distraen de ese intento que patrióticamente consideramos necesario.

Es facil suponer la emoción que nos embargaba á todos, á mi padres y á nosotros sus hijos, cuando, en una mañana plácida y serena divisamos, desde la toldilla del buque que nos conducía, la silueta del Cerro, elegante y armoniosa, destacándose sobre un cielo azul, el azul de la bandera que tanto conocíamos, á cuya sombra habíamos crecido, envueltos entre sus pliegues, por así decir.

Esa emoción, en nosotros, los chicos, era bien natural; habíamos respirado siempre el culto de la patria ausente, lejana, y esa patria la teníamos enfrente, la tocábamos, puede decirse, por primera vez; y respecto á mis padres, al ver de nuevo á aquella Montevideo, palpitante de recuerdos íntimos, poblada de episodios políticos, trágicos y heroicos, donde tanta sangre y tantas lágrimas habían corrido, pero donde tambien, como matices y transiciones inherentes á toda existencia humana, tantas sonrisas habían compensado las angustias de la víspera, la Montevideo que 14 años antes habían abandonado para buscar, á lo

lejos, la posible salvación, estaba, por fín, nuevamente á la vista, sino ya próspera y feliz, por lo menos libre, desatadas las ligaduras que la impedían respirar.

Bien dispuesto el espíritu, lo que contribuye evidentemente á juzgar con optimismo las cosas que vemos, á la vez que á apreciar benévolamente los actos que consideramos, Montevideo produjo en mi espíritu un efecto que, con el pasar del tiempo, después de haber corrido tanto mundo, lejos de haberse modificado se ha acentuado favorablemente. Se trata, en efecto, de una ciudad que, tanto por su topografía como por su trazado general, susceptible de fáciles y parciales modificaciones, por su territorio adyacente, gozando de un clima ideal, ya hermosa y agradable hoy promete convertirse en uno de los centros más atrayentes del universo. Mi opinión no era, como no podia ser tan completa ni tan conciente entonces, pero la impresión que sentí al recorrer con mi padre la ciudad en que yo había nacido, en la que él, siendo tambien su cuna, habia vivido una vida tan intensa y agitada, asediado por tantos peligros, preocupado por tantas responsabilidades, compartidos sus días por espe-

ranzas y desfallecimientos sin cuento, mi impresión fué que aquello, que Montevideo, — curiosa sensación de mi espíritu, nutrido desde tan temprano por un culto extremo de una patria lejana. — era más que una ciudad, un santuario.

Mi padre me mostró donde se extendían las trincheras que se improvisáran el 43, en aquellos días aciagos en que, vencidos definitivamente en campaña, todo se reducía á defender á Montevideo, último baluarte, última esperanza. esfuerzo desesperado y postrimero. El enemigo se aproximaba, su vanguardia estaba á la vista, era urgente, indispensable organizar la Defensa; faltaba todo, todo menos corazones que palpitásen, que voluntades que, resueltas, se manifestásen, que ciudadanos, unos pocos, que, concientes de lo que peligraba, de lo que sucumbia se ofrecían en holocausto á su defensa, desesperada, necesaria!

A mi padre le había tocado uno de los puestos más delicados, de mayor dedicación, peligro y resistencia : el de la jefatura política y de policia, cuyas funciones le atribuían el mantenimiento del órden, la vigilancia y defensa interior de una ciudad sitiada, dentro de la cual residían

tantos enemigos, dispuestos, decididos, como se comprobó tantas veces, á herir por la espalda mientras se combatía frente á frente al engreido invasor.

Faltaban vigas, tablas, estacas, hierro, ladrillos, cal, palas, azadas, picos, herramientas para improvisar trincheras, para levantar murallas, para impedir que avanzáran más los enemigos, para evitar que, llegando al Fuerte, suprimiéran el último símbolo de libertad que subsistía en las inmensas comarcas bañadas por el Uruguay, el Paraná y el Plata sometidas á la triunfante tiranía.

Mi padre me refería, al recorrer aquellos sitios, testigos de tantos actos de heroismo, donde corriera tanta sangre generosa, las dificultades para procurarse, en los primeros dias, sobre todo, aquellos elementos indispensables, careciendo el gobierno como carecía de dinero para adquirirlos. Las barracas donde existían pertenecian á extranjeros que habían solicitado ya la protección de sus respectivos representantes diplomáticos ó consulares; y si pertenecían á ciudadanos del país, estos se habían anticipado á simular ventas á favor de extranjeros. Era indispensable evitar, en momentos tan críticos, complicaciones exte-

riores. ¿Qué hacer? Se sabia que tales y tales barracas pertenecían, como he dicho, en realidad, á hijos del país, que habían recurrido al indicado subterfugio de ponerlas á nombre de extranjeros, para evitar un atropello, como decían, por parte de la autoridad. Bien averiguado el hecho de la simulación, mi padre se presentó, acompañado de numerosos carros, á las puertas de dichas barracas.

— ¿Qué desea, Señor?

— Vengo á comprarle los artículos que constan en esta lista, y como los necesito con urgencia traigo los carros para que empieze á cargarlos.

— Pero, ¿y el pago?

— Se hará antes que los carros salgan de la barraca.

Y como el pretendido dueño de la misma no se movía, justamente desconfiado respecto al pago, desde que le constaba que no había dinero para semejantes compras en las cajas públicas, mi padre le repetía, adivinando su pensamiento :

— Ya le he dicho que los carros no se moverán antes que V. reciba el importe de los artículos que V. va á cargar inmediatamente.

El barraquero obedecía; y una vez terminada la operación:

— Venga V. conmigo, le decía mi padre, después de hecha y verificada la cuenta.

Y se iban ¿á donde? A casa del verdadero dueño de la barraca, á quien mi padre abordaba de este modo:

— Usted le va á pagar, en el acto, al Señor, el importe de esta cuenta.

— Pero, le contestaba el ciudadano, encrespado y resistente, ¿porqué y á que título me pide V. que pague yo esa cuenta?

— A título de descontador de unas letras que el gobierno le va á entregar por su importe, y por las cuales le voy á dar un resguardo provisorio.

— Pero, Señor...

— No me interrumpa V. Me consta que la barraca es suya y que V. ha cometido un simple acto de simulación, que me obliga á recurrir á esta forma de transacción para evitar complicaciones extranjeras, forma expeditiva y eficaz, pues no tenemos tiempo que perder para habilitar los trabajos de la Defensa...

— Se trata de una violencia, de una expoliación.

— No; tan solo de una expropiación á que nos obliga un caso de fuerza mayor, una apremiante razón de Estado...

Y así fué como no faltó nada para levantar las primeras trincheras, para oponer al invasor, sediento aún de sangre, como si no se hubiera vertido ya bastante, una valla á su marcha, obligándole á detenerse en las puertas mismas de la ciudad que conservaría en la historia el título glorioso de la Troya moderna. Y con haberlo detenido allí es que fué posible lo demás : la Defensa, la alianza, la caida del tirano, la reconquista, para nuestros paises, de la indispensable libertad.

Mi padre me mostraba un punto de la ciudad, entre las plazas de Cangacha y Artola, y me decía :

— Allí estaba la batería de Mitre.

É indicándome una pequeña elevación de terreno, en otro extremo de lo que fuera la línea, donde aún se divisaba una especie de torreón en ruinas :

— Allí Antonio, tu tío, mandaba la suya (Antonio Somellera, hermano de mi madre).

Mi padre caminaba silencioso, examinando las casas, como buscando algo en medio de los

nuevos edificios que se alzaban, á la sazón, en lo que él llamaba la zona de las trincheras, cuyos vestigios iban desapareciendo. En un momento se detuvo :

— Aquí estaba el telégrafo de banderas, me dijo, donde se alojaba el 4º de línea, de Cesar Diaz, donde tantas veces venía á tomar mate, mientras silvaban las balas, con ese digno y malogrado jefe, con Paz, con Pacheco...

¡ Qué recuerdos, qué reminicencias, qué reconstruccion, ante su propio espíritu, de aquellos días que revivía mi padre, en aquel instante, al través de tantos años dedicados, en otra esfera, después de los del sitio y de las luchas y campañas que le precedieron, bajo otro cielo á la misma causa cuya defensa se iniciára, bajo tan aciagos suspicios y tan inciertas perspectivas, en aquel suelo que pisábamos !

Al desembarcar en Montevideo habiamos ido á parar á casa de mi tío Don Francisco Ordeñana, que vivía en la calle Sarandí, que era precisamente la misma donde yo había nacido. Con motivo de haber residido allí mis padres, durante el sitio, nos contaba un antiguo oficial de policia, que había servido bajo las órdenes de mi padre y que había venido á saludarle, entre tantos buenos servidores de aquella época que, una tarde, una compañía de morenos que venían borrachos, de la línea, para su cuartel, la habían emprendido á balazos con la residencia del Jefe de policia, en momentos en que el oficial que nos refería el suceso había venido á traer un parte. A los tiros; mí padre baja á la calle, acompañado por ese empleado y por un sargento que se hallaba de facción en la azotea. Apenas habían salido á la vereda, suena una nueva descarga : cae herido aquel sargento, lo que no intimida á mi padre que avanza hacia los facciosos, á quienes habla, imponiéndose por su actitud, logrando, por fín, someterlos y llevarlos él mismo hasta el cuartel.

— Todos los días había un incidente de esta

naturaleza, nos contaba á mi y á mis hermanos aquel oficial, y entre otros episodios nos refería el de una noche tétrica, de invierno, oscurísima en que, hallándose mi padre en la policia, le traen la noticia, en momentos en que conversaba con Garibaldi, que unos botes sospechosos se habían acercado y, al parecer, estaban desembarcando gente en las Bóvedas.

— Eran aquellos días de gran inquietud y zozobra, continuaba el oficial, y lo digo porque más tarde, organizada ya la Defensa, se tenía más confianza, siendo entonces dificil una sorpresa como la que esa noche se temió. Don Andrés no se inmuta, me llama á mí para que le acompañe con una docena de hombres y ordena que prevenga à Pacheco. Entretanto Garibaldi, que resuelve acompañarnos, manda decir á Anzani que se dirija á las Bóvedas con algunos hombres de la legión. Fué aquella una noche de tiros, de una y otra parte, en las tinieblas, en aquella costa de la bahía, abierta é insegura, donde se organizó más tarde una vigilancia eficaz, no habiéndose podido averiguar, esa vez, si se había tratado de contrabandistas ó de enemigos que tratában de introducirse en la ciudad.

A propósito de Garibaldi: cuando, en 1874, inaugurámos el cable transatlántico, mi padre le dirigió un telegrama á Caprera. Se lo contestó y, enseguida, el héroe de Marsala y de Aspromonte, que lo había sido antes de San Antonio y de Montevideo, le dirigía una sentida carta en la que se veía que recordaba con emoción y cariño aquellas etapas de su inmensa gloria.

Como era natural que sucediera, el tema principal de las conversaciones entre los amigos y compañeros de peripecias, que acudian á darle á mi padre la bienvenida á la patria, después de catorce años de ausencia, lo constituia el sitio grande, donde tan principalmente actuára, al lado de preclaros ciudadanos. No faltáron quienes recordáran aquella madrugada de un 25 de Mayo, en que la población se despertó al ruido del clavetear de las tablillas indicadoras de los nuevos nombres de las calles de la ciudad sitiada, al propio tiempo que se distribuia un pequeño folleto en que se justificaba la nueva nomenclatura adoptada, conmemorativa de los hechos más gloriosos de la historia de aquel pueblo cuya libertad peligraba. Y, á propósito, diré, que el haber bautizado, por así decir, á su ciudad natal fué uno de los

actos de su vida pública que recordaba con mayor placer, solo comparable, á ese respecto, con la satisfacción que experimentó al elaborar, en sus últimos años, la Memoria en que proyectaba el nuevo escudo edilicio, después adoptado, de la « muy leal y reconquistadora ciudad de Montevideo ».

Se trajeron igualmente á colación, en aquellas pláticas sobre el sitio, los días consagrados, no obstante el casi incesante batallar de las trincheras, á cultivar las prendas del espíritu y á rendir homenaje á los ideales del progreso en sus multiples y variadas manifestaciones, actitud intencionada de los que, dentro de aquellos muros gloriosos aspirában á que el mundo no los confundiera con los que, bajo la tirania de Rozas, hacian gala de su menosprecio por la civilización. Se recordó, con ese motivo, la creación, por mi padre, del Instituto Histórico y Geográfico, la solemnidad de su instalación, los discursos que se pronunciaron, impregnados de un culto santo por la ciencia y por la libertad.

La acuñación de las primeras monedas de plata de la República, en aquellos aciagos momentos, dió motivo para que mi padre explicára como, en

pleno sitio, en medio de la más extremada penuria del erario se recurrió á aquella medida, que fué como un expediente para acercar recursos al Gobierno, apelando á la munificencia de las familias que, con espíritu espartano, se desprendían de sus vajillas para convertirlas en « pesos » con que se atendiera á las más apremiantes necesidades de la defensa común.

Paseando con mi padre por las calles de Montevideo, de aquel Montevideo tan reducido del sitio, nos detuvimos delante de la casa que había vivido Florencio Varela, cuya digna compañera habiamos conocido en Río.

— Aquí cayó exánime el pobre Florencio, me dijo, mirando la vereda; alzaba la mano para llamar á su puerta... el asesino estaba enfrente, del otro lado de la calle... la cruzó como una pantera, hirió...

Y mi padre, hondamente conmovido, pagó con una lágrima un nuevo tributo, en aquel sitio, que era como una tumba, donde había corrido su sangre, á la memoria de aquella alma grande, apóstol de la causa santa.

Esa misma noche pasamos por la casa que habitára Don Joaquín Suarez. Otra pausa... ¡Tantas

veces había golpeado á aquella puerta!, ¡y en qué momentos!, ¡en qué circunstancias!

Y volviendo á andar, mi padre me contó que un día en que, en medio de la penuria extrema del Tesoro público, Don Joaquin había vendido una finca para atender á pagos urgentes del gobierno, vino á decirle, como ministro de Hacienda, que le iba á documentar ese préstamo, así como los anteriores. El presidente le interrumpe diciéndole :

— Déjese de documentación; ¿desde cuando acá los hijos se documentan por lo que dan á l madre?

Eso era el sitio, ese su espíritu, su moral, su pureza, eso aquel exímio ciudadano que vivirá, que crecerá al través de la historia, cuyo ejemplo la patria invocará en los momentos de prueba.

Nuestra estadia en Montevideo debía ser corta; estábamos de paso para Buenos Aires. ¿Porqué Buenos Aires? Se lo preguntában á mi padre y él sonreía. ¿Porqué, en efecto? Es indudable que esa resolución respondia al deseo de substraerse él y de substraer á sus hijos á las corrientes, á las pasiones de los partidos militantes, á esa pequeña política que ha gastado y gasta, en pura pérdida,

por lo general, para la patria tantas y tan valiosas energías. Además, él aspiraba á cultivar las letras, tranquilo, en su rincon, rodeado de sus libros y papeles, lo que no impedia que, — aunque le había consagrado á la patria, hasta entonces, lo mejor de su vida, — volviera á prestar sus servicios cuando fuera oportuno, lo que sucedió varias veces en lo sucesivo.

Tuvo la satisfacción, mi padre, á su paso, entonces, por su tierra, que le vieran, que le agasajáran miembros, entidades de todos los partidos, lo que le confortaba en extremo, desde que ese hecho significaba para él la consagración de su actitud prescindente de las disenciones intestinas, para servir mejor, desde lejos, los intereses generales y permanentes de su país.

Al embarcarnos para Buenos Aires, rodeado de tantos amigos, de tantos conciudadanos tuvo mi padre oportunidad de recordar que el muelle que pisábamos era el mismo en el que él, ostensiblemente, comprometiendo su posición, había dado el último abrazo á Lavalle, que iba á emprender la cruzada en la que dejó la vida, coronando una carrera que ni la sangre de Dorrego, que fué un error y no un crimen, logró empañar. Y no faltá-

ron, entre los circunstantes, testigos de ese hecho histórico que trajeron á la memoria detalles de ese episodio que mi padre evocaba, con natural emoción, para pagar un nuevo y sentido tributo á aquel mártir de la libertad.

Antes de embarcarnos mi madre quiso que entráramos á la Matriz, para que viéramos la pila en que nosotros, sus hijos, menos los dos últimos, Domingo y Luisa, habían recibido el óleo bautismal. En la misma pila se había bautizado mi padre; en ese templo había oficiado mi tío el padre, como le llamábamos, hermano de mi padre, primer Obispo de Montevideo, que no logró que le consagráran como tal arrebatado por la fiebre amarilla del 57, contraida en medio de los atacados que ayudaba á bien morir, hechos, todos, que impresionában nuestro espíritu y que nos hacían comprender cuan fuertes é indisolubles son los lazos de la sangre y de la tradición, cuan sagrados los deberes que contraemos con los nuestros como con la tierra que nos vió nacer.

Otras emociones nos aguardában en Buenos Aires. Ansiábamos, mis hermanos y yo por conocer la histórica ciudad, más que por haber sido la cuna de la emancipación continental, más que por los vestigios que en ella encontraríamos de las invasiones británicas, más que por lòs episodios que se desarrolláron en su seno desde la primera Junta hasta los gobiernos de Rivadavia, de Dorrego, de Lavalle y de Viamont, por haber imperado en ella durante más de veinte años la tiranía que cayera en Caseros, hecho de cuyos festejos patrióticos y familiares participamos nosotros, cuando niños, en aquella terraza que ya tuve oportunidad de describir, de la legación oriental en Río, desde donde, colocada en lo alto de una colina, como se hallaba, se divisaba la maravillosa bahía, sembrada de islas, rodeada de montañas que arrancában del Pan de Azúcar, que alzaba su mole granítica al borde mismo del mar.

Al desembarcar, en una lancha, mi padre recordaba con mi tío Antonio Somellera, que desempeñaba entonces la jefatura del Puerto y había

venido á vernos á bordo, su entrevista con el almirante Mackau, en aquella misma rada, cuando fuera á protestar contra las estipulaciones del tratado con Rozas y á exigir el cumplimiento de los acuerdos con el gobierno de Montevideo. Y, á propósito, nos refería que, al pasar en una ballenera francesa muy cerca de la punta del muelle, de donde la observaba un numeroso público, ostentando casi todos los hombres el chaleco federal, no pudo contenerse y, levantándose, les había enrostrado, á gritos, su abyección y esclavitud, lo que le valiera algunas observaciones por parte del oficial de aquella embarcación.

De la lancha al carro, del carro al muelle, á la antigua usanza; y, de allí, con parientes y amigos á la habitación que mi padre se había hecho preparar, situada en la calle de las Artes, á media cuadra de la iglesia de San Nicolás.

Horas después, hallándonos en el balcón, que corría por todo el frente de la calle, viendo pasar gentes y vehículos, pues todo nos llamaba la atención, vemos venir, montado en un caballo saino, un señor de barba larga y obscura, que debía ser una autoridad, pues á poca distancia le seguía un ordenanza, igualmente á caballo. A nuestra ob-

servación, en alta voz, mi padre se asoma :

— Es Mitre, dice, mientras el general, entonces presidente de la República, lo vé, se saca el chambergo y lo saluda afectuosamente con la mano.

Y mientras se apea, mi padre baja la escalera, al pie de la cual aquellos dos hombres, ligados por una comunidad tan absoluta de ideales y propósitos se confundieron en un estrecho y prolongado abrazo.

¡ Hacia fecha que no se veían! Y mientras tanto ¡ cuántos y cuan importantes sucesos habían cambiado la faz de aquellos paises !

Ya tuve oportunidad de recordar que Mitre, durante el sitio, antes que uno tomára el camino de Chile y otro el del Brasil, visitaba á mi padre casi diariamente. Era, pues, un íntimo de mi familia.

— Sabia por Somellera que V. desembarcaría hoy y que se alojaría en esta casa, decía el general, subiendo con mi padre la escalera. ¿ Y Telesforita ?

Mi madre lo recibió con el mismo afecto y confianza con que lo hacía en Montevideo, rodeado de sus hijos, que tanto lo conocían ya, los mayores por recordarlo, nosotros por haberlo

oido mentar frecuentemente en nuestro hogar.

No era en un día que mi padre y Mitre podían decirse todo lo que tenían que decirse; y así es como aquella visita fué seguida de muchas otras, durante treinta años, esto es, hasta la muerte de mi padre, siendo raro el mes en que no se veían, sucediendo que durante largos períodos lo hacían todas las semanas; y no era, por lo general, la política el tema favorito de sus conversaciones, sino los estudios históricos y las elucubraciones literarias. Y cuando no se veían, se escribían. Me aventuro á afirmar que pasan de un ciento las cartas del General Mitre dignas de la publicidad, algunas muy extensas, que se encuentran en el archivo privado que mi hermano y yo poseemos y nos proponemos extractar. Mi padre había acumulado, por ejemplo, mucho material sobre Belgrano, pero sabiendo que el General Mitre se proponía publicar la vida de ese general, le pasó los documentos que sobre el mismo poseía; más tarde Mitre hizo otro tanto respecto á Rivadavia, cuya historia mi padre escribía, algunos capítulos de la cual publicó, dejando otros inéditos, que aún aguardan ver la luz, así como otros trabajos sobre temas diversos que es nuestro intento exhumar.

Tuvo la satisfacción, mi padre, de encohtrarse con el suyo en Buenos Aires, Don Luis Lamas, convencional y diputado por Montevideo en los albores de nuestra nacionalidad, que ya conocíamos por haber pasado, en Río, una temporada, en casa, en viaje de Europa al Río de la Plata. Otro tanto no le sucedió á mi madre, pues Don Pedro Somellera, mi abuelo y padrino, había fallecido en 1856; pero tuvo la dicha, después de tan larga separación, de encontrarse con sus dos hermanos, Andrés y Antonio y con dos de sus hermanas y sus respectivas familias. Mi madre era porteña de nacimiento, pero además de corresponderla la nacionalidad de su marido, había recibido el fuego del bautismo en la ciudad sitiada, tomando parte activa, durante los días de mayor angustia, en los trabajos de los centros donde la mujer se dedicaba á confortar á los que caían ó á socorrer á sus huérfanos y viudas. Ella conservaba sus diplomas y medallas de caridad, ufana de haber hecho todo el bien que dependiera de ella en medio de tanta tribulación.

Pronto nos hicimos á la existencia de Buenos Aires, de la que ibamos á participar durante largos años, iniciándose para mí el curioso cosmopo-

litismo, bajo cierto aspecto, de mi vida, que se ha deslizado entre ni país, el Brasil, la Argentina y la Europa, circunstancia que ha contribuido, sin duda, á habilitarme, — válgame la pretensión, — á considerar desapasionadamente, con cierta ó relativa ecuanimidad y altura (esto último en el sentido de quien vé desde lo alto, lejos de la atmósfera que sugestiona y contamina) los hombres y los acontecimientos de la América atlántica meridional.

Pronto iban á iniciarse graves sucesos, que harían correr nueva y abundante sangre en todas aquellas comarcas, tiñendo con su púrpura campos y riveras, y hasta el cauce precipitado de los ríos, del Plata al Paraguay. El cañon iba á tronar, la fusilería y el acero sembrarían de cadáveres regiones enteras libradas á la depredación de la guerra; y, como en aquellos tiempos épicos que cantára Ovidio, la tierra temblaría al choque de pueblos librados al empeño de su mútua exterminación.

¡Civilización!, vana palabra mientras el hombre siga recurriendo á la lucha para cimentar derechos, para dirimir querellas, para solucionar disidencias.

Las coronas que se tejen con laureles salpicados de sangre, ¡tristes coronas!

El triunfo que se alcanza por la supremacía de la fuerza, ¡poco envidiable triunfo!

Sin embargo, así seguirá recorriendo la humanidad el sendero de su historia, mientras no llegue al zénit la idea, que asoma apenas, como en una aurora, de la justicia internacional.

El general Flores despliega de nuevo el pendón fratricida. Salen á relucir, una vez más, las antiguas divisas que en balde pretenden, unas y otras, monopolizar el patriotismo. Surgen complicaciones, se revelan compromisiones y, del fondo de las selvas paraguayas, se oye una voz que se asemeja al rugido del león que se decide á abandonar su guarida.

El Brasil y la Argentina sabían que había, allá en el Paraguay, una fiera que se aprestaba á imponer su ley arremetiendo, en un momento propicio, á los pueblos ribereños del mar, que tejían y destejían sin contar con ella.

Francisco Solano Lopez lo había visitado en Río, á mi padre, al regresar de Europa. Yo conservaba de él la impresión de un joven apuesto, algo grueso, de finos y distinguidos modales. Mi padre refería, después, su conversación con el futuro dictador que cayera en el Amambay. Iba imbuido de los destinos grandes de su patria; y al congratularse por la caida de Rozas, en cuya obra le daba á mi padre mayor participación aún que la que le correspondía, agregaba :

— Rozas no admitía que el Paraguay fuese independiente. Pretendia que, por lo menos, fuera

una nación dependiente de las Provincias Unidas, especialmente para el transito fluvial, esto es para su comunicación y comercio con los otros pueblos. Quería imponernos esa servidumbre, no pudiendo nosotros pasar sino mediante licencia, lo que importaba reducir al Paraguay á la condición de vasallo. De ahí las intervenciones franco-inglesas. Pero, aún después de haber capitulado, de haber franqueado á todos la navegación de los ríos, Rozas continuó nutriendo la idea de la reconstrucción del Virreinato.

Mi padre lo oía sin interrumpirlo y sonreía de vez en cuando; y llegando á aquel punto:

— No se ría, Señor Lamas, el pensamiento de la reconstrucción está en el alma argentina; y, por consiguiente, no es el Paraguay solo el que debe mantenerse en guardía; su país, la República Oriental, debiera entenderse con el mio, poniéndose de acuerdo para ciertas eventualidades.

Mi padre sabía que aquel hombre era el Paraguay, su pensamiento, su poder; sabía que su viaje á Europa había respondido á la resolución de armarse; que pronto sería aquel país mediterráneo una fuerza material, con la que habría que contar en porvenir no lejano; y sabiéndolo, mi

padre trató de aprovechar aquella oportunidad tan propicia para conocer, en su mayor intensidad posible, el pensamiento paraguayo.

Evolucionó, por consiguiente, en el sentido de colocar aquella entrevista en un pie más íntimo y amistoso, propicio á las revelaciones que deseaba provocar, al propio tiempo que, por medio de una interrupción, evitaba manifestar opiniones sobre las delicadas materias que venía rozando el futuro dictador, táctica que admiré siempre en mi padre, que le daba generalmente por resultado provocar confidencias de parte de los hombres públicos con quienes conversaba, antes de largar prenda, si es que llegaba á largarla; no se aventuraba facilmente en un terreno desconocido, lo exploraba de antemano, y esto sin que su interlocutor se apercibiera de que, en fin de cuentas, daba sin recibir; tal era la frondosidad, por así decir, con que sus frases encubrían su propósito ó intención.

Antes de ir más adelante, conviene que explique como es que me aventuro á resucitar conversaciones de tanta importancia, de tanta innegable significación histórica. La memoria de mi padre le era muy fiel, y yo le oí contar, muchas veces,

sin discrepancias, en el correr de los años, lo que me empeño hoy en reproducir.

— Usted toma siempre mate, le dice mi padre, interrumpiéndole á Lopez en un momento delicado.

— ¡Cómo no! Señor Lamas, se apresura á contestarle aquel inveterado paraguayo, olvidando, por un momento, todo lo demás. Y con tanta más razón le acepto el ofrecimiento, agrega, que se me acabó la yerba que traía. El cónsul me dice que aquí no encontraré buena.

— En efecto, pero, felizmente, yo tengo ahora alguna de su país, como V. verá.

Mi padre hizo sevar y la conversación prosiguió en un tono de mayor y más franca confidencia. Y, reanudado el diálogo, mi padre le comunicó el sesgo que le convenía :

— Desgraciadamente, Señor Lopez, los pueblos valen y pesan según el grado de su fuerza, de su resistencia y de su organización.

— Según su poder ofensivo y defensivo, á estilo de Saint Cyr; nada más exacto, le replicó el paraguayo; así lo ha pensado mi padre y lo pienso yo.

— De manera que...

— De manera que si el Paraguay hubiera estado

prevenido, como pronto lo estará, Rozas no lo hubiera considerado, como lo consideró, como una entidad despreciable...

Y como se le agolpában en el cerebro, visiblemente, las ideas, otras ideas que buscában salida, ansiosas por manifestarse...

— Si alguna otra vez se repiten agresiones como la de Rozas, agregó, vengan de donde vengan, — subrayando estas últimas palabras, — piensen los orientales que existe un pueblo, metido entre las selvas del continente, que los sabrá hacer respetar. El Paraguay va á poder, créalo, Señor Lamas, lo que no ha podido; y si ese pueblo va á conciliar, como en los de la antigüedad, el manejo de los instrumentos de labranza con los de la milicia, habrá sido obra de Rozas que, al pretender tributarnos, despertó en nosotros un instinto que ni sospechábamos: el de la resistencia, el de la fuerza que repele la fuerza...

— Trae V. grandes ideas políticas, proyectos, le dice mi padre.

— Mire V., Señor Lamas, nadie sabe el destino que le espera y, en cuanto á mi país, si algun pensamiento lo agita es el de pesar en la política del Río de la Plata, en un sentido pacífico y sin

más propósito que el que se conserve el actual equilibrio, buscando en ello la garantía de su propia conservación y autonomía, beneficio que peligrará el día en que el Brasil ó la Argentina, los eternos rivales, llegue uno ú otro á predominar, decididamente, sin control, en esta región de América.

Y, como conclusión, levantándose para despedirse :

— Créalo, Señor Lamas, entre el Paraguay y el Uruguay existe un interés común y, por eso, para eso, debieran entenderse : el de evitar que desaparezca, que se rompa aquel equilibrio, el de prevenir que impere uno ú otro de nuestros grandes vecinos.

Al día siguiente Lopez se embarcaba. Mi padre le mandó unos tarros de yerba paraguaya, con una tarjeta en la que escribió, « para el viaje ».

Meses después mi padre recibía, de la Asunción, seis tercios del mejor producto de los yerbales de aquel país, con los que el futuro dictador retribuía su atención.

Los sucesos se precipitában. Había corrido ya, como prólogo de la larga tragedia, mucha y buena sangre oriental. Nuevos fastos heróicos se habían inscripto en los anales de nuestra historia. Lopez había empezado á desenvolver sus planes, formulando intimaciones, sorprendiendo, agrediendo, invadiendo. Se respiraba por doquier una atmósfera de pólvora. La nueva triple alianza se bosquejaba, los pactos se concertaban. Flores acababa de llegar á Buenos Aires.

Mi padre, apartado de la política, se limitó á saludar al presidente de su país; este le visitó al siguiente día, y de su entrevista resultó que mi padre volviera al Brasil.

Yo no conocía á Flores y, á parte la impresión fisiológica, que corroboró en mí la idea preconcebida de nuestros caudillos tradicionales, — la tez curtida al sol de las sempiternas correrías al través de valles y cuchillas, vadeando arroyos, carneando á la luz de la luna, ensillando y desensillando sin cesar, perseguidores ó perseguidos, según el turno, — á parte ese aspecto externo del

sujeto, la lucidez y perspicacia de su espíritu, evolucionando, empero, tan solo dentro del radio de sus alcances propios y característicos, me llamáron profundamente la atención.

El general Flores no era un hombre ilustrado. por cierto, pero estaba lejos de ser un ciudadano vulgar. Y si la posición adoba, Flores confirmaba esa presunción. El roce con hombres de Estado, el traqueteo de los negocios públicos le habían dado cierto barniz, limando las asperezas de su ingénita naturaleza. Y lo que más aprecié en ese producto de nuestro embrionismo nacional, — desde que las formaciones políticas tienen, en sus procesos, ciertas analogías con las geológicas, — fué que el general Flores, aunque en el auge del poder, no pretendía imponerse á los hombres de mayor valer intelectual. No insistía ni ante demostraciones que contrariaban ideas ó tendencias que acababa de emitir ó manifestar. Por lo menos así lo constaté en aquel momento, al asistir á aquellas conferencias.

El general sabía que mi padre había desaprobado su última patriada. Se lo recordó á mi padre, agregando, en el acto, á renglón seguido, sin darle tiempo para que se explicase, si es que

hubiere tenido intención de hacerlo, que había respetado sus escrúpulos y que reconocía que su actitud había sido patriótica, considerada del punto de vista de los principios que había venido sosteniendo.

Era visible que Flores quería, ante todo, establecer que ese hecho no le incompatibilizaba á mi padre para prestar servicios bajo la nueva administración surgida del movimiento de Abril, ni que los distanciaba, á ellos, personalidades dirigentes de un mismo país.

El general le explicó á mi padre muchas cosas que él ya sabía, actitud que revelaba, de su parte, el deseo de ponerlo en autos de la situación á fin de que, así impuesto de la alta política que se perseguía, consintiese en cooperar á ella. objetivo principal de su visita, como concluyó por confesar.

Mi padre, obligado á explicarse. analizó los hechos producidos, criticó varios actos capitales que habían traido la situación presente, distribuyendo responsabilidades y combatiendo tendencias que aún podían empeorar la posición de nuestro país. Flores no impugnó las apreciaciones que oía, cortándolas, sin embargo, con esta frase que no carecía de filosofía :

— Bueno, Doctor; Usted tendrá mucha razón, pero ni V. ni yo podemos borrar el pasado. Consideremos las cosas como son, como están. Se trata de un nuevo tirano y de una nueva alianza, y V., que tanto combatió á Rozas, que tanto contribuyó á que cayera, no puede esquivar su participación en la campaña contra Lopez, por medio de un acuerdo entre los tres mismos pueblos, que no es más, en sus propósitos generales, que la renovación del que V. negoció y firmó, que dió á Caseros.

— Admito, general, le contestó mi padre, que exista cierta paridad de circunstancias en cuanto á que hay otro tirano y á que los tres paises se ven obligados, ante la situación creada, á aunar sus esfuerzos para derrocarlo, empezando por defender sus territorios agredidos; pero lo que yo desearía, como hijo de nuestra tierra, es que por los nuevos pactos se reservase alguna ventaja para nuestro país.

— ¿Cómo lo entiende V.?, le contestó Flores; fíjese en que ni el Brasil ni la República Argentina se reservan ventaja alguna especial; vamos á combatir á Lopez y á restablecer la navegación interrumpida.

— Pero V. olvida, general, que á parte esos fines generales de la alianza, tanto el Brasil como la Argentina tienen cuestiones de límites con el Paraguay.

— En el tratado no se mencionan esas cuestiones.

— No tienen esos paises necesidad de mencionarlas, pero el hecho es que el día del triunfo, á que vamos á contribuir, las solucionarán á su antojo.

— ¿Y qué remedio le vé V. á eso ?

— Por el momento se me ocurre que el Brasil pudiera reconocernos el derecho á que se aplique á nuestras aguas fronterizas el principio de la navegación común, con jurisdicción de cada parte á la mitad de los ríos y lagunas que nos dividen.

Este pensamiento dió lugar á una detenida explicación, concluyendo Flores por decir :

— Me parece la idea excelente y le pido que se encargue de una misión especial al Brasil con ese patriótico fin.

— Tendría que pensarlo, general.

— Piénselo, Doctor, y véame mañana.

Ese fué el origen de esa misión, en que yo

acompañé á mi padre en carácter de primer secretario.

El general Flores daba sus audiencias en la trastienda, como se decía, de Lezama, ó mejor dicho en el escritorio de Don Gregorio, hombre de vastos y complicados negocios, en los que las proveedurias entraban por buena parte.

En varias entrevistas se arregláron los detalles de esa nueva campaña diplomática, que mi padre emprendió como complemento, bajo cierto aspecto, de la gran política.

— En cuanto á las instrucciones, le había dicho el general, V. mismo las redactará.

Y así fué.

He cruzado muy repetidas veces el oceano, llegando á comprender, hasta cierto punto, la fruición con que, según Pierre Loti, lo recorren ciertos espíritus que huyen las realidades de la tierra para entregarse á los misterios del mar. No participo, sin embargo, de aquellas nostalgias, de que nos habla Humboldt, de parte de ciertos viajeros que, obligados á abandonar el puente del navío, tras largas travesías, se sentían invàdidos por un malestar singular. No voy tan lejos, ni creo en las sirenas que, en épocas fabulosas, dieron tanto que pensar, sirviendo de tema á fecundas elucubraciones artísticas y literarias; pero si no voy tan lejos en mis amores por el mar, confesaré que le debo horas de tranquilas y profundas meditaciones, horas en que, entregado á mi mismo, reducido el mundo á mi corazón y á mi cerebro, he comprendido que no hay soledad absoluta mientras nos accompaña la imaginación.

Le debo tambien al mar, á sus olas, á sus cóleras, á sus rugidos, sensaciones de esas que no se borran jamás de nuestro espíritu, tales fueron

sus violencias, tal la intensidad con que embravecido, iracundo. arremetía contra el bajel que me conducía, amenazando arrastrarlo, en pedazos, á sus incógnitas profundidades.

Pero no hay nada ni nadie tan voluble como el mar. Bastan breves instantes para cambiar las brisas suaves y cariñosas, que arrullan y embelesan en ráfagas coléricas, que silban furiosamente entre el cordaje, haciendo trizas el velámen, conmoviendo al bajel que gime. tembloroso, como tierno cordero entre las garras de un titán. El terso espejo de la superficie se troca en precipitada fuga de olas que se elevan, que se encabritan y se rompen, derramando su hirviente espuma, las unas sobre las otras, mientras, en lo alto, corren las nubes, presurosas, tétricas y obscuras y se oye, á lo lejos, el tronar continuo de la tempestad.

Y lo mismo que vino, como por un capricho, en un momento de ira ó de mal humor, se va la temible tormenta para que reine, de nuevo, la bonanza, substituido el huracán por las caricias de un céfiro reparador.

Nadie menos confiado, y con razón, que el marino, que si cree en la brújula, teme las incons-

tancias del barómetro, que repentinamente cambia de opinión.

Nos habiamos embarcado, en Montevideo, con rumbo á Río de Janeiro, á bordo del vapor francés « Saintonge ». El viaje era, en aquellos tiempos, accidentado y pintoresco entre la metrópoli argentina y la del Brasil ; del muelle al carro, de este al bote, de este al vaporcito de los ríos, de este vaporcito, frente al Cerro, en nuestra rada, á un vapor más formal, que no iba más allá de la bahía de San Sebastian ó de Guanabara, que esos nombres lleva la de Río, donde los pasageros para el viejo mundo se trasbordaban, por fín, á un trasatlántico verdadero, vía crucis que estaba en relación con el atraso y con la escasa importancia de nuestras poblaciones.

El « Saintonge » llevaba á su bordo tres legaciones ó embajadas : uruguaya, argentina y chilena, destinadas al Brasil, teniendo á su frente, respectivamente, á mi padre, al Doctor Juan E. Torrent y al Señor Blest Gana. El tiempo claro, el horizonte despejado, el mar sin una arruga, todo prometía uno de esos viajes que son como paseos al través del piélago infinito.

Siete ú ocho millas constituían, entonces, una

buena marcha. Así doblamos el cabo de Santa María y fuimos perdiendo de vista, al segundo día. poco á poco, los vestigios de nuestra costa marítima, al acompasado andar de las ruedas del bajel que, si bien no conducía á César y á su fortuna había asumido la responsabilidad de nuestras precarias existencias, tan precarias que es milagro, como se verá, que esté yo contando el cuento.

La brisa empezó á acentuarse, gradualmente, al tercer día de navegación y, como provenía de los lados del Sur, haciendo acelerar la marcha del vapor, era general el contento de los viajeros; pero en las cosas naúticas, como en las demás, toda exageración es nociva; la brisa se fué cambiando en viento, que fué arreciando, al extremo que no tardó mucho en asumir, con un salto del cuadrante, los caractéres de uno de esos pamperos típicos que hacen temblar á los que navegan. Nuestro pobre « Saintonge » se deslizaba presuroso, cabeceando sobre las olas, empujado por el mar que se embravecía. por el viento que se huracanaba como una gaviota que, sorprendida por la tempestad, huye despavorida, presa del terror.

La marcha del viento y el andar de las olas

eran superiores á la carrera del vapor que, empero, daba de sí todo cuanto de él dependía. Aquellas empezaban á romperse sobre la cubierta, con la consiguiente alarma de los pasageros, alarma que ganó, visiblemente, á los oficiales y á la tripulación cuando en la tarde del cuarto día empezáronse á desgranar, unas tras otras, las paletas de una de las dos ruedas, que pronto se inutilizó, percance que importaba privarle al buque de su fuerza propulsora desde que, rota una de las dos ruedas, hubo que parar la máquina, pues de lo contrario el buque hubiera girado sobre sí mismo, con el inminente peligro de zozobrar al ofrecer el flanco á los impulsos del mar. La situación se hacía crítica. El comandante, después de adoptar las medidas más urgentes, reunió en consejo á los oficiales en el comedor del buque, al que daban nuestros camarotes, pues la cámara de aquel, situada sobre cubierta, batida furiosamente por las olas corría peligro de ser arrebatada por el mar, suerte que ya habían corrido dos de los botes y buena parte de la obra muerta, especialmente la de la popa del vapor. Nuestra angustia crecía al darnos cuenta de la disidencia de opiniones, siendo los oficiales de

parecer que, por medio de las velas y del timón tratáramos de ganar la costa de Santa Catalina, en cuyo temible golfo nos encontrábamos, mientras el comandante defendía el temperamento de no contrariar el rumbo del viento que nos empujaba cada vez más al centro del oceano, desconfiando de la solidez del casco para aquella maniobra atrevida. El buque, entretanto, se sacudía con temblores epilépticos, crujiendo el maderamen, al extremo de que nos invadía la sensación de que todo aquello se desarticulaba, lo que parecía dar razón á los temores del capitán. La noche había caido, y los candiles de aceite, que alumbraban escasamente aquella estancia donde se debatían las resoluciones de las cuales dependían quizá nuestros destinos, se balanceaban con brusquedad, siguiendo los vaivenes del casco que gemía sin cesar. Por afuera, arriba, silbaba el viento, que lejos de aplacarse parecía ir adquiriendo mayor intensidad. Oíamos, distintamente, el golpe de las olas que se rompían sobre la cubierta así como el ruido sordo del agua que corría, presurosa, sobre el puente, en el sentido de la inclinación del vapor. Los oficiales, con sus capas de goma, visiblemente extenuados tras la

ya larga lucha se acercában, se agrupában para oir y lograr hacerse oir en medio de la infernal cacofonía, á la escasa luz de aquellas candilejas. En esto, y mientras el comandante deliberaba con sus oficiales, tras un golpe más recio de la mar se oyen gritos sobre el puente y carreras de la marinería. La sangre se nos hiela en las venas. ¿Habría llegado la hora suprema? El capitán y los oficiales se lanzan despavoridos por la escalera para ganar el puente, mientras oíamos, distintamente, estas palabras mezcladas con los silbidos de la tempestad : *gouvernail emporté, emporté le gouvernail, grande vague, pilote blessé*. Tras los oficiales nos lanzamos al puente, instintivamente, á impulsos del pánico que nos invadía.

Recordaré siempre aquel expectáculo. Una noche clara, clarísima, de plena luna, el mar inmenso, blanco, blanquísimo, de pura espuma, las olas que se quebrában estrepitosamente, presurosas, precipitadamente, empujadas por el pampero que bramaba imponente, un cuadro, en suma, de esos que no se pintan, que no se deben pintar, porque inspirarían la incredulidad, tal es su magestad, tal su enormidad, tal su inverosimilitud.

No cabía duda, estábamos sin timón, el supremo

peligro para un buque en medio de la tempestad, y no había que pensar siquiera en la posibilidad, en ese momento, de remediar ese mal ante las furiosas embestidas del mar; era un nuevo desastre agregado al de la inutilización de las ruedas del vapor. El buque, sin gobierno, á merced de las olas; y qué olas aquellas! se tumbaba, inclinándose violentamente, ora á babor, ora á estribor y, por momentos, se hundía en el abismo, para surgir de nuevo á la superficie, sobre la cual se deslizaba convulsivamente, impelido por el huracán.

Como única maniobra posible, y merced á esfuerzos inauditos, se izaba, de vez en cuando, una pequeña vela al tope del palo mayor, á fin de propender á la posible estabilidad del bajel: tres veces el viento la hizo trizas, hasta que, al amanecer, el tiempo empezó á amainar. El sol surgió radiante en la línea lejana del mar y, á eso del medio día, el tiempo se serenó; se aquietó la superficie y el pobre y zarandeado « Saintonge » pareció adormercerse, meciéndose blandamente sobre la tersa inmensidad.

Se tomó la altura, resultando que nos hallábamos algo al norte de Río Janeiro, tal había sido

la disparada de nuestro bajel, y en pleno oceano, fuera de la línea ordinaria de la navegación; de suerte que no había que contar con el socorro ó la ayuda de otros buques para ganar el litoral. Era forzoso, por consiguiente, tratar de reparar, en lo posible, nuestras averías para entrar, por nuestros medios, al cercano puerto de la capital. Felizmente había á bordo otro timón de repuesto, y así fué como, después de dos días de labor, pudimos ponernos lentamente en marcha, á vela, para penetrar, salvos, aunque maltrechos, sesenta horas más tarde, á la deseada bahia, objetivo de nuestra tremenda odisea.

Es curiosa la rapidez con que, abandonando el puente de un trasatlántico, terminada una travesía marítima, se olvidan sus peripecias, absorbido el espíritu por otras atenciones, influenciado por una atmósfera diametralmente opuesta; y sucede que los compañeros de viaje, con los cuales nos habiamos ligado, en la forzada intimidad de la existencia en común, durante días y aún semanas en el reducido espacio del vapor, vuelven á ser, salvo raras excepciones, una vez en tierra, los desconocidos de antes con los que nos cambiamos, si acaso, un indiferente saludo.

Al tercer día de nuestra llegada á Río, nos encontrámos, mi padre y yo con el Doctor Torrent y su secretario, un Señor Jorge Franck, en la escalera del Ministerio de Negocios Extranjeros, situado entonces en el campo de Santa Ana, extensa plaza del centro de la ciudad, convertida después en un parque que ostenta los más admirables ejemplares de la flora tropical.

Coincidían, pues, las dos legaciones aliadas en el saludo de práctica y en el consiguiente pedido

de audiencia imperial para la presentación de las credenciales, á la vez que entregában al ministro las copias de los respectivos discursos de recepción « por si el soberano tenía algo que observar ».

Dos días después, aguardábamos la nota de la cancillería brasilera relativa á la fijación de la fecha y hora de la recepción, cuando una inopinada ocurrencia le obligó á mi padre á subir de nuevo la escalera del ministro.

Al verle este á mi padre, suponiendo que iba á saber si el Emperador había fijado aquella fecha, se apresuró á decirle, tendiéndole la mano :

— Esta tarde, sin falta, en el consejo de Ministros, su Majestad resolverá todo lo relativo á la recepción de las dos legaciones aliadas, acto que será simultáneo...

— Me alegro mucho, le interrumpe mi padre, de llegar á tiempo para evitar esa molestia á su Majestad respecto á la legación oriental, pues vengo á retirar mi pedido de recepción.

— ¿A retirar su pedido?

— Perfectamente...

— Perdone, no comprendo. ¿Vuecencia no presenta sus credenciales?

— No, señor, y en el primer vapor regreso al Río de la Plata...

— Pero Vuecencia se dignará explicarme...

— Vuecencia tiene derecho á que le explique todo. tanto más que voy á suplicarle que se sirva trasmitir á su Majestad el Emperador las razones de mi inquebrantable resolución.

— Esta mañana, continuó mi padre, llegó á mi conocimiento que mientras venía yo de viaje, hace unos cuantos días, tuvo lugar en esta capital una tocante ceremonia al colocarse en el Arsenal de Marina, como trofeo de guerra, una bandera de mi país...

— ¡Ah! Sí, Señor Ministro, una bandera de Paysandú...

— Paysandú es en mi país.

— Sí, Señor.

— Y bien, esa bandera no ha sido vencida por el Brasil.

— Sin embargo, el almirante Tamandaré la remitió como habiéndola tomado en Paysandú.

— El almirante Tamandaré no la habría tomado sin el concurso de los orientales...

— Pero veamos, Señor Ministro, se trataba de un acto de guerra...

— El Brasil no estaba en guerra con mi país, y tan es así que mientras su marina bombardeaba á Paysandú, que tan heroicamente se defendía, acreditando una vez más la bravura de mis conciudadanos, sus buques izaban en su palo mayor la bandera oriental.

— Pero por eso mismo, Señor Lamas, no tiene importancia ninguna el hecho de hallarse aquí esa bandera.

— Tiene mucha, tiene tanta para mi, Señor Ministro, que considero ese hecho incompatible con la presentación de mis credenciales, á punto de haber resuelto volverme al Río de la Plata, dando por nulo mi nombramiento.

— Pero el Señor Ministro no insistirá; se trata de representar á una de las naciones aliadas durante la presente guerra; su misión es urgente, es necesaria...

— Todo eso es muy exacto, pero arriba de esas consideraciones he invocado una muy superior, la de una justa susceptibilidad nacional, inmerecidamente herida...

— Crea, Señor Ministro, que no ha habido intención alguna de deprimir á un pueblo amigo, á un aliado del Brasil, aliado de hoy, aliado de

otra época, gloriosa para ambas naciones, en que Vuecencia tan brillantemente actuó.

— Creo, con Vuecencia, que no ha existido una intención hiriente, depresiva, sobre todo tratándose de las actuales circunstancias...

— Ya ve, Vuecencia, que no hay, pues, motivo.

— Pero áparte la intención, hay el hecho público, material.

— Debe haber un medio de conciliarlo todo. ¿Qué se le ocurre á Vuecencia?

— A cualquiera se le ocurriría: deshacer lo hecho.

— Perfectamente, pero, ¿cómo deshacerlo?

— Entregándoseme la bandera que se halla en el Arsenal, para que yo la devuelva á mi país, desde que si no es un trofeo, como no es, del Brasil, es una reliquia nacional, habiendo caido tantos orientales á su sombra, defendiéndola con reconocida heroicidad, fuesen cuales fuesen las circunstancias en que el hecho se producía...

— Tal vez pueda procederse como Vuecencia lo indica; crea, desde ya, que el gobierno imperial pondrá en ello su mejor voluntad; entretanto le pido que no postergue por eso la entrega de sus credenciales, para cuyo acto su Majestad fijará hoy mismo día y hora...

— No insista, por su parte, se lo pido, Señor Ministro; agradezco infinitamente á Vuecencia las amistosas y cordiales seguridades que acaba de manifestarme, pero el hecho de mi recepción, como ministro oriental, importará levantar en mi casa la bandera de mi país, acto incompatible con la permanencia de aquella otra bandera, tambien de mi país, en el Arsenal de Marina.

— Entonces, ¿Vuecencia pretendería que la devolución, caso de resolverse, constituyese un acto prévio?

— Indispensablemente prévio; es lo que corresponde á la amistosa hidalguía del gobierno imperial como á la justa susceptibilidad de mi país.

— Pediré órdenes esta tarde á su Majestad, después de concertarme con mis colegas de gabinete.

— De todas maneras le agradezco, personalmente, las deferencias con que me ha distinguido y le pido que acepte, desde ya, mi despedida para el caso eventual, que mucho deploraría, que su gobierno adoptára una resolución contraria á mi fundadísima exigencia.

— Muy grato me será poder trasmitir á Vuecencia un temperamento que solucione la dificultad.

Al día siguiente, por la tarde, mi padre recibió la visita de un Señor Azambuja, amigo suyo, jefe de sección y antiguo empleado del Ministerio de Negocios Extranjeros, que venía á informarle, de parte del Ministro, que el asunto había pasado al despacho del Ministerio de Marina, que ponía la mejor voluntad para la solución del incidente.

Al otro día, nueva visita de Azambuja, que había visto al ministro de Marina, que tropezaba para devolver la bandera con la susceptibilidad de los jefes y oficiales, en momentos difíciles como los que se cruzában, además del temor de disgustar á Tamandaré. En resúmen, se prometería devolver la bandera una vez concluida la guerra.

Mi padre escribió esa tarde al ministro repeliendo todo temperamento dilatorio : invocabá de nuevo la hidalguía del gobierno de su Majestad para no insistir, conservando la bandera de Paysandú, en un acto contrario á la verdad de los hechos, desde que su país no había estado en guerra ni había sido vencido por el Brasil, terminando por pedirle que, si las dificultades con que se tropezaba no fueran allanadas prontamente, no solo diera por definitivamente retirado su pedido de recepción

sino, igualmente, por no producida su exigencia respecto á la bandera de Paysandú.

Pasó el día siguiente sin que supiéramos nada sobre el particular, pero, al otro, por la tarde, nos hallábamos paseando, mi padre y yo, por la *rua* (calle) *do Ouvidor*, cuando lo vemos venir al Señor Azambuja.

— Vengo de casa de Vuecencia; me dijeron que pudiera encontrarlo aquí; una buena noticia: mañana temprano, á las diez, si el Señor Ministro me lo permite, le llevaré la bandera de Paysandú.

— Muchísimo me alegro.

— Y era ya tiempo, agregó el excelente Azambuja, se lo diré confidencialmente: El Señor ministro argentino empezaba á impacientarse, en vista de los asuntos urgentes de su misión, por la demora en ser recibido, hecho que no se explica, de modo que, probablemente, la doble ceremonia se efectuará, en San Cristobal, pasado mañana por la tarde.

En efecto, al otro día, á las diez, el Señor Azambuja se presentó con la bandera, la de la torre de la iglesia, dentro de una pequeña bolsa de terciopelo azul, forrada de raso blanco.

La desplegamos, la extendimos, nuestra glo-

riosa enseña, agujereada por las balas, con su sol intacto; parecía decirnos, á nosotros orientales, que la contemplábamos : me tomáron, pero les costó ; caí, pero caí con honor...

— Muchas gracias, Azambuja, le dijo mi padre, algo conmovido, plegando la bandera, y repítaselas, muy expresivas, al Señor Ministro.

Y, después de un instante :

— Pero V. me trae algo más...

— ¿ Algo más? No, Señor Ministro.

— Una nota, una carta, una constancia de esta entrega...

— Pero basta la bandera, es lo esencial.

— No, no basta; se trata de un acto público, el de la colocación de esta bandera como trofeo de guerra en el Arsenal. Manaña se podría decir que la obtuve subrepticiamente ; y eso no corresponde ni á la nobleza del acto que acaba de practicar el gobierno imperial, ni á los sentimientos que dictáron mi actitud. Sírvase decirle al Señor Ministro que se digne documentarme.

Por la tarde llegaba la nota que correspondía.

Mi padre le comunicó al general Flores lo ocurrido y le pidió órdenes respecto al destino de la bandera que había conseguido rescatar. « Consér

vela U. como recuerdo del acto patriótico que acaba de practicar, » fué la lacónica y expresiva contestación del soldado que mantenía, entonces, muy en alto, los mismos colores en los esteros del Paraguay.

Por eso fué como aquella heróica banderita permaneció y permanece aún en nuestro poder.

La ceremonia de la recepción de las legaciones aliadas, como se decía en la prensa de Río de Janeiro al darse cuenta del acto, tuvo lugar en el palacio de San Cristobal, en los momentos precisos en que los ejércitos de la segunda alianza brasilero-uruguaya-argentina invadían el territorio paraguayo, para sembrarlo, en realidad, de cadáveres de combatientes.

Ya tuve oportunidad de decir dos palabras sobre ese palacio, situado en un barrio entonces apartado del centro de la ciudad, esto es, antes que. por efécto de las mayores facilidades de los trasportes, se difundiera la población por los alrededores, como después sucedió.

Caida la monarquía, se instaló en esa vasta construcción el museo de Historia Natural, á cuya formación y desarrollo el Emperador tanto contribuyó. Durante los últimos años de su reinado, se hallaba al frente de ese establecimiento un hombre competente, erudito y trabajador, el Doctor Lopez Netto, que ilustró con su colaboración las columnas de mi « Revue Sud-Americaine »,

dejando en ella páginas que revelan la importancia de aquella institución. Se sabe cuan admirable es la flora y la fauna del Brasil, y es facil, por consiguiente, concebir los atractivos de un centro semejante en medio de tan portentosa naturaleza.

San Cristobal fué la residencia del último monarca de América, que una revolución destronó, no obstante que, fiel á su compromiso constitucional, no extralimitára sus prerrogativas, no abusára del poder, no torciera con fines de predominio ó prepotencia los límites claros de la ley, virtud que pocos mandatarios de nuestras repúblicas pudieran invocar.

Pero si no se trataba de un poder ilegal y excesivo, los antíguos pueblos lusitanos de aquén de los mares aspiraban á mayor libertad, y creyeron que la alcanzarían proclamando la forma republicana de gobiemo. No es el caso de analizar hasta que grado alcanzáron ese propósito.

Don Pedro II, monarca liberal, ilustrado, amante de todos los progresos, mantenía, sin embargo, en su corte el rigor protocolario que heredara de sus mayores, con la sola excepción del besa-mano, que aboliera al regresar de uno de

sus últimos viajes al antíguo continente. Por lo demás, el ceremonial palaciego era, por así decir, inexorable, por aquello, sin duda, segun reza un manual protocolario, que los soberanos pueden hacer concesiones, y las han solido hacer muy amplias, en el sentido de las reformas democráticas, pero que deben mantener intactas las exterioridades del poder.

Al lado, sin embargo, de ese ceremonial, fuera de los actos públicos, por así decir, Don Pedro II era el más accesible de los Jefes de Estado. Daba audiencias abiertas á todo el mundo; hasta los más humildes llegaban á él, recibiéndoles con dulzura y benevolencia. Oía á los que iban á hablarle de asuntos administrativos sin emitir, no obstante. opinión, limitándose, por lo general, á decir: *falle com o ministro* (hable con el ministro), tal era su respeto por las prerrogativas constitucionales de sus secretarios de Estado, á su vez que celaba las que le correspondían; así es como, si bien ante los particulares se observaba mucho á fin de no alterar el órden gubernamental, en el consejo de ministros mantenía intacta su situación de jefe del ejecutivo y de representante supremo de la nación.

Cuando deseaba estudiar un asunto, no dándose por satisfecho con las constancias del expediente ó con las explicaciones del ministro, usaba una frase sacramental: *deixe ficar* (deje quedar) lo que quería decir « postérguese la resolución hasta que yo forme juicio definitivo. » El ministro se inclinaba y los papeles quedában en la mesa imperial. En el siguiente despacho el Emperador hablaba ó no del asunto; en el primer caso se pronunciaba, ya sea en favor de la resolución adoptada y firmada anteriormente por el correspondiente secretario de Estado, firmándola tambien, ya sea en contra, proponiendo, un decreto diferente, con el cual el ministro se coformaba ó nó; en este último caso ó el Emperador cedía ó el ministro se retiraba, solidarizándose ó no con él todo el gabinete. Otras veces el Emperador dejaba dormir más tiempo los papeles, lo que equivalía á encarpetar el asunto. Si se trataba de alguna cuestión importante, política ó administrativa y se hallaban al frente del gabinete hombres de la talla de Cotegipe, Ouro-Preto ó Rio Branco, solía suceder que insistieran en la resolución propuesta so pena de ofrecer su demisión.

Ya dije algunas palabras de la institución del Consejo de Estado, de la cual hacían parte los hombres más competentes, de todos los partidos políticos, dividida en secciones, que el Emperador oía para ilustrarse, cuando se trataba de asuntos de importancia.

Al pasar, tratándose del Palacio de San Cristobal, testigo de los actos de todo un r inado tan vinculado al periodo álgido de nuestras nacionalidades incipientes, no he podido menos de recordar algo de lo que pasaba entre sus muros en materia de administración y gobierno; y hecho, volveré al tema de la recepción de las legaciones, uruguaya y argentina, en plena guerra del Paraguay.

Habían ido en el mismo vapor, evitaron juntas un naufragio que parecía inminente, sus jefes solicitáron simultáneamente día y hora para la presentación de sus credenciales y su Majestad les esperaba, con sus secretarios, á la misma hora. Era natural, pues, que los carruajes que conducían al personal de una y otra embajada llegáran al mismo tiempo, como sucedió, á a puerta principal de San Cristóbal y que les hiciera colectivamente la vénia la compañía de línea

formada al efecto, sonando los clarines de ordenanza. Recibidos al pie de la escalera por el introductor de embajadores, por el camarista de servicio y por algunos otros funcionarios civiles y militares, fueron las dos legaciones conducidas á la sala del cuerpo diplomático, adyacente á la sala del trono.

En aquella sala, espaciosa, ricamente amueblada, en cuyo centro se lucía una mesa de bronce y porcelana de Sèvres, regalo de Napoléon III, recibía el Emperador todos los jueves al cuerpo diplomático. Era de práctica que los ministros, de uniforme, al frente, con sus secretarios y agregados un poco retirados, aguardásen al soberano, de pie, colocados por el órden de antigüedad. El Emperador entraba á la sala, acompañado de algunos dignatarios y hacía un saludo general, vistiendo uniforme de general ó de almirante.

Las señoras de los ministros scompañában de vez en cuando á sus maridos. Permanecían sentadas. Al entrar el Emperador se levantában, pero este, con un saludo y un ademán de la mano, las invitaba á tomar nuevamente asiento. Las legaciones formában, pues, grupos diferentes, á los

que, por turno, en su órden, el soberano se iba acercando. Es sabido que, según una regla inflexible, nadie dirige primero la palabra á un soberano, ni inicia sino él un tema de conversación. Don Pedro, en esas audiencias, casi invariablemente empezaba por estas palabras : « ¿ qué noticias tiene Vuecencia de su país? » y, después de oir una contestación generalmente corta y algo trivial, el Emperador hacía gala de hallarse al corriente de los sucesos de la nación con cuyo representante conversaba, hablándole de sus hombres públicos y de las cuestiones de actualidad de más bulto é importancia. En seguida cambiaba algunas palabras con la señora del Ministro, de pie, y concluía por decirle : « la Emperatriz tendrá mucho gusto en recibir á Vuecencia. » Un saludo al personal de la legación, que se inclinaba y su Majestad se dirigía á la siguiente legación, reproduciéndose la misma ceremonia. Don Pedro era un políglota distinguido, hablando con cada ministro en su propio idioma.

Concluida la audiencia imperial, era de práctica que los ministros pidieran al camarista de semana que se les acordase el honor de presentar sus respetos á su Majestad la Emperatriz, los

acompañasen ó no las señoras. Aquella los recibia en su sala, los hacía sentar y la conversación, de algunos minutos, era sencilla, casi familiar, por ejemplo: « la otra noche ví á su señora en la Opera; qué grandes ó qué buenas mozas están sus hijas; felizmente ya nos llega la temporada de Petrópolis, etc. ». ¡Qué buena y santa señora era aquella! Su recuerdo se borrará dificilmente de la memoria de cuantos pudieron apreciar las prendas excepcionales de su corazón.

Más tarde, casadas las princesas, daban estas audiencias, tambien, al cuerpo diplomático. La Condesa d'Eu, heredera del trono, hacía observar cierto ceremonial, en el Palacio Isabel, durante esas recepciones; no así la Princesa Leopoldina, Duquesa de Saxe, sencilla y modesta, que recibía como cualquier particular.

Volviendo á la recepción, que venía refiriendo, de las dos legaciones aliadas, no puedo pasar por alto un incidente bastante singular que la señaló. El Emperador se hallaba de pie, sobre el estrado del trono, rodeado de los ministros, consejeros de Estado, presidentes de las Cámaras, de las cortes de Justicia, generales, almirantes y otros altos dignatarios, brillantísimo é imponente séquito.

Llegada la hora, el introductor de embajadores corre la cortina que separa la sala del trono de la del cuerpo diplomático y, adelantándose á mi padre : « La legación de la República Oriental del Uruguay », le dice, inclinándose. El Doctor Torrent, que aguardaba con su secretario, como mi padre y yo, sin dar tiempo á que mi padre se moviera, se adelanta al introductor de embajadores y le dice : « ¿Podrá Vuecencia decirme porqué se la dá la preferencia á la Legación del Uruguay? » — « Pediré nuevas órdenes », dice aquel, algo inmutado; un minuto después llega el ministro de Relaciones Exteriores y, acercándose al Señor Torrent : « Perdone, Señor Ministro; se da el caso que, tratándose de una recepción simultánea, de dos ministros de igual grado, su Majestad ha tenido en cuenta, para disponer lo que ha dispuesto, que el Doctor Lamas es, además, gran cruz de la Orden de Cristo del Brasil, órden que le fué conferida, — y esto me permito decirlo al Señor Ministro argentino porque el hecho se relaciona con un suceso auspicioso para su país, — pues le fué conferida, repito, con motivo del triunfo de Caseros. » El Doctor Torrent se inclinó y mi padre y yo, mi padre que no había proferido

una palabra durante el incidente, entramos á la sala del trono, solemne y resplandeciente, donde se cambiaron los discursos convenidos, observándose las reglas de la etiqueta imperial.

El general Flores se había dado cuenta, después que conversára con mi padre en Buenos Aires, de los fundamentos de una negociación relativa á la aplicación del derecho natural á nuestras aguas fronterizas con el Brasil; y es así como, plantear esa cuestión, no solamente como acto de buena vecindad sino de lógica, de equidad y justicia, — desde que ibamos á pelear juntos por un principio análogo, esto es, por el de la libre y recíproca navegación de ríos, por así decir comunes, — formular la pretensión de que nuestra línea fronteriza corriera por la mital del río Yaguaron y de la laguna Merin debía constituir, como en efecto constituyó, el objeto especial de la nueva misión que mi padre iba á desempeñar. Justificaba tanto más esta actitud el hecho de que, no teniendo nosotros ninguna cuestión pendiente con el Paraguay, como les sucedía, respecto á sus indecisas fronteras, tanto al Brasil como á la Argentina, era natural que alguna compensación obtuviéramos por nuestro esfuerzo y sacrificio, de parte del imperio que, como lo hizo sentir mi padre,

era el más directamente interesado en la campaña emprendida; y á este respecto recuerdo una conversación entre mi padre, que sostenia esa tésis, y el ministro de Negocios Extrangeros :

— Perdone, Señor ministro, le contestó este, las tres naciones se hallan igualmente en guerra con el Paraguay.

— No igualmente, le replicó mi padre; si se analizan los antecedentes y las causas del conflicto, si se tiene en cuenta que Lopez le tiró el guante al Brasil, al Brasil solamente y que si la Argentina se alió al imperio fué porque el Paraguay creyó necesario, para invadir á Río Grande, aún á costa de provocar las justas iras del gobierno de Buenos Aires, violar el territorio correntino.

En cuanto á mi país, agregó mi padre, su intervención militar solo lo justifica el hecho de que se trata de combatir á un tirano, de promover el establecimiento de gobiernos responsables y regulares en una nación vecina, consecuente, en esa parte, con las tradiciones de su historia. Nuestra bandera flamea, pues, justificadamente, una vez más, al lado de la del Brasil en una cruzada de civilización, de libertad y progreso institucional,

lo que no quita que, á parte ese objetivo desprendido y noble de la campaña, independientemente de ese colorario de la gran política del 51, el Brasil, propiamente considerada la cuestión, es quien se halla directa, fundamentalmente en guerra con el Paraguay, es él el principal interesado.

Esta argumentación que, como se comprende, venía en apoyo de la pretensión ya formulada de obtener el reconocimiento de nuestro derecho á la navegación de las aguas fronterizas, lo llevó á mi padre á plantear, en un momento dado, la hipótesis del retiro de nuestras fuerzas, haciendo sentir que el hecho se produciría si el gobierno imperial no se resolviese á dàrnos satisfacción.

La circunstancia de que el general Flores, con quien mi padre se correspondía directamente, independientemente de las comunicaciones extrictas con la cancillería de Montevideo, tendiera en un momento dado á entrar en negociaciones de paz con el dictador paraguayo, vino en apoyo de la táctica que desarrollaba nuestra legación; pero el hecho es que el Emperador no admitía ni la hipótesis de un arreglo con Solano Lopez, prefiriendo continuar solo la guerra, si tanto fuera necesario;

entretanto el gobierno imperial se esforzaba en conseguir que el general Flores se desistiera de su tendencia á la paz, desde que las condiciones tendrían que ser entonces sumamente desventajosas. « una tregua y no una paz, necesariamente », como le decía Don Pedro á mi padre, episodio de que nuestra legación sacó provecho, pues obtuvo, como consta de un memorandum, que se consignára, entonces, en principio, como primer éxito de aquella negociación, el establecimiento de la navegación en común de las aguas fronterizas.

En esos momentos llegó á Río de Janeiro el Doctor Julio Herrera y Obes que, en su carácter de secretario del General Flores, venía á informarlo á mi padre de los hechos que se estaban produciendo en los campamentos aliados, con relación á una posible terminación de la guerra, por medio de un acuerdo que evitase mayor efusión de sangre. Repito que el Emperador se mantuvo inflexible sobre el particular pero que, gracias á ese incidente, adelantáron las negociaciones.

Mi padre, en el curso de esa negociación, como era natural que lo hiciera, expuso, con la erudi-

ción que lo distinguia en esas materias, la teoria de las aguas fronterizas apoyada en los hechos prácticos que la consagraban; y recuerdo que, entre múltiples ejemplos, trajo á colación la actitud del gobierno argentino respecto á las aguas fluviales en lo tocante al Estado Oriental, actitud reconocida como justa y legal por los representantes de Francia é Inglaterra.

— En 1846, decia mi padre, el gobierno argentino, al contestar al comisionado británico M. Hood el memorandum que contenia las bases presentadas para un arreglo de las cuestiones pendientes, declaró, respecto á la navegación de las aguas interiores, que la reglamentación de la del rio Uruguay tendria que hacerse « en común con el Estado Oriental », no así la del río Paraná, cuyas ambas riberas eran argentinas. En las proyecciones de esa negociación, los plenipotenciarios Howden y Walewsksi reconocieron que, en efecto, la reglamentación del Uruguay debia hacerse en común con el Estado Oriental, como bien lo había sostenido el ministro Dr. Arana; abundando en esa doctrina, pretendieron dichos representantes de Francia y de Inglaterra que se consignára que si alguna de las riberas del río Paraná llegára á

pertenecer á otra soberania. la reglamentación se haria igualmente en común, salvedad á que no asintió el gobierno argentino declarando que no admitia la hipótesis siquiera de que se llevára á cabo, ni entonces ni en ningun tiempo, la segregación de las provincias de Corrientes y de Entre Ríos de la comunidad nacional.

— De todos modos, agregó mi padre, el principio quedó establecido, aplicado, desde luego, por manifestación oficial argentina, á la que los representantes de Francia é Inglaterra adhirieron, á las aguas del río Uruguay, declaradas de jurisdicción comun entre las repúblicas oriental y argentina, principio de aplicación general y extensivo, por consiguiente, á las aguas del río de la Plata, — de las que si no se hizo entonces mención fué porque no se trataba, en aquellas negociaciones, de su navegación; lo que es obvio desde que el Estado Oriental es igualmente coribereño con la Argentina del Plata como del Uruguay[1].

— El que se lea, concluia mi padre, en la fija-

1. — Este antecedente, terminante y sugestivo. es digno de que se tenga en cuenta al ventilarse nuestros indudables derechos á la mitad de las aguas del Plata y del Uruguay, puestos por lo menos en duda, ultimamente, por la cancilleria de Buenos Aires.

ción de los límites de un Estado, el río tal ó el océano cual, no excluye la aplicación del derecho natural á aquel río o á aquel océano, llegando la respectiva jurisdicción del ribereño á la mitad de su curso ó, tratándose de mares, por lo menos á tres millas de las playas ó costas[1].

No cabe, dados los términos de estos apuntes, exponer los largos y engorrosos esfuerzos empleados para conseguir, por medio de un tratado, que nuestro país compartiese con el Brasil, en igualdad de condiciones, la jurisdicción y el uso de las aguas fronterizas. Ese tratado se firmó, si bien consignándose que el hecho se producía por concesión del Brasil, cuando mi padre había pretendido que se aplicase, sencillamente, el derecho natural tanto al Yaguaron como á la laguna Merin. Obteníamos, pues, « irrevocablemente y á perpetuidad », aunque « por concesión del Brasil », la jurisdicción de la mitad de esas aguas, estipulándose, al efecto, una línea que corriera á igual distancia de las costas ó riberas de uno y otro país.

1. Esto de las tres millas es hoy anticuado, después que aumentára el alcance de la artillería.

Durante meses mi padre peleó por la eliminación de las palabras « por concesión del Brasil » y, si por fín las admitió, fué porque, á parte la imposibilidad de obtener más ó mejor, consideró que siendo esa concesión « irrevocable y á perpetuidad », como obtuvo, no sin trabajo, que se consignára en el instrumento, nuestro triunfo no era menos real y positivo.

— No alcanzo á comprender, decía el ministro de Negocios Extranjeros, la repugnancia de Vuecencia para que se consignen las palabras « por concesión del Brasil ».

— Mi repugnancia proviene de que lo que corresponde no es una concesión sino el reconocimiento de un derecho, la aplicación de un principio.

— Pero desde que esa concesión es irrevocable y á perpetuidad, como ya he convenido que se agregue al texto del artículo, aquellos términos no quitan que la República Oriental obtenga, en realidad, de la manera más perfecta y absoluta todo lo que pretende.

En conferencias anteriores el ministro habia extremado la argumentación para decidirle á mi padre á aceptar las palabras « por concesión del Brasil ». Recuerdo esta frase :

— Al fín y al cabo el que está en posesión de algo, que siempre ha sido suyo, que no ha reconocido jamás que no lo fuera, de que no se ha desprendido nunca, ni en hecho ni en derecho, hace una concesión entregándolo, trasmitiéndolo gratuitamente à otro en propiedad perpétua, irrevocable; y, además, Señor Lamas, las naciones deben ser más prácticas, más positivas, más utilitarias; ha quedado en la historia como un error ó una baladronada aquello de « sálvense los principios y piérdanse las colonias », frase que, por otra parte, no se pronunció sino para encubrir la imposibilidad de conservar inmensos y lejanos dominios. Algunos ejemplos, de nuestras propias regiones, ilustrarán este debate : ¿cree Vuecencia, que si la Inglaterra le dijera hoy á la República Argentina, « no le reconozco los derechos de soberanía que invoca sobre las Islas Malvinas, pero se las entrego, le hago de ellas donación como una concesión perpétua é irrevocable de mi parte, » cree Vuecencia que la República Argen-

tina le contestaría á la Gran Bretaña: « no las quiero así, no las recibo en esa forma? » El mismo caso se dá respecto á la isla de Martin Garcia, entre el Uruguay, su país, y la Argentina; ¿ harían V. V. cuestión de forma para recuperarla?

— Vuecencia no se dá cuenta, le contestó mi padre, que se trata de tres casos distintos; porque aún respecto á Malvinas y á Martin Garcia hay diversidad de antecedentes, de derechos, de circunstancias; no son los mismos los títulos argentinos sobre Malvinas que los que nosotros, los orientales, hemos de invocar, nosotros, para recuperar á Martin Garcia, que se halla enclavada, por así decir, en nuestro territorio; no es solamente, por consiguiente, un título posesorio, abonado irrecusablemente por la historia, el que exhibirémos, sino que nos apoyarémos, tambien y muy fundamentalmente en el derecho natural para recuperar lo que es evidentemente nuestro. En cuanto á la forma en que el hecho se produzca, dependerá de las circunstancias, pero, en tésis general, considero que las naciones tienen interés en mostrarse respetuosas del derecho, proclamando principios que más tarde serán su propia salvaguardia.

Y mi padre concluía : « Demos una vez más el ejemplo, Señor Ministro, de una política digna, noble, inteligente, de buena y sana vecindad, que fortifique la paz entre todos nuestros pueblos, política de justicia y de buena fé, que aparte, que aleje de sus relaciones preocupaciones y desconfianzas que no harían más que debilitarnos recíprocamente, distrayéndonos, á todos, de la labor fecunda de nuestra organización, retardando la solución de los graves y fundamentales problemas de los que depende nuestro engrandecimiento futuro. »

Las entrevistas se sucedían sin que se lográra eliminar la dificultad ; por el contrario, surgían incidentes que agriaban la discusión, á punto que mi padre, en un momento, se propuso dar por fracasada la negociación. He aquí uno de estos incidentes. Tiene la palabra el Ministro de Negocios Extranjeros :

— Permítame Vuecencia que agregue algunas consideraciones pertinentes : no alcanzo á darme cuenta de que su gobierno y la opinión de su país sean tan exigentes en esa cuestión de forma, segun me lo afirma Vuecencia, cuando la república se constituyó en virtud de un título de concesión...

— Rogaría al Señor Ministro que se explicase:..

— No desearía herir susceptibilidades, pero debo argumentar con los hechos. La República que Vuecencia representa se constituyó sobre la base de un título habilitante que se llama el tratado brasilero argentino del año 28.

— Vuecencia está completamente equivocado. permítame que le interrumpa, Señor Ministro, le dice mi padre, con fuerza y calor, levantándose, — yo estaba presente. — nuestros títulos habilitantes son las Piedras, el Rincón, Sarandí, — sin hablar de las correrías de nuestros caudillos legendarios, — la declaración de la Florida, hechos y proezas anteriores á Ituzaingó, triunfo, este, á que tan eficazmente contribuímos como al tratado que fué su consecuencia; nuestros títulos son veinte años de sangre derramada para repeler vasallajes. vinieran de donde vinieran, nuestra resolución inquebrantable de ser libres, de sacudir tutelas.

— Siéntese y cálmese, señor ministro, hágame el favor, nadie más que yo rinde homenaje al valor y al carácter de los orientales, dijo el ministro.

— Sí, muy bien, pero Vuecencia parecía desconocerlo hace un momento; somos y seremos

libres por nosotros mismos; no le debemos á nadie nuestra independencia: el tratado del año 28 fué la consagración de un hecho visible, innegable: el convencimiento tanto del Brasil como de la Argentina de la imposibilidad de someternos, de reducirnos.

— Respeto como el que más la susceptibilidad y el amor propio nacional de Vuecencia.

— No hago más que referir hechos, que refrescar la historia.

— Muy bien; admitiendo todo eso el señor ministro, por su parte, no podrá desconocer que su país en su propia constitución se refiere al tratado del año 28...

Y abriendo una colección de tratados leyó:

— «Artículo primero. Su Majestad el Emperador del Brasil declara la Provincia de Montevideo, llamada hoy Cisplatina, separada del territorio del Imperio del Brasil, para que pueda constituirse en estado libre é independiente»...

— ¿Á donde vá Vuecencia?

— Á esto: «el Emperador del Brasil, repito, declara la Provincia de Montevideo separada, etc..» acto propio, que aparece libre y expontáneo...

— No tanto: es un tratado, un compromiso con

la Argentina y en el que interviene, al ratificarse, la Gran Bretaña, como intermediaria, provocadora de ese acuerdo...

— Pero no los orientales..,

— Otra equivocación del Señor ministro : los orientales aceptáron ese pacto, luego intervinieron en él, pacto que constituía la consagración de su derecho, pacto por el cual tanto el Brasil como la Argentina se comprometían á respetar perpétuamente nuestra libertad jurada...

— Lo que no quita que, por la forma, por el texto del artículo primero que acabo de leer, la independencia oriental aparece como un acto expontáneo, como una resolución, como una concesión del Brasil...

— ¿Y...?

— Y ahora es lo mismo : la República oriental adquiere por este tratado el derecho perpetuo é irrevocable á la jurisdicción y uso de las aguas fronterizas... por concesión del Brasil. ¿ Qué le hace á la República que se diga esto último?

— ¿Y qué interés tiene el Brasil en no hacer las cosas completas, en imponernos que es por concesión y no por un simple y llano reconocímiento

de un derecho, por la aplicación de un gran principio internacional?

El ministro se levantó, dió una vuelta por el salón y. sentándose al lado de mi padre :

— Vuecencia provoca una confidencia : se la voy á hacer : el Brasil no desea, no puede establecer un precedente; tiene importantes cnestiones pendientes, de análoga naturaleza, con otros vecinos y no le convendría aplicar el derecho natural á la solución de los litigios respectivos; aplicándolo á su país. daríamos derecho, hasta cierto punto, á que otros linderos del imperio exigieran la igualdad del tratamiento.

« Y con esto, agregó el ministro, tomándole la mano á mi padre. que se levantaba, démos por felizmente terminada esta negociación con un nuevo tratado que sellará la inalterable amistad de nuestros paises. »

Mi padre le apretó la mano al ministro. despidiéndose, así, sin decir palabra. Yo me despedí igualmente y empezamos á bajar la escalera. Estábamos á la mitad de esta cuando el ministro, desde lo alto, chapurreando el español :

— Señor Lamas : en su país hay un refrán que

dice: quien calla otorga; por consiguiente voy á mandar poner en limpio el tratado.

Mi padre se para, se saca el sombrero y le contesta:

— Según nuestras Leyes de Partida, quien calla no dice nada.

Continuamos á bajar y tomamos el carruaje. No obstante, días después se firmaba el tratado. El gobierno, en Montevideo, no le sostenía á mi padre en las presiones á que recurría. Un día el ministro de Negocios Extranjeros le dió á leer una nota de la legación brasilera en la que se lo decían.

Él lo sabía por otros conductos.

Y cuando, cotejados los textos, en ambos idiomas, se firmó el tratado que tambien lleva mi firma y rúbrica de secretario:

— Solo en estas circunstancias, dijo el ministro de Negocios Extranjeros, el Brasil ha podido concluir un tratado como este, en que no existe reciprocidad de ventajas. El Brasil dá sin recibir.

El tratado, — firme, definitivamente valedero con la rúbrica del Emperador, desde que durante el imperio no se sometían al parlamento, — fué á Montevideo y, allí, no se ratificó. Si se hubiera ratificado, hace más de cuarenta años que nuestra

soberanía se hubiera extendido sobre nuestras aguas fronterizas.

Las tentativas que se renováron, varias veces después, para conseguir esa extensión de soberanía fracasáron como, quizá, continuarán á fracasar, al menos de un arranque de buena y fraternal política internacional por parte del Brasil.

Pero el hecho es que se había perdido una rara y propicia oportunidad así como el resultado de una árdua y patriótica labor de diez y ocho meses consecutivos.

Á cada cual su responsabilidad como, — suprema y verdadera recompensa, — á cada cual la conciencia del deber cumplido, — cuando hay lugar, bien entendido, á apelar, tranquilo, á ese fallo de sí mismo.

Entre sus actos públicos, mi padre recordaba el tratado que firmára sobre nuestras aguas fronterizas, lamentando la inutilidad del esfuerzo.

¿Una conclusión? ¿La síntesis de estas páginas? Quizá fuera innecesario. De todos modos seré brevísimo.

He venido hablando de una gran política; ella resulta y se desprende de los episodios que ligeramente he esbozado; pero algunas reflexiones, aunque no indispensables, no estarán demás.

Si realmente se trataba de una gran política, es que se había iniciado, es que se había puesto en práctica en substitución ó en contraposición de una política pequeña.

¿Cuál era la grande, cuál habia sido la pequeña?

Hechemos la vista atrás.

El tratado del año 28 se habia presentado como una solución del conflicto secular, entre españoles y portuguezes primero y entre argentinos y brasileros después, sobre la posesión de la Banda Oriental. No seria esta ni de unos ni de otros: pertenecería, independizada, á los propios hijos de la tierra que tan heroicamente habían bregado por su libertad y autonomia. Pero el hecho es que brasileros y argentinos conservában, en su fuero

interno, la esperanza de deshacer lo hecho, asechando la oportunidad de apoderarse, de incorporarse el Estado Oriental.

La batalla de Ituzaingó fué una victoria argentina-oriental, pero, propiamente, en ella no habia sido aniquilado el Brasil; ella no cerraba necesariamente aquella campaña militar. Diversas circunstancias hicieron, empero, con que se detuviesen los beligerantes y llegáran á aquella transacción. Pero, repito, interiormente, unos y otros se prometían reanudar el debate, sino franca subrepticiamente.

Brasileros y argentinos se inmiscuian, sin duda con miras ocultas en la política interna del nuevo Estado, y lo realizaban, simultáneamente, de dos modos : tratando de preponderar en los consejos de su gobierno, en Montevideo, y fomentando las revueltas en campaña : y así es como unos caudillos contaban con elementos brasileros, refugiándose en Río Grande y rehaciéndose allí para volver á invadir mientras otros, alentados por argentinos, hacían lo propio en Corrientes y Entre Ríos, resultando lo que debía resultar, á saber : la anarquia que nos devoraba, imposibilitando que, en el hecho, se constituyese, efectiva-

mente, una nación, una nación viable en las márgenes del Plata y del Uruguay, volviéndose á poner en tela de juicio la posesión de nuestro territorio, cuyos hijos no resultaban aptos para el gobierno propio.

El Brasil y la Argentina declarában, la una y el otro, que respetaban, que respetarían nuestra independencia, pero los hechos desmentían las palabras.

La Francia y la Inglaterra intervinieron en aquellas luchas, pero lo hicieron en su propio interés, sin plan, ni pensamiento fijo, concluyendo por abandonar la partida.

Toda esa política fué una política pequeña, sin trascendencia, sin elevación, de intrigas inacabables, de medios subrepticios, que no se inspiraba en el concepto de las circunstancias históricas que indicaban la imperiosa necesidad de cimentar la paz entre las dos grandes naciones de nuestro Atlántico americano, respetando y fortaleciendo la nueva nacionalidad creada entre sus fronteras, renunciando, de buena fé y á perpetuidad, á reanudar una querella que tantos males habia producido.

En esto último, — en el convencimiento de la

necesidad y conveniencia de la subsistencia y de la consolidación de nuestra nacionalidad, — consistió la política, la gran política, en lo tocante á la internacionalidad del problema, que se dibujó, que se definió y se adoptó por el Brasil, — que hizo suya, convencido, su Emperador y á la que se mostró siempre fiel, — como resultado de la misión de mi padre, lo que, sin duda, le hizo decir á Sarmiento: « la historia de esta misión es un monumento » (carta á Mitre, ya citada, escrita en Río en 1852); — esta fué la política, la gran política que triunfó en Caseros y á la que la Argentina se plegó, y á la que se atuvo, salvo veleidades pasageras de su parte como de la del Brasil, — indicios de un atavismo que se va gastando, — impotentes, sin embargo, para volver á poner en tela de juicio, siquiera, un hecho irremisiblemente perdurable, á saber: la independencia oriental, independencia que constituye la prenda inconmovible de la paz entre el Brasil y la Argentina, desde que elimina el escollo secular de la lealtad y franqueza de sus relaciones.

El Brasil fué al Río de la Plata, — iniciada, adoptada la nueva política, — sin otro interés, sin otro propósito que el ostensible, á saber: libertar

al Estado Oriental de la presión de Rozas, para que pudiera constituirse libremente y, en unión á uruguayos y á argentinos, destronar al tirano que, á la par de ser un baldón para la América impedia que se organizáran las Provincias Unidas, llamadas á un inmenso porvenir.

Más tarde esa alianza se reanudó para abatir otra tirania. El general Flores le decia á mi padre, al pedirle que aceptára otra misión al Brasil, en 1865, « es la misma política, su política del 51 ». Si no era exáctamente la misma, se inspiraba en los mismos elevados principios, desprendida, libertadora de pueblos á cuyo progreso y civilización, en el propio interés de los vecinos, convenía propender.

Pero aquella política era tambien grande y fecunda, en sus concepciones y propósitos, en lo tocante al régimen interno de nuestros paises: ella proclamaba el olvido de las disenciones anteriores, hijas de errores y de obseciones lamentables; ella disponia la completa igualdad del ciudadano ante la patria, que no debía, que no podia ser el patrimonio de ningún hombre ni de ningún partido; y si en esa parte los resultados no correspondieron, desde luego, sino en cierta medida,

á tan patrióticas y generosas aspiraciones, hay que confesar que va penetrando, cada vez más, en los espíritus, al través de etapas dolorosas, el convencimiento de la imprescindible necesidad de respetar, sin reatos ni preferencias, con lealtad y buena fé los derechos ciudadanos para alcanzar, con el afianzamiento de la paz doméstica, los beneficios consiguientes á un órden regular político y administrativo. Y ese convencimiento se impone tanto más que subsisten, desgraciadamente, en cierto grado, las razones y circunstancias que le hicieron dècir á mi padre, en su manifiesto del 57, — contristado ante la sucesión de nuestras guerras civiles, temeroso de que peligrára nuestra nacionalidad, de que naufragára, por culpa nuestra, la gran política cuya base era el respeto de nuestra libertad : — « mostrémonos dignos de respeto para que se nos respete, porque sino no se nos respetará. »

ETAPAS DE UNA GRAN POLÍTICA

EL SITIO, LA ALIANZA, CASEROS, EL PARAGUAY

POR

PEDRO S. LAMAS

SUMARIO

Pag inas.

Dedicatoria 5

Explicación necesaria 7

Como, porqué y donde surgieron estas páginas 11

El Brasil en 1850. El general Guido y mi padre. La fiebre amarilla y los primeros socorros á la plaza de Montevideo. Huyendo del flagelo : la quinta de Leblond 14

La fundación de Petrópolis. Como se pobló. Nuestra futura residencia veraniega 20

Episodios domésticos. El sabio maestro Wippern. Exámenes en presencia del cuerpo diplomático. La vida sana y patriarcal de entonces. La transformación de las costumbres heredadas 24

El jefe de policía del sitio, en el Brasil. Una carta de Florencio Varela : ¡ nuestra última esperanza ! Dificultades y tribulaciones patrióticas y personales 27

El gobierno imperial se niega á recibir oficialmente á mi padre. Este no se desanima. Los hombres del sitio. Momentos de prueba ; los que abandonan la plaza : á Chile, á Bolivia, al Brasil : otros surgen en Palermo. El Brasil temía á Rozas. Don Pedro I° había perdido su corona en Ytuzaingó 30

Páginas

La casa, en Río de Janeiro, de la futura legación; la terraza que domina la bahía, las fortalezas y el Pan de Azúcar. ¡Dulces horas de la infancia! Un misterioso visitante; enigma que se explicará después..... 35

El « Jornal do Commercio ». Feliz circunstancia: el Señor Castro, consul oriental. El antiguo redactor de « El Nacional » renueva, en el « Jornal », su campaña contra Rozas. La opinión del Brasil ganada poco á poco á la causa de la Defensa. El partido conservador se pronuncia contra el tirano. Un episodio de Rivadavia. La conversión del joven Emperador. Las entrevistas en San Cristobal..... 38

El palacio de Boa Vista ó San Cristobal. Don Pedro II. Recien casado. Anécdotas palaciegas. Digresión: pintar como quiérer; al través de los museos; los retratos de personajes. Una innovación social y jurídica; atenuaciones de la responsabilidad..... 45

Don Pedro II. Recuerdos de la infancia. Un soberano maestro de escuela. La familia imperial en Petrópolis. Hábitos sencillos al lado de ceremonias suntuosas. El palacio colonial de la ciudad..... 55

La utilidad histórica de conocer el ambiente social y aún familiar, las escenas en que se desarrolláron los sucesos. Sardou, Macaulay, Thiers, Tolstoy. Lo que pasaba en el Brasil, respecto al Río de la Plata, de 1848 á 1851... 60

El Brasil político; el gobierno parlamentario, los ministros, el poder moderador, el consejo de Estado, la prensa, la opinión. El partido liberal partidario de la abstención en los asuntos del Río de la Plata. El emisario de la Defensa en lucha con las influencias de Rozas; allí se reñía la batalla. Entretanto Montevideo agonizaba..... 67

Paginas.

El señor Irineo Evangelista de Souza : ofrecimientos privados de elementos bélicos. Desconfianzas de mi padre. La policía secreta del tirano, en Río. Doña Dorotea Gonzalez consigue introducirse en nuestra casa. De Montevideo la denuncían; mi padre se sirve de ella para desorientarlo á Guido..... 71

Mi padre obtiene en San Cristobal la clave de un enigma: un secreto de Estado; el proveedor oficioso. El Emperador desea evitar la caida de Montevideo sin romper con Rozas. Montevideo salvado. Justo alborozo..... 78

Una combinación en ciernes. Urquiza. ¿Se podrá contar con él? Desconfianzas y reticencias. Don Manuel Herrera y Obes. Al habla con Entre Rios. Urquiza no se mueve sin el Brasil; el Brasil exige el compromiso de Urquiza. Un engrenaje dificil..... 82

Los sucesos se precipitan. El partido conservador en el poder. Simultánea ceremonia en San Cristobal : el juramento de los ministros y la recepción de mi padre. La bandera oriental flamea en la terraza de la legación ... 87

El carácter colonial de nuestros pueblos; españoles y portugueses: aborígenes y africanos. La esclavitud en el Brasil, la tiranía en la Argentina. El punto de vista de Descartes. Connaturalizados con el látigo los unos con el degüello los otros. Anécdotas y episodios..... 90

Hombres nuestros, de color, esclavizados en el Brasil. Huyen y se asilan en la legación. Conflictos consiguientes. El carácter que le dá mi padre á la cuestión. Asaltos á la legación. Excusas del gobierno imperial, castigo de los delincuentes. La obra redentora inaugurada por Río Branco..... 95

La alianza de hecho ; Montevideo invulnerable ; el Brasil

Paginas.

en acción; la legación oriental centro del movimiento; convertida en « club » y en « tertulia » de emigrados. El desbande, más tarde, después de Caseros..... 104

La incubación de la Alianza: como se operó. Un memorándum escrito para el Emperador, á su pedido. La exposición de una gran política. El tratado del año 28, el « statu-quo » territorial, la libre navegación, la armonía comercial, la solución amigable de toda disidencia dentro de las grandes líneas de un programa. La república oriental fiel de la balanza internacional. La política interior: olvido y concordia después del triunfo: Urquiza se comprometió á seguirla..... 108

Las preocupaciones militares; el paso por Río de Janeiro del general Pacheco; una guerra inevitable; mejor entonces que después, sobre la base de Montevideo. La duda sobre la fidelidad de Urquiza. Otro temor: que Rozas se anticipase á su defección ocupando á Entre Ríos. Los espías de Rozas en el Brasil conspirando contra él; datos falsos le indujeron á la inacción..... 115

El tratado firmado por Guido, en Río, en 1843. Razones de su desaprobación por Rozas. Porqué lo firmó el Brasil. La guerra de los farrapos y la línea del Arapey: 15 mil kilómetros menos, para nosotros, de territorio y Martin Garcia para la Argentina. El tratado definitivo, con prescindencia nuestra. Guido más sagaz que Rozas. Lo que hubiera sucedido..... 122

El vigésimo año de la tiranía. En que consistía el sistema imperante. Quiroga, Bustos, Ramirez, Lopez, precursores del caudillo porteño. Degüellos y hecatombes. El quebrantamiento moral, el cintillo, el chaleco, el moño colorado. La efigie de Rozas en los altares. Despojos y confiscaciones..... 127

Don Pedro de Angelis en Río, después de Caseros. Sus

Paginas

referencias y revelaciones. Lágrimas y sangre. Hasta Ribera Indarte se había quedado corto. Hicieron bien en voltear al tirano 131

Psicologia de una situación extraordinaria en que aparecen controvertidas las nociones del bien y del mal. Todo doblegado, rendido á los pies del tirano : hasta la espada del libertador del continente! Reflexiones sugeridas por semejante anormalidad. Solo resiste Montevideo, solo subsiste el ideal de sus defensores. La última carta se juega en el Brasil ¿Cual será el desenlace de esa partida decisiva ?..... 133

El triple acuerdo de Mayo del 51. Los propósitos militares y políticos, morales y materiales que le servían de base. Los poderes de mi padre : además de los de su país, los de Entre Ríos y Corrientes. Urquiza y Garzón; las condiciones blandas de la capitulación de Oribe. Rozas aguarda, esperanzado, los ejércitos aliados; con lo que él contaba y no debía producirse. Los tratados de Octubre de ese mismo año : su significación y alcance. 140

La noticia de Caseros. Como llegó á Río. Homenaje del gobierno imperial. Festejos y alegrías. Mi padre en palacio. Urquiza y la última bandera del tirano..... 147

Unitarios y federales. Montevideo y Buenos Aires. Dos tendencias en pugna. La evolución política é institucional en el Plata, al través de tres cuartos de siglo..... 153

La transición. Parecía un sueño : Rozas surcando el mar. Oribe fuera del Cerrito. Los nuevos horizontes. Mirada retrospectiva. ¿Qué uso habíamos hecho de la libertad? La revolución de Mayo : ¿Qué había sobrevenido en realidad? La semilla salvada dentro de los muros de la Troya moderna se iba á sembrar de nuevo..... 161

Un incidente después de Caseros. Las banderas brasileras tomadas en Ituzaingó : Porto Alegre las pide, Urquiza

Páginas.

las promete. Mi padre se opone: su entrevista con el Emperador; se desnaturalizaría el espíritu de la alianza. Un memorandum en el que se sostiene el carácter colectivo de esos trofeos: Alvear y Garzón. Referencia á las banderas británicas de la reconquista 166

El génesis de la titánica epopeya. Oribe, instrumento del tirano; su necesaria abdicación después de la batalla del Palmar. Reinvestido por Rozas como presidente oriental. La declaratoria de guerra del año 39. Rozas y Oribe, identificados, rodáron al mismo abismo 171

La escisión de los elementos argentinos que contribuyeron á voltear á Rozas. Nueva emigración: Sarmiento en Río de Janeiro, curiosa entrevista con mi padre; diálogo edificante. Urquiza en vez de Rozas. ¿Es acaso una solución? Sí, respecto á Rozas, por lo demás, indispensable transición. Sarmiento es recibido por el Emperador 179

Sarmiento se impone, prolijamente, de las negociaciones de la alianza. Situación y antecedentes que obstaculizan el éxito de la misión confiada al representante de la Defensa. El « acuerdo secreto » del 45. Ofrecimientos de Magariños y Rivera. Juicio que forma Sarmiento: su carta á Mitre en 1852 187

Veinte años después, Sarmiento, presidente, se encuentra de nuevo con mi padre en Buenos Aires; reanudan la conversación de Río. ¿No le decía? La inauguración del cable submarino: « Para progresos como este volteamos á Rozas. » Contestación de Sarmiento: la obra incompleta; debían terminarla Avellaneda y Roca con la capitalización 193

Ojeada histórica al través de un siglo de emancipación. La ficción orográfica aplicada á determinar las altas cumbres de los acontecimientos orgánicos y perdu-

Paginas.

rables. Los nombres de los ciudadanos que los encarnan y perpetuan. Proyecciones del triunfo, en Caseros, de la gran política..... 197

Nuestros partidos después de Caseros. ¿Qué son? ¿Qué deben ser esos partidos? El criterio de los que los ven de lejos. Walter Scott : una anécdota medioeval. Un manifiesto de mi padre, en 1857..... 205

Con las armas habían triunfado en Caseros ideas y principios. Sus frutos necesarios. Federales y unitarios : el 11 de Septiembre; no obstante, Urquiza organiza la República. La efímera segregación de Buenos Aires. Cepeda y la unidad nacional..... 211

Corolarios de los tratados del 51 : los vínculos económicos, el tratado de comercio uruguayo-brasilero, de 1857. El tratado de paz, definitivo, argentino-brasilero-uruguayo firmado en Enero de 1859. Luis José de la Peña, ministro de la Confederación, lo firma en Río y, después, lo impugna en el Paraná. Un altercado sugestivo sobre Martin Garcia..... 217

Mi padre regresa al Río de la Plata; se establece en Buenos Aires; circunstancias personales; la casa que habitó y donde falleció; sus libros y papeles. El archivo oficial de sus misiones diplomáticas : incidente judicial : entregado á nuestro gobierno. La correspondencia privada y oficial-confidencial : su importancia histórica..... 222

De paso por Montevideo, en 1862. Justa emoción; era, para nosotros, más que una ciudad, un santuario. Mi padre recorre con sus hijos la ciudad y sus alrededores y les hace una relación del sitio : las trincheras del 43, como y con que se formáron. La batería de Mitre, la de Somellera..... 226

Incidentes del sitio : La Jefatura de Policía; á balazos en

Paginas.

las calles. Alarmas : una ronda por las Bóvedas. Pacheco, Garibaldi, Anzani. Delante de la casa de Florencio Varela. Don Joaquín Suarez. La matriz : en el muelle : el último abrazo á Lavalle..... 236

Buenos Aires. La rada; recuerdos de una entrevista con el almirante Mackau. La ciudad de la revolución, de Rivadavia, de Dorrego y de Rozas. Mitre presidente : su primera visita á mi padre. Recuerdos que se atropellan .. 244

La revolución de Flores. Incubación de grandes sucesos. Las selvas paraguayas. Reminiscencias de una entrevista de Solano Lopez con mi padre, en Río : el futuro dictador expone sus ideas: la hegemonía río-platense ; es indispensable evitar la preponderancia ya sea del Brasil ya de la Argentina; la garantía de la autonomía oriental está en el Paraguay 250

El general Flores llega á Buenos Aires: prodromos de la nueva alianza. Lo vé á mi padre : este le dá su opinión; nuevas entrevistas, en casa de Lezama. Le ofrece una misión al Brasil : se trata de un complemento de la alianza del 51. Las aguas fronterizas..... 257

Un viaje accidentado. Tres legaciones á bordo del « Saintonge », uruguaya, argentina y chilena. Terrible temporal; sin timón ni máquina, á la merced de las olas. Milagroso salvamento..... 263

Incidente de la bandera de Paysandú, mandada como trofeo, al Brasil, por el almirante Tamandaré. Mi padre hace condición, para presentar sus credenciales, que previamente se le devuelva la bandera; dificultades con que se tropieza. Finalmente lo consigue..... 272

El palacio imperial. Como ejercia Don Pedro sus atribuciones ; forma en que despachaba con sus ministros. Las recepciones del cuerpo diplomático ; riguroso cere

Paginas.

monial : el Emperador y la Emperatriz. La recepción de las legaciones aliadas; reclamación del ministro argentino; no obstante, mi padre es recibido primero. La sala del Trono : ceremonial observado..... 282

Negociación del tratado de las aguas fronterizas ; incidentes y dificultades ; simple obstáculo de forma ; concesión ó reconocimiento de un derecho. Exposición de la tésis del derecho natural; la teoria aplicada á las aguas del rio Uruguay por el gobierno argentino, cuya jurisdicción en comun le reconoce al Estado Oriental; la aplicación del mismo principio al rio de la Plata. La Francia y la Inglaterra se adhieren, en 1846, a las declaraciones de la cancilleria argentina. Precedente sugestivo para la actual controversia argentino-uruguaya sobre las aguas fluviales..... 292

Insistencia de mi padre para que se aplique simplemente el derecho natural. Argumentación del Brasil. Patética controversia historico-nacional; motivos del gobierno imperial. Un altercado interesante : el título habilitante de nuestra autonomía. La firma del tratado. No lo ratifica nuestro gobierno ; más tarde pretende revivirlo. No lo consigue. Se había pasado la oportunidad..... 299

Conclusión. La síntesis de estas páginas. Una gran política en contraposición á una política pequeña. Lo que había sido esta, lo que era la otra, tanto respecto á lo doméstico como á lo internacional. La condición esencial de nuestra nacionalidad. «Seamos dignos de respeto para que se nos respete, porque sino no se nos respetará »..... 309

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 676 107 6